JÉSSICA MACEDO



Grupo Editorial Portal

# Una NOVIA para el Mafioso

HEREDEROS DE LA MAFIA

LIBRO VIII

JÉSSICA MACEDO

# Una NOIVA para el Mafioso

HEREDEROS DE LA MÁFIA
LIBRO VIII

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena.

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

# Resumen

Sinopsis
***Prólogo***
***Capítulo I***
***Capítulo 2***
***Capítulo tres***
***Capítulo cuatro***
***Capítulo cinco***
***Capítulo seis***
***Capítulo siete***
***Capítulo ocho***
***Capítulo nueve***
***Capítulo diez***
***Capítulo once***
***Capítulo doce***
***Capítulo trece***
***Capítulo catorce***
***Capítulo quince***
***Capítulo dieciséis***
***Capítulo diecisiete***
***Capítulo dieciocho***
***Capítulo diecinueve***
***Capítulo veinte***
***Capítulo veintiuno***
***Capítulo veintidós***
***Capítulo veintitrés***
***Capítulo veinticuatro***
***Capítulo veinticinco***
***Capítulo veintiséis***
***Capítulo veintisiete***
***Capítulo veintiocho***
***Capítulo veintinueve***

*Capítulo treinta*
*Capítulo treinta y uno*
*Capítulo treinta y dos*
*Capítulo treinta y tres*
*Capítulo treinta y cuatro*
*Capítulo treinta y cinco*
*Capítulo treinta y seis*
*Capítulo treinta y siete*
*Capítulo treinta y ocho*
*Capítulo treinta y nueve*
*Capítulo cuarenta*
*Capítulo cuarenta y uno*
*Capítulo cuarenta y dos*
*Capítulo cuarenta y tres*
*Capítulo cuarenta y cuatro*
*Capítulo cuarenta y cinco*
*Capítulo cuarenta y seis*
*Capítulo cuarenta y siete*
*Capítulo cuarenta y ocho*
*Capítulo cuarenta y nueve*
*Capítulo cincuenta*
*Capítulo cincuenta y uno*
*Capítulo cincuenta y dos*
*Capítulo cincuenta y tres*
*Capítulo cincuenta y cuatro*
*Capítulo cincuenta y cinco*
*Capítulo cincuenta y seis*
*Capítulo cincuenta y siete*
*Capítulo cincuenta y ocho*
*Capítulo cincuenta y nueve*
*Capítulo sesenta*
*Epílogo*
**Leggi anche:**
**Social network (dall'editore)**

# Sinopsis

Lorenzo Bellucci fue preparado desde niño para ocupar uno de los puestos más poderosos de la mafia italiana. Tenía que ser la mente detrás de ese imperio, el *consigliere*, y finalmente asumió ese papel. Estaba demasiado ocupado con sus obligaciones y la transición, sin intención de involucrarse con ninguna mujer.

Patricia Marchesini era una princesa de la mafia que fue educada para ser la esposa perfecta. Su familia solo esperaba una cosa de ella: ser seleccionada como esposa del próximo jefe de la mafia, lo que aportaría más reconocimiento y prestigio a su apellido.

Lorenzo no estaba allí para elegir esposa, ese era el objetivo de su primo, pero cuando Patricia se cruzó en su camino, quiso jugar con ella, convertirla en uno de sus caprichos. Sin embargo, no puede jugar con la doncella de otra familia poderosa sin salir quemado. Para evitar un conflicto, tendrá que asumir la responsabilidad de un matrimonio que no deseaba.

**ADVERTENCIA:** Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes, lenguaje soez y comportamientos inapropiados de los personajes.

En este libro no se expresan las opiniones políticas ni religiosas de la autora.

La autora ni apoya ni está de acuerdo con el dudoso comportamiento de los personajes.

Esta es una obra de ficción y no retrata la realidad de la mafia italiana o rusa.

A pesar de la mafia de fondo, no se trata de una novela negra, así que si esperas escenas de abusos sexuales, este libro no estará a la altura de tus expectativas.

Para mi querida lectora Patrícia ♡


Lorenzo

# *Prólogo*

Me acerqué a mi primo, que estaba mirándose al espejo, comprobando su traje y asegurándose de que todo estaba en perfecto orden. Era como si en aquel momento no pudiera haber ni un pelo en el impecable traje negro confeccionado por el mejor sastre de Roma.

—Por fin te toca a ti, Dante —dije en tono tranquilo, felicitándolo por lo que iba a ocurrir aquella noche.

Tras años haciendo las cosas a la sombra de nuestros padres, el control de la mafia pasaría finalmente a nuestras manos. Nuestros padres se jubilarían y nos dejarían controlar los asuntos que habían pertenecido a nuestra familia durante tanto tiempo.

Dante se giró hacia mí con una sonrisa forzada y dejó escapar un largo y profundo suspiro, como si ya sintiera todo el peso que se le acumularía en la espalda a partir de ese momento.

—¿Te reirás de mí si te digo que estoy nervioso?

—Sería una sorpresa si me dijeras que no lo estás, porque yo estoy controlando mis manos para que no tiemblen.

Me puso la mano en el hombro y me la apretó.

—Sabes que, aunque soy el hijo menor de tu padre, dependo mucho de ti para que todo funcione.

—Thiago es demasiado explosivo, Manu trabaja ahora con los americanos. Sabía que iba a depender de mí. —Sonreí con un ligero tono de burla.

—Nicolae es muy bueno en lo que hace, pero es demasiado emocional para tratar asuntos que requieren una frialdad extrema.

—Que se ocupe de los números y nosotros haremos el resto.

—Exacto. —La sonrisa de Dante se ensanchó.

—Hijo. —Nos dimos vuelta cuando Laís apareció en el pasillo, llamando su atención.

Si nosotros nos esforzábamos por ocultar nuestro nerviosismo, ella desde luego no lo estaba consiguiendo. Le temblaban las manos y se abrazaba a sí misma en un tonto intento de disimularlo, lo que no hacía sino hacerlo más evidente.

—¿Mamá? —Dante la miró fijamente.

—Tu padre y los demás están esperando.

—Ya voy —asintió, tan frío e impasible como le exigía la posición que estaba a punto de asumir.

Aunque en los últimos años ya habíamos tratado muchos de los temas que rodean a la mafia, nada se comparaba con el traspaso de la corona. El tío Marco finalmente se retiraría y los reflectores, así como los enemigos, estarían enfocados en su hijo.

—¿Lorenzo? —me llamó.

—Estoy justo detrás de ti, jefe.

Dante asintió y caminó por el pasillo, bajando del piso de las habitaciones en la mansión Bellucci. Laís, su madre, nos siguió de cerca.

Cuando salimos de la casa hacia el jardín, donde se había montado una estructura de fiesta, reconocí rápidamente los rostros de los hombres más importantes de Italia, y algunos, también, de los más relevantes del mundo, sentados en las mesas sobre el césped verde bien cuidado. Empezando por mi cuñado, que estaba en compañía de mi hermana y sus hijos. Era obvio que el capo de Nueva York tenía que estar allí por el acontecimiento.

En completo silencio, Dante se acercó a su padre, que estaba de pie junto a mí y al tío Mateo. Había pasado mucho tiempo desde nuestro nacimiento, pero solo en ese momento me di cuenta de lo mucho que habían envejecido los hombres más poderosos de nuestra familia. Las marcas del tiempo estaban en sus rostros y en sus cabellos. Ya no tenían la misma fuerza y vitalidad que antes, así que era hora de dejar que los hombres más jóvenes hicieran el trabajo pesado.

Con ellos también estaban mi hermano y primos. Todos en silencio y con una postura seria, dura y cerrada. Ese era un momento muy importante y debía ser comprendido como tal.

—Mis queridos amigos —comenzó el tío Marco, atrayendo la atención de todos y haciendo que cesara cualquier murmullo—, como

pueden suponer, ha llegado el momento de que traspase la tarea que se me ha encomendado a mi hijo y heredero, Dante. Soy consciente de que toda una vida al servicio de esta *famiglia* no sería suficiente. Sin embargo, con vistas al bienestar de esta comunidad y la preservación de nuestro negocio, creo que mi hijo puede hacer lo mejor para nosotros en este momento. Eso no significa que yo no vaya a estar aquí, porque una vez Don, siempre Don, hasta el último día que respire. Afortunadamente, mi hijo no tiene que lidiar con la tragedia de mi pérdida para asumir este papel. Lo que significa que los Bellucci son más fuertes que nunca y no hay nada de lo que deban preocuparse...

Mientras mi tío hablaba, analicé la expresión de todos, buscando cualquier información que pudiera ponerme en alerta o desencadenar alguna preocupación. Como nuevo *consigliere,* mi función era mantener la estructura política funcionando como de costumbre. Aunque nunca se mencionaba, el cambio de liderazgo siempre generaba cierta incertidumbre.

—Mi hijo y mis sobrinos harán un gran trabajo, como han venido haciendo en los últimos años —dijo el tío Marco.

Algunos se quedaron mirando y otros esperaron el momento hasta que estallaron en una especie de celebración.

—¡Viva el nuevo Don! —comenzó gritando alguien, hasta convertirse en un eco repetido por toda la gente que resonaba por todo el enorme jardín de la mansión.

No había una corona física, ni ningún objeto que la simbolizara, pero podía estar seguro de que mi primo en ese momento sentía su peso, porque en parte también recaía sobre mí.



# *Capítulo I*

*Unas semanas después...*

—Aquí está el nombre y la información sobre el español que nos está causando problemas. —Dante se inclinó hacia delante y empujó una carpeta hacia mi hermano, que la miraba con postura firme.

—Considéralo hecho. —Mi hermano lanzó a su jefe su habitual mirada sanguinaria, pero antes de que pudiera darle la espalda, Dante lo detuvo.

—¿Thiago?

—Sí.

—Sé discreto, no quiero que llames demasiado la atención.

—Puedo derramar muy poca sangre.

—Solo asegúrate de que se aparte de nuestro camino y no se convierta en un problema aún mayor.

—De acuerdo.

Asintió y salió del despacho.

—¿Qué posibilidades hay de que se produzca una masacre? —comenté en cuanto mi hermano cerró la puerta.

—Teniendo en cuenta a Thiago, enorme, pero es bueno en lo que hace cuando se trata de sembrar el terror.

—¿Quieres que tengan miedo? —Me crucé de brazos sin dejar de mirar los ojos azules de mi primo.

—¡Claro que sí! Acabo de tomar oficialmente el poder, Lorenzo. Nadie en Italia o en el resto del mundo puede pensar que soy un líder débil, o tendré problemas.

—Tienes toda la razón.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo. Necesito consolidarme cuanto antes para que no se cuestione mi poder.

—Entiendo.

Oímos que llamaban a la puerta y, antes de que Dante pudiera decir algo, entró su padre, mirándonos a los dos fijamente antes de detenerse frente a la mesa y dirigir a su hijo una mirada firme y dura que me produjo escalofríos.

—Tenemos que hablar.

—Por supuesto, papá. —Dante sabía mantener la postura como si nada le influyera y yo lo admiraba por ello.

—Los dejo solos. —Di un paso hacia la puerta, pero antes de que pudiera salir, mi tío me tendió la mano y me detuvo.

—Puedes quedarte.

—Como quieras —dije.

—Han pasado dos años desde que Nicolae se casó con la ladrona inglesa. Ha sido un matrimonio razonable, pero...

—No benefició en absoluto a la mafia —añadió Dante.

Sabía que el tema llamaría a nuestra puerta en cualquier momento y no habría mucho que pudiéramos hacer para evitarlo. Después de que mi hermano y mis primos tomaran malas decisiones, Marco estaría esperando mucho más de nosotros.

—Elijamos a una candidata de cuna que pueda ser una buena reina.

—Como quieras, padre. —Dante ni siquiera dudó, parecía ser un tema con el que se había familiarizado, porque al fin y al cabo, ser capo significaba que no tendría muchas opciones. Empezando por su propio corazón—. ¿En Italia o afuera?

—Estamos en una fase pacífica, sobre todo desde la boda de tu hermana, y los rusos ya no son un gran problema. Pero necesitamos a alguien que demuestre que somos fuertes y que seguimos buscando grandes alianzas. Además, tiene que ser una reina adecuada para Italia.

—Seguro que tienes algunos nombres en mente.

—Sí, los tengo.

—Mira a ver cuál o cuáles te parecen más adecuados y decidiremos antes de hacer una oferta a su familia.

—¿Por qué no hacemos una fiesta? —sugerí, atrayendo la atención de ambos hacia mí.

—¿Fiesta? —Marco levantó sus cejas grises, resaltando las arrugas de su frente.

—Podríamos invitar a las principales familias de Italia y de otras partes del mundo a que trajeran a sus hijas. Así, Dante podría ver de cerca a las candidatas mientras las familias piensan que tienen una oportunidad de que una de sus herederas sea elegida esposa del Don de Italia.

—¿Una competición? —se rió Dante.

—¿Por qué no? —Me encogí de hombros.

—No es ninguna broma —comentó el tío Marco.

—No estoy sugiriendo que deba ser así, pero antiguamente se celebraban bailes para presentar a las chicas a sus pretendientes, así que quizá podamos revivir un poco la vieja tradición y, junto a eso, hacer algo agradable y dar un poco de esperanza a los capos. Tener a la hija elegida por el jefe sería un gran honor y todos ellos lo saben.

—Sí, lo saben. —Mi tío se vio obligado a aceptar—. Aceptaré la fiesta siempre que no la conviertan en un circo.

—En absoluto, papá. —Dante nos aseguró.

—Yo mismo me encargaré de las invitaciones.

—Perfecto, papá.

Marco nos miró a los dos antes de asentir.

—Que tengan un buen día.

—Tú también, tío.

En cuanto salió del despacho, Dante se giró hacia mí.

—¿De qué va esto, amigo?

—Una forma de mantener a tu padre ocupado y de que veamos algunas mujeres hermosas. Además, deberías agradecérmelo. Podrás ver el menú en persona antes de hacer tu elección.

—¿Menú? —Se rió. —¡En serio!

—No podrás decir que no elegiste.

—Como si fuera tan sencillo. —Puso los ojos en blanco.

—Sé que no lo es, pero es una forma de hacerlo un poco más fácil.

Asintió, pero no volvió a sacar el tema.

—Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos hoy.

—Por supuesto, jefe.

Nos engulleron los negocios de la mafia y nunca volvimos a hablar de la boda. En el fondo, podía tratarse de una broma, pero yo seguía pensando que así mantendríamos a nuestro *capi* entretenido

y esperanzado, mientras mi primo elegía a una novia que su padre consideraba *digna de llevar* nuestro apellido.



Patricia

# *Capítulo 2*

—¡Buenos días, señorita! —dijo la melodiosa voz de Francesca mientras abría la ventana de mi habitación y me hacía acurrucarme en la cama por la luz.

—Buenos días... —murmuré, frotándome los ojos con el dorso de la mano y abriéndolos lentamente a tiempo para ver algunas gaviotas volando en el cielo azul más allá de mi ventana.

—Levántate y vístete, tu hermano te espera en la mesa del desayuno y dice que es importante.

—¿Mi hermano? —Bostecé—. ¿Cuál de ellos?

—El señor Gabriel.

—Ah, me pregunto qué querrá ahora. —Pensé en voz alta. La pregunta era más bien para mí, pero la sirvienta acabó respondiendo.

—No lo sé, señorita.

—Dile que ya voy.

—De acuerdo.

Yo era la menor de tres hermanos mayores, lo que habría sido enloquecedor para cualquier mujer, pero, teniendo en cuenta el hecho de que nací en la mafia, lo fue aún peor. Nunca tuve la vida

que una mujer corriente podría desear, aunque tenía estudios y hablaba otros tres idiomas, además de haber empezado una carrera universitaria, mis elecciones y mi futuro se amoldarían a la voluntad de mis hermanos, especialmente a la de Gabriel, el mayor y capo de la ciudad de Venecia.

Debería encantarme el hecho de haber nacido en una de las ciudades más románticas del mundo, pero al final no fue así. A los diecinueve años, cualquier chico que se atreviera a mirarme torcidamente lo pagaría con su vida.

La ciudad estaba llena de turistas, muchos de los cuales no sabían cuáles eran las normas de los Marchesini, así que algunos desaparecieron sin dejar rastro. Además, yo no podía salir mucho. Mis hermanos decían que era por mi protección, pero en el fondo yo sabía que no era así.

Al final, estaba prisionera en un palacio en una isla de la que solo podía salir en barco o nadando, a lo que no me arriesgaría. Si se me ocurría huir, no sabía lo que me pasaría y, para ser sincera, mis hermanos tenían ojos y oídos por toda la ciudad. No iría a ninguna parte sin que me encontraran.

Tras levantarme y pasar unos minutos en el baño, salí del cuarto mínimamente presentable y bajé al comedor, donde se estaba sirviendo el desayuno, siempre con mucha variedad y demasiada comida para todos.

Mi hermano estaba sentado a la cabecera de la mesa, con una expresión seria que no se suavizó cuando me acerqué.

—¿Pensabas pasar todo el día en la cama?

—Es sábado. —Me encogí de hombros y saqué mi silla habitual para sentarme junto a Luigi, que se limitó a mirarme y volvió a sorber su café0. —Como si tuviera mucho que hacer...

—Luego voy a la bodega —dijo Andrea, el segundo, que a pesar de tener un nombre que en muchas partes del mundo era muy utilizado para las mujeres, aquí también era muy frecuente en hombres—. Si quieres, puedes venir conmigo.

—Eso estaría bueno. —Me encogí de hombros.

—Tenemos asuntos que resolver —me cortó Gabriel, haciéndome soltar un bufido. Solo porque nuestro otro hermano iba a darme un poco de libertad, el mayor tenía que cortarme las alas.

—¿Qué asuntos? —me atreví a preguntar.

—Tu viaje a Roma.

—¿Qué voy a hacer en Roma? —alcé las cejas sorprendida—. ¿Es una especie de peregrinación para hacer penitencia?

—Esto no es una broma, Patricia —gruñó Gabriel, serio, haciéndome retroceder.

—Claro que no...

—¿Qué hay en Roma, hermano? —preguntó Andrea, queriendo entender el tema tanto como yo, pero él era más racional y menos emocional.

—Esta mañana recibimos una invitación de la familia Bellucci, deseando conocer a Patrícia.

—¿Para qué querrían a nuestra hermana?

—Dante es soltero y busca una joven esposa digna del papel que asumirá ante toda Italia.

—¿Crees que nuestra hermana podría ser la esposa del Don?

—Significaría mucho para todos nosotros que se convirtiera en una Bellucci.

—¡Un momento! —Fue solo en ese momento que me di cuenta—. ¿Quieres que me case con Dante Bellucci?

—Sí, quiero eso.

Me hundí en el respaldo de la silla, dejando que la noticia cayera como una bomba sobre mi regazo. Aunque conocía muy bien el destino de las mujeres nacidas como yo, no había esperado que ocurriera, sobre todo porque mi hermano nunca había mencionado el matrimonio.

—¿Le va a pedir matrimonio a nuestra hermana? —Andrea quería saberlo.

—No. Según la invitación, es una oportunidad para que el Don conozca a las principales solteras de la *famiglia* para que pueda elegir entre ellas.

—¡Esto es ridículo! —exclamó Luigi, y me alegré de que al menos uno de ellos se diera cuenta de lo absurdo de la situación—. ¿Vamos a enviar a nuestra hermana a una especie de concurso de belleza?

—Sí, pero el premio es convertirse en la próxima Reina de Italia —recalcó Andrea, y yo no podía creer que estuviera de acuerdo con eso.

—¿Cuántas chicas más habrá? —quería saber Luigi.

—Muchas, probablemente.

—¿No les parece humillante? —Me crucé de brazos, indignada de que se les ocurriera someterme a semejante situación.

—Tendrás la oportunidad de pasear por Roma —intentó animarme Andrea—. Tómatelo como unas vacaciones.

—¡Ah, claro! —respondí con sarcasmo.

—Vas a ir allí, Patricia. Recuerda lo que te enseñó mamá, e intenta ser amable con Don.

Sabía que Gabriel tenía la responsabilidad de mantener aquella familia y buscar lo mejor para todos nosotros, pero solo oír aquello me revolvía el estómago. Seguía prefiriendo pasar el resto

de mis días en aquella prisión que casarme con un hombre al que ni siquiera conocía bien, solo porque era el puto capo más poderoso de la estructura en la que yo había nacido.

HERDEIROS DA MÁFIA LIVRO VIII



# Lorenzo

# *Capítulo tres*

—Realmente se tomaron todo esto en serio... —comenté mientras me acercaba a Dante frente al hotel de nuestra familia, donde se alojarían las futuras candidatas de mi primo para la fiesta que celebraríamos la noche siguiente.

Ya estaban llegando y venían de todos los rincones de Italia, incluso el cuñado de mi primo, el pakhan de Rusia, había enviado una candidata de una familia influyente para la consideración de Dante.

—La idea fue tuya. —Se giró hacia mí.

—No pareces entusiasmado.

—¿Debería estarlo? —Se encogió de hombros y se inclinó sobre el parapeto, observando el horizonte entre los edificios históricos del centro de Roma. El tiempo aquel día estaba nublado y parecía reflejar un poco el interior del jefe.

—Tu padre te está dando opciones, esto parece una forma de poder elegir, en definitiva.

—Por supuesto... —No había ni una pizca de emoción en su tono.

—Dante, ¿tienes a alguien y la estás escondiendo? —me aventuré a preguntar, aun sabiendo que era un tema delicado y

peligroso.

—¡No, Lorenzo! —Respondió demasiado rápido—. No hay nadie.

A pesar de nuestra diferencia de edad, Dante y yo éramos amigos y eso le bastaba para compartirlo todo conmigo. No había motivo para que me ocultara nada porque siempre nos protegíamos mutuamente, así que decidí no insistir.

—Parece que llegan las candidatas —le llamo la atención cuando vemos un coche negro que se acerca a la entrada del hotel.

Primero bajaron dos hombres y luego una mujer. Llevaba los ojos cubiertos por unas gafas de sol, lo que dificultaba un poco ver sus rasgos, pero supuse que debía de tener al menos veinte años.

—Parece que te vas a divertir —se burló Dante.

—Vamos, primo, son novias para ti.

—Demasiadas mujeres para alguien que solo puede elegir una.

—Tiene que haber algún reto. —Me encogí de hombros.

—Vámonos de aquí. —Se rió—. Hay asuntos más importantes.

—La mujer con la que vas a tener sexo el resto de tu vida es una cuestión importante.

—Vamos, Lorenzo.

Asentí y seguí a mi primo hasta la parte trasera del hotel, donde nos esperaban nuestros hombres.

Subimos a nuestros coches para volver a la mansión. Mientras yo me distraía siguiendo a un grupo de turistas en un puesto de souvenirs, Dante hablaba por teléfono con Nicolae. El jefe estaba esperando los resultados de unas maniobras fiscales con el dinero que había ingresado por el impuesto sobre las ventas del norte de Roma.

—Sí, Nicolae, quiero saber las cifras... ¿Me envías el informe? Genial, estaré esperando.

—¿Problemas? —pregunté cuando Dante colgó la llamada y me miró.

—No, solo quiero adelantarme en algunas cuestiones.

—Bueno, parece que tienes la cabeza llena.

—No quiero que esta historia de elegir novia acabe distrayéndome.

—No hay nada malo en distraerse de vez en cuando.

—Ahora no, Lorenzo. Mucho menos en un momento en que acabo de asumir como Don de Italia. Si decepciono...

—No decepcionarás a tu padre, Dante.

—No es solo a él.

—Entonces, ¿a quién más podría ser?

—Al resto de la familia.

—Apuesto a que todos están muy contentos con el trabajo que has estado haciendo.

Me dedicó una breve sonrisa, pero no fue suficiente para convencerme de que todo iba bien. Si yo sentía parte de esa presión y a veces pensaba que me volvería loco, me preguntaba cómo sería para él. Era como si el mundo observara desde arriba cada uno de sus actos e intentara juzgarle. La vida de un jefe podía parecer glamurosa, pero no merecía la pena tener tantas responsabilidades.

Antes de que tuviera tiempo de decir algo para animarlo, sentí un impacto en mi lado del coche, que me hizo sacudir en el vehículo.

—¿Qué mierda ha sido eso? —gruñí.

—Nos chocaron, señor —dijo nuestro soldado que conducía el coche.

—¿Nos chocaron? —pregunté, atónito.

—¿Quién nos chocó? —preguntó Dante.

Se hicieron las preguntas, pero antes de que pudiéramos obtener respuestas, oí otro golpe, esta vez del lado de Dante, seguido del sonido de disparos.

Aunque el auto era blindado, me estremecí por el susto de los impactos, aunque fuera difícil que quienquiera que fuera tuviera

armamento perforante.

—¡Sácanos de aquí! —ordenó Dante al conductor, que parecía bastante aturdido.

—Sí, señor. —El hombre intentó acelerar para alejarse de los perseguidores, pero se habían pegado a nuestra carrocería.

Miré hacia atrás, intentando distinguir quién podía ir en aquel coche, pero no reconocí a nadie.

—Era lo que me faltaba.

—¿Quién cree que puede ser?

—No tengo ni idea.

Apenas tuve tiempo de pensar cuando se produjo otro choque.

—¡Malditos!

Estaba seguro de que no era simplemente alguien con mala habilidad al volante que había salido de casa en un pésimo día, porque estaban intentando atacarnos con disparos que rebotaban en las ventanas y en el lateral del auto.

No era nada nuevo para nuestra familia que nos dispararan así, por lo que siempre necesitábamos estar protegidos, pero desde que Dante había ocupado su puesto, era la primera vez que intentaban atacarnos directamente.

Saqué mi pistola de la funda y me preparé para atacar, aunque confiaba en la estructura del vehículo.

Nuestro conductor maniobró y nos hizo seguir recto por la estrecha calle del centro de Roma, y los perseguidores nos siguieron.

—¿Quiénes son? —quiso saber Dante.

—La matrícula es de Italia —dijo uno de nuestros soldados en el asiento trasero.

—Da igual —le reprendí—. Podría ser un coche de alquiler.

El vehículo chocó contra nuestra parte trasera y la inercia lanzó mi cuerpo hacia delante. Solo íbamos con dos soldados y se suponía que el resto nos acompañaría en otro coche, pero no pude ver ni rastro de ellos.

Aunque mi papel en la mafia era mucho más de consejero y buen diplomático, la sangre de mi padre seguía corriendo por mis venas y, desde pequeños, mis hermanos y yo estábamos preparados para situaciones tensas como aquella.

*Thiago no era el único que sabía matar...*

Bajé la ventanilla de mi lado y Dante me gritó.

—¿Qué mierda crees que estás haciendo?

—Deshaciéndonos de estos tipos.

Me giré hacia atrás y solo saqué el cañón del arma por la ventana. Tampoco fui tan estúpido como para ponerme a mí mismo como blanco. Disparé un tiro, luego otro. Con el coche en movimiento, era difícil apuntar perfectamente, pero no iba a dejar que eso me detuviera.

Disparé al neumático del coche que nos perseguía y el conductor perdió el control, haciendo girar el coche hasta estrellarlo contra una columna. Vi que el auto con nuestros soldados se estaba acercando, pero mis instintos consideraron más adecuado no quedarme para descubrir qué sucedería después.

—¡Sácanos de aquí! —Yo ordené.

—Sí, señor —el conductor ni siquiera se atrevió a interrogarme.

Salimos de la vista de nuestros perseguidores y nos dirigimos a la mansión Bellucci, donde la seguridad del lugar nos mantendría a salvo. O al menos eso esperaba.



Patricia

# *Capítulo cuatro*

Intenté no asomarme a la ventanilla para observar la ciudad mientras nos acercábamos a Roma. El viaje en barco había durado probablemente mucho más que si hubiéramos utilizado el tren, el coche u otro medio de transporte convencional, pero aquel enorme velero con el león de Venecia y el escudo de nuestra familia en la proa era una de las grandes pasiones de mi hermano mayor.

Los barcos siempre han sido el principal medio para moverse por Venecia, ya que la ciudad se construyó sobre pequeñas islas conectadas por canales, pero la capital de nuestro país era diferente. Roma tenía muchos más coches, helicópteros y otros vehículos de los que estaba acostumbrada a ver en casa, por no hablar de que era una ciudad enorme.

Quizá Andrea tenía un poco de razón y estar allí no era tan malo después de todo. Al menos podía disfrutar del viaje. No es que estuviera dispuesta a ceder y confesárselo.

—Vamos, Patricia. —Luigi llamó a la puerta de mi camarote y yo me revolví en la cama, levantando los ojos del libro que tenía delante, como si pretendiera concentrarme en él, pero había olvidado por completo lo que estaba escrito en aquella página.

—¿Adónde?

—Tranquila, Gabriel será comprensivo contigo.

—Sinceramente, Luí, ¿crees que tengo alguna posibilidad de convertirme en la mujer de Dante Bellucci?

—Eres preciosa, hermana, y vienes de una familia italiana muy tradicional. Sabes la importancia que tiene Veneto para el resto del país.

—Eso no significa que vaya a mirarme.

—Estás menospreciando tu propia belleza.

—Eres muy galante, hermano.

—A tu disposición. —Me guiñó un ojo—. ¡Ahora vamos! —Entró en mi camarote y recogió la maleta que había ordenado, caminando delante de mí y esperando a que lo siguiera.

Bajamos donde estaba amarrado el velero y dos coches nos esperaban para llevarnos a uno de los hoteles de la familia Bellucci, que alojaría a las invitadas y sus familias hasta el día del evento.

Mis hermanos, obviamente, estarían allí conmigo. Vigilarme era solo una excusa, lo que realmente querían era estrechar lazos con la familia Bellucci. Para Gabriel sería muy importante extender su influencia más allá del Véneto y nada une más a los italianos que la familia.

Desde la muerte de mis padres cuando el barco en el que estaban fue víctima de una trampa, mi hermano ha desempeñado

muy bien su papel como patriarca de la familia. Detrás de su rostro de apenas veintiocho años, cargaba con una madurez mucho mayor que otros de su edad.

Desde muy joven lo habían moldeado para ese papel y sabía hacerlo bien. Incluida la parte de los matrimonios concertados, ya que se había prometido a una chica de diecisiete años el invierno pasado, cuando su familia y la nuestra establecieron una alianza. La adolescente era heredera de una de las familias más importantes de la región y mantendría unida Venecia. Incluso había oído a Andrea comentar que los Manin descendían del último dux de Venecia.

Fuera como fuera, Gabriel sabía lo que hacía.

A pesar de estar en el mismo país, Roma era muy diferente de Venecia. Empezando por los canales, no vi ninguno, solo un gran río a medida que nos acercábamos al centro de la ciudad y a lo lejos se veía un castillo medieval. Lo único que no difería mucho eran los turistas por todas partes, aunque la sensación de estar en Roma era que todo era mucho más grande y estaba más lleno de gente.

No sé exactamente cuánto tardamos en llegar al hotel. Era un edificio centenario con una fachada bien conservada, pero el interior había sido remodelado y combinaba la tecnología con la historia, con falsos candelabros de velas alimentados por electricidad y un techo ricamente decorado.

Miré a un lado y a otro, detrás de mis hermanos, al darme cuenta de que algunos porteros se fijaban en nosotros, pero ni siquiera se atrevían a acercarse, como si supieran que una palabra equivocada les costaría la vida. Al parecer, yo no era la única allí que conocía las consecuencias de haber nacido en la mafia.

Tengo las llaves de nuestras habitaciones —dijo Gabriel, llamándome la atención—. Vamos arriba.

Mis hermanos asintieron y Andrea me puso la mano en el centro de la espalda, guiándome hacia el ascensor y hasta la tercera planta.

—¿Cuántas familias crees que vendrán? —Andrea se atrevió a preguntarle a Gabriel.

—La misma cantidad que cuando Dante se hizo cargo, o más. No somos los únicos interesados en ese puesto.

—Pasan los siglos, pero los juegos de poder siguen siendo los mismos —murmuró Andrea.

—Estamos más apegados al pasado de lo que queremos admitir —concluyó Luigi.

Mientras mis hermanos hablaban, yo permanecía en silencio. Odiaba saber que no era más que un peón en sus planes y que no podía hacer nada para cambiarlo.


Lorenzo

# *Capítulo cinco*

—¿Quiénes eran ellos? —Mi padre exigió saberlo.

—No lo sé. —Cruzado de brazos, lo analizó con la misma expresión firme que él se dirigía a mí.

Si hubiera sabido quiénes eran los cabrones que habían intentado matarnos, no estaríamos teniendo esta conversación.

—Es un mal momento para que ocurra algo así, teniendo en cuenta que todas las familias más importantes de Italia acuden al baile.

—Podría ser cualquier idiota intentando llamar la atención por esta oportunidad —conjeturé mientras intentaba atar cabos en mi mente.

Reunidos en el despacho de la mansión estábamos yo, Dante, su padre y el mío, pero la presencia de los mayores no hacía que la situación fuera menos irritante.

—¿Dónde están mi hermano y Ettore? —Consulté mi reloj de pulsera y habían pasado más de diez minutos desde que solicité su presencia.

—Deben de estar de camino —dijo mi padre, más tranquilo que yo.

—Atentaron contra la vida del jefe y del *consigliere*. Estuvieran bromeando o no, esta actitud debe ser castigada al máximo.

Estaba totalmente de acuerdo con mi primo.

Oímos llamar a la puerta.

—Pasa —permitió Dante.

Thiago y Ettore no tardaron en entrar en la habitación y nos miraron en busca de heridas, pero estábamos ilesos, al menos físicamente. No podía decir lo mismo de mi hermano.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué nos necesitan? —Ettore quería saber.

—Nos atacaron cuando volvíamos del hotel del centro histórico donde celebraremos el baile mañana.

—¿Crees que podría ser alguna de las familias que vinieron a la fiesta? —conjeturó Ettore.

—No lo sabemos y eso es lo que queremos que averigüen. Quienquiera que haya sido estuvo muy cerca de nosotros y algo así no puede volver a ocurrir, incluso más cerca de un acontecimiento que atraerá la atención de toda Italia.

—¿Un concurso de belleza? —Se rió mi hermano—. Admito que no se me hubiera ocurrido una idea mejor.

—Podrías aprovechar si no hubieras elegido a una griega.

—Mi mujer es bastante guapa, hermano. —Se encogió de hombros.

Antes de que pudiéramos convertirlo en una discusión, Dante llamó nuestra atención, devolviendo el tema a lo que realmente importaba.

—Tenemos algo más relevante que tratar aquí.

—Sí, jefe —aceptó Thiago.

—Necesitamos que ustedes dos averigüen quién hizo esto y lo solucionen antes de la fiesta de mañana. Sin permitir que los rumores se extiendan por Roma causando cualquier malestar innecesario. ¿Puedo contar con ustedes dos para eso?

—Sí, Dante —respondió Ettore, mientras mi hermano nos miraba a todos con los brazos cruzados y la mirada firme.

—He oído rumores cuando fui a buscar al español —Thiago habló por fin con el paso de los minutos.

—¿Qué rumores? —quise saber, inclinándome hacia él.

—Ahora que Dante ha tomado el control, somos más débiles y es hora de que intenten destronarnos.

—Eso es mentira. —Dante golpeó la mesa con ambas manos, gruñendo a Thiago.

—No soy yo quien lo dice, primo. Confío plenamente en ti como jefe, pero ya sabes que hay quien quiere desalojar a los

Bellucci del poder desde hace mucho tiempo. De vez en cuando hay que matar unas cuantas cucarachas antes de que empiecen a creerse que son leones.

—¿De quién estás hablando? —Quiso saber Marco—. Hemos resuelto el problema con los sicilianos desde la boda de tus padres y lo hemos reforzado con los de Perla.

—No creo que sean ellos y no tengo nombres, como he dicho, solo eran rumores. Las alimañas de las calles dicen mucho.

—Es mejor dejarles claro que no somos débiles.

—Yo me encargo.

—¿Crees que podríamos enfrentarnos a grandes problemas? —Busqué los ojos de mi hermano, esperando una respuesta sincera.

—Bajar la guardia nunca fue una alternativa para nosotros.

—Deshazte de quienquiera que sea y tráeme la cabeza —exigió Dante y los otros dos accedieron.

Con el cerebro de mi primo y los músculos de mi hermano, Ettore y Thiago formaban un dúo imbatible que debería ser temido por nuestros enemigos. Yo creía que podrían resolver el problema, pero mi instinto me decía que el asunto podía alargarse más de lo que me hubiera gustado.



Patricia

# *Capítulo seis*

En la habitación del hotel, tuve un día de princesa ofrecido por los Bellucci, que enviaron a profesionales para cuidarme. Empecé por la mañana con un masaje relajante y un baño de pies. Luego me hidrataron el pelo y terminaron con una limpieza de cutis. Después me arreglaron las uñas, el pelo y me maquillaron. Por último, me pusieron un vestido color crema con brillos y un aire discreto, que casi exhalaba mi virginidad.

Después de toda esa preparación, tuve la sensación de que me iban a enviar a algún tipo de sacrificio. Si considerara la situación en su conjunto, incluso tendría sentido.

—Estás muy guapa, hermana. —Andrea me sonrió cuando los tres vinieron a recibirme a la puerta de la habitación para acompañarme al salón del hotel donde tendría lugar la fiesta.

—Gracias. Ustedes también se ven muy bien. —Me esforcé por sonreír.

No necesitaba lamentarme como si me estuviera ocurriendo algo terrible. Yo no era más que una de las muchas candidatas a casarme con el jefe y, para ser sincera, no creía que atrajera su atención de la forma que mis hermanos deseaban.

Cuando bajamos al salón, conté al menos otras tres mujeres que llevaban vestidos parecidos al mío, casi como si nos hubieran marcado para que Dante nos reconociera como posibles opciones. Al menos la ropa no sería un rasgo decisivo.

Algunas parecían más jóvenes que yo, quizá incluso demasiado jóvenes, y solo uno me dio la impresión de ser mayor. Fuera como fuese, dudaba que el aspecto por sí solo decidiera un matrimonio tan político.

No se trataba solo de una mujer y un hombre que decidían unirse y permanecer juntos el resto de sus vidas, formando una familia, sino del futuro de la mafia italiana y de toda su influencia en el país y en el mundo.

—Nuestra mesa está allí. —Gabriel se adelantó atrayendo mi atención hasta que divisé una mesa redonda con un cartel con nuestro apellido.

Me acomodé en una de las sillas y seguí mirando a mi alrededor; por las expresiones de las caras de las demás chicas, no era la única que estaba tensa por este momento. Quizás ninguna de ellas había experimentado nunca tanto peso colocado sobre sus hombros por sus propias familias.

*¿Se estaba divirtiendo el Don con esto?*

No debería sorprenderme descubrir que este hombre era un sádico. Se hablaba mucho de los Bellucci y nadie podía permanecer

tanto tiempo en el poder sin una buena dosis de terror.

Hablando de ellos, no había ni rastro de la familia, no es que reconociera todas las caras, pero había varios invitados y nadie que pareciera ser el dueño de la fiesta.

—¿Agua, señorita?

Parpadeé varias veces hasta que me di cuenta de que un camarero estaba a mi lado, entregándome una bandeja con unos vasos de agua.

—Gracias. —Tomé una y asentí.

—A sus órdenes. —Pasó a la mesa de al lado y yo bebí un sorbo de agua helada mientras mis hermanos bebían champán.

No es que me prohibieran beber alcohol, casi siempre bebía vino, pero ese día era mejor estar sobria, porque se me paraba el pecho al pensar en avergonzar a mi familia.

Cuando cesó la algarabía y se apagó la música, mis ojos y los de todos los presentes se volvieron hacia la familia que era la razón por la que estábamos allí. El joven Don, que debía de tener unos años más que mi hermano, pasó al frente. Tuve que admitir que era guapo y eso en sí mismo debería haber ayudado a la hora de casarse, porque no se podía escapar de otros tormentos considerando a un mafioso como cónyuge.

Lo acompañaban otros hombres y mujeres, pero todos parecían más jóvenes. Un grupo con la parte más mayor de la familia vino detrás, incluyendo a una señora que ya parecía estar en una edad avanzada.

Se acercó a un pequeño micrófono y la atención del lugar se fijó aún más en él.

—Es un gran placer para mí y mi familia darles la bienvenida esta noche. Espero que se sientan todos bienvenidos. Coman, beban y disfruten.

—¿Y tu elegida? —se atrevió a preguntar alguien.

—Será un placer conocer a algunas de las chicas de aquí, pero no haré ningún anuncio esta noche. A cualquiera que me interese, se lo diré primero a la familia y trataré con el líder. Por ahora, diviértanse y sean bienvenidos.

Tan pronto como se alejó, fue rodeado por algunos hombres con candidatas que parecían buitres y hienas. Al parecer, había algunas dispuestas a matar para ocupar ese puesto al lado del jefe de los jefes.


Lorenzo

# *Capítulo siete*

Permanecí cerca de mi primo mientras le rodeaban. Imaginaba que en el momento en que padres, tutores y candidatos se lanzaran sobre él, Dante estaría maldiciéndome por la idea. La posibilidad de casar a su hija con el Don de Italia era algo muy importante para todos los allí reunidos y harían de las suyas para intentarlo.

Al menos el tío Marco parecía contento con la velada. Todas las que estaban allí contaban con su aprobación en cierta medida, y no mujeres sin clase y perdidas como las últimas elecciones de los hombres de la familia.

—¿Vas a aprovechar esta oportunidad para elegir una novia para ti también?

Me volví sorprendido al oír la voz de mi hermano. Thiago se había alejado de su mujer y sus hijos para venir a hablarme.

—Este es el momento de Dante.

—Imaginé que, después de la reprimenda del tío Marco, te preocuparías por elegir a alguien que él considerara lo suficientemente buena.

—¿Desde cuándo te importa con quién me case?

—De hecho, no me importa, pero admito que tengo curiosidad.

—Todavía tengo tiempo.

—Claro que sí. Todos lo tenemos hasta que nos damos cuenta de que es demasiado tarde.

—¿Es una advertencia o una maldición?

—Entiéndelo como quieras, hermanito. Solo ten cuidado.

—Lo recordaré.

—Más te vale. —Thiago se alejó, yendo al encuentro de su hijo mayor, que lo llamaba.

De hecho, no me preocupaba elegir una esposa para mí. Todo el circo que habíamos montado no era más que una oportunidad para que Dante hiciera una elección que complaciera a su padre. Además, el *concurso* había atraído la atención de los capos, que veían el evento como una oportunidad para estar más cerca del jefe y de toda mi familia. La competencia por la atención de los Bellucci era siempre feroz, con la esperanza de obtener algún beneficio o simplemente de ganarse nuestro favor.

Como *consigliere*, tenía que estar alerta y tomar las mejores decisiones, buscando siempre el beneficio de nuestro negocio. Cuando Dante era impulsivo, tenía que estar ahí para reconducirlo. Lo cual no siempre sería fácil, pero había aceptado esa misión con

orgullo desde que era un niño, mientras que mi hermano mayor prefería recoger cadáveres.

Mientras cada uno de nosotros desempeñara bien su papel, podríamos mantener el buen funcionamiento de la organización.

Acepté una copa de champán de uno de los camareros y bebí un sorbo mientras miraba a mi alrededor. Dante estaba rodeado de hombres y sus candidatas, todos compitiendo por la atención del Don. Mientras la atención se centraba por completo en él, yo solo podía mirar.

Di una vuelta por el salón, viendo a mi madre charlar con su cuñada y su sobrino, Lucca, el capo de Palermo y líder de los sicilianos. Se había casado con una de las hijas del tío Marco y, desde que su padre había matado a mi abuelo, podía decir que habíamos encontrado una especie de paz. En el fondo, era mejor para todos nosotros.

Mi padre me había enseñado bien que las guerras solo perjudicaban a los negocios. Había que mantener siempre la paz, aunque se ganara con mucha sangre.

Hablando de él, lo vi hablando con una familia. Tardé un rato en recordar que eran los dirigentes de Florencia. Los Medici habían sido un nombre importante en la región desde el Renacimiento, y aunque hoy estaban mucho más en la sombra, seguían controlándolo todo.

—Tienes que ir allí. —Escuché un fragmento de una conversación—. O él ni siquiera se dará cuenta de ti.

Intenté girarme discretamente en la dirección de la voz para reconocer de quién se trataba, pero en el momento en que lo hice, acabé chocando con una chica y mi copa de champán empapó su vestido.

—Lo siento, señor Bellucci. —Bajó la cara, avergonzada y sin valor para mirarme directamente—. No quería chocar con usted...

—Está bien. —Sonreí mientras la miraba más de cerca.

Era joven, de unos veinte años, con ojos pequeños que parecían marrones o color miel. Era difícil saberlo sin mirarlos directamente. Tenía el pelo oscuro, casi negro, y la piel sutilmente bronceada.

—Por favor, para que se seque. —Saqué el pañuelo del bolsillo y se lo entregué.

—Gracias. —Finamente, levantó sus ojos castaños y me dedicó una delicada sonrisa que la hizo aún más bonita.

—En absoluto.

—Patricia, ¡ven aquí! —Un hombre más o menos de mi edad o quizá un poco mayor se acercó por detrás y la regañó con tono firme.

—Gabriel, yo... —La pobre chica ni siquiera pudo terminar de hablar.

—Pido disculpas por la insolencia de mi hermana, Bellucci.

—Está bien, Marchesini. Solo estábamos hablando.

—Ella no lo molestará.

Antes de que me diera tiempo a decir que estaba disfrutando de la compañía de la chica, el hombre que sabía que era el capo de Venecia la apartó de mí y la arrastró de vuelta a la mesa donde estaban sentados.

Fue una pena, porque pensé que podríamos tener una charla agradable que me distraería el resto de la noche.



Patricia

# *Capítulo ocho*

—¿Qué crees que estabas haciendo? —me gruñó Gabriel mientras me sentaba en una de las sillas de nuestra mesa.

—Iba hacia Dante como tú querías.

—Chocando con otro Bellucci a mitad de camino.

—No era mi intención —murmuré mientras empezaba a secarme con el pañuelo que ni siquiera había tenido tiempo de devolver.

—¿Sin querer? —repitió Gabriel, poniendo los ojos en blanco —. Así arruinas tus posibilidades de convertirte en una de ellos antes de que empiece la noche.

—Gabriel, tómatelo con calma —intercedió Luigi por mí, pero no creí que fuera suficiente para hacer frente a la furia de nuestro hermano.

—¿Tomarlo con calma? Es como si no supieras por qué estamos aquí.

—¿De verdad crees que esto va a llegar a algo? —Andrea se removió en su silla, mirando a la multitud que rodeaba a Dante Bellucci—. Yo, en su lugar, me sentiría asfixiado.

—Fue idea suya.

—Aun así, es terrible.

—¡Problema de él! —Gabriel se encogió de hombros.

—Necesito ir al baño. —Me atreví a levantarme—. No querrás que me presente al Don oliendo a champán.

—¡Vete ya mismo! —Gabriel me hizo un gesto para que me moviera.

—Gracias.

Me levanté y recorrí el abarrotado vestíbulo hasta encontrar el aseo en un pasillo más apartado.

Para mi sorpresa, no había nadie, como si todas las mujeres de aquella fiesta no se atrevieran a estar más que cerca de Dante. Por más poderoso e incluso atractivo que él fuera, ¿realmente valía la pena todo ese esfuerzo?

Gabriel pensó que sí.

Yo tenía que hacerlo lo mejor posible si no quería dejar a mi hermano muy decepcionado conmigo.

Luigi me decía a su manera que convertirse en la señora Bellucci tenía su lado positivo. Todo el poder que se concentraría en mis manos sería inconmensurable, por no hablar de que sería la madre del próximo Don. Era un gran honor para cualquier mujer italiana que conociera las tradiciones de la mafia.

*¿Lo quería? Bueno, esa era otra historia...*

En el fondo, lo que yo quería no era realmente importante.

Me limpié el vestido lo mejor que pude, me retoqué la pintura labial y los polvos de cara. Luego aproveché para ir al baño. Para ser sincera, cuanto más tiempo pasara allí, mejor para mí.

Cuando pensé que ya no podía tardar más, salí del baño, pero tuve una gran sorpresa al encontrarme con Lorenzo Bellucci una vez más.

—Se… señor... —Tartamudeé avergonzada, temiendo una represalia.

—Hola, Patrícia. Te estaba buscando.

—¿Me buscaba? —Levanté la cabeza y busqué sus ojos por puro reflejo. Eran verdosos y tenían un profundo aire de misterio.

—Sí.

—¿Por qué me buscaba?

—Te quedaste con mi pañuelo.

—Ah, claro. —Me sentí aún más incómoda al darme cuenta de lo estúpida que podía parecer.

Si quería tener alguna oportunidad de convertirme en una Bellucci, esas parecían estarse evaporando mientras me confundía ante el *consigliere*.

—¡Aquí está! —Se lo tendí—. Fue muy amable de su parte.

—No podría dejar mojada a una chica como tú.

—Ah... —Tartamudeé sin saber qué decir. Hasta que acabé arriesgándome más de lo debido—. ¿Una chica como yo?

—Tan hermosa. —Sus palabras salieron firmes y decididas, haciendo que mis mejillas se sonrojaran.

—Es muy halagador de su parte.

—Solo una realidad.

No podía apartar la mirada. Lorenzo también era un hombre guapo y quizá yo era demasiado ingenua para darme cuenta de que estaba coqueteando conmigo. Hasta que el Bellucci alargó la mano y me tocó la cara, haciéndome dar un paso atrás, sorprendida.

—Señor...

—Por favor, no me llames señor. Lorenzo.

—Lorenzo... —Repetí su nombre y me sorprendió lo melodioso que salió de mis labios.

—Mucho mejor. —Su sonrisa se ensanchó y me di cuenta de que se había acercado.

—Creo que necesito volver. —Miré de un lado a otro, sintiendo que era mejor alejarme de ese hombre.

—¿Lo necesitas? —Alzó las cejas interrogante—. ¿De verdad quieres volver?

—Mis hermanos...

—Se están divirtiendo con mi tío Mateo.

—¿Cómo lo sabes?

—Los vi antes de venir aquí.

Eso me sonó como una trampa, al mismo tiempo que la compañía del hombre era agradable y aún parecía la excusa que necesitaba para mantenerme alejada de las otras mujeres compitiendo por la atención de Dante.

—Aquí todavía está húmedo. —Se inclinó hacia mí, me pasó el pañuelo por una parte del cuello y mi cuerpo se estremeció.

Siguió moviendo el pañuelo hasta que fue sustituido por sus dedos.

—Lorenzo... —murmuré su nombre, sintiendo como si mi cuerpo se hubiera paralizado.

—Eso es.

Abrí los ojos cuando se inclinó hacia mí, pero no pude moverme. Era como si su aura me paralizara por completo. Tal vez debería jadear o gritar, pero no pude hacer nada de eso cuando Bellucci acercó mi cara a la suya y juntó nuestros labios.

*¿Qué creía que estaba haciendo?*

Si mis hermanos nos vieran allí seguro que me matarían, pero no podía evitarlo.

A los diecinueve años, nunca me había besado nadie ni me había tocado otro hombre que no fueran mis hermanos jugando cuando éramos niños. Me habían educado para entregarme a un solo hombre en beneficio de mi familia. Estar con alguien por aventura o simplemente por deseo era inapropiado.

La otra mano de Lorenzo bajó hasta mi cintura y me acercó más, amoldando mi pecho al suyo.

—Abre la boca para mí —ordenó con sus labios sobre los míos, pero su tono era tan seductor que no pude resistirme.

Debería haber dicho que no. Besar a un hombre que no fuera mi marido tendría consecuencias impensables para mí, pero me sentía bien y las ganas eran tan intensas que no pude evitarlo.

Aparté lentamente los labios y Lorenzo hundió su lengua en mi boca sin vacilar, domándome de una forma desenfrenada para la que no estaba preparada.

Todo mi cuerpo estalló en llamas cuando me apretó contra la pared, apretándome entre su pecho y la dura superficie. Su boca dominó la mía salvajemente y me hizo descubrir lo maravilloso que podía ser un beso. Mientras mi sentido común gritaba desesperado que lo apartara, mi necesidad crecía, permitiéndome entregarme cada vez más.

Sus manos bajaron hasta la curva de mis nalgas bajo el vestido y sentí una pulsación inusual entre mis muslos, pidiendo que

explorara la zona. Sin ningún freno, Lorenzo apretó y acarició mi trasero, como si tuviera permiso para explorar mi cuerpo, cosa que no era así.

Me mordisqueó el labio inferior y deslizó una de sus piernas entre mis muslos.

Finalmente conseguí racionalizarme un poco y le empujé los hombros.

—No...

—¿No te gusta? —Deslizó su boca hasta mi oreja, provocándome escalofríos.

Quería decir que sí, cada parte de mí quería más, pero si lo permitía, mi vida podría arruinarse.

—Si alguien nos atrapa, estaré muerta.

—Entonces vayamos a un sitio más tranquilo. —Volvió a mordisquearme la boca y subió una de sus manos hasta mis pechos.

Me acariciaba por todas partes y yo descubría lo deliciosas que podían ser las caricias masculinas.

—Puedo darte mucho placer. —Bajó la mano, pero antes de que tocara la zona palpitante entre mis muslos, me escabullí.

—No —salí corriendo, jadeante y desconcertada.

Era difícil ganar esa batalla cuando mi cuerpo deseaba cada caricia que Lorenzo me daba.

Ni siquiera quería pensar en las consecuencias si mis hermanos se enteraban de lo que acababa de suceder.


Lorenzo

# *Capítulo nueve*

—¿Te has vuelto loco? —me pregunté a mí mismo en tono de reprimenda después de que la mujer que había rendido saliera corriendo lo más lejos posible de mí.

Afortunadamente, ella logró ser racional por los dos, porque si alguien me viera teniendo sexo con una mujer de una familia importante de la mafia sin estar casado con ella, seguramente provocaría una guerra.

Había perdido la cabeza. Yo era el que tenía que estar más centrado de todos y buscar siempre las mejores decisiones.

Resoplando, entré en el baño masculino y empujé la puerta de una de las cabinas, encerrándome allí dentro.

Miré hacia abajo y vi mi verga parada dentro del pantalón. Estaba lleno de deseo y mi virilidad parecía indignada por no haberla tenido a ella allí mismo. Necesitaba ese canal cálido y húmedo envolviendo mi miembro mientras mis manos exploraban ese cuerpo suave.

La chica probablemente era virgen, o debería haberlo sido. La estaban preparando para la boda y yo casi lo arruino todo solo porque estaba caliente.

Me bajé la cremallera y me tomé la verga con la mano derecha. Apreté los labios para contener un gemido mientras empezaba a tocarme.

No podía volver a la fiesta lleno de deseo como estaba, primero tenía que satisfacerme a mí mismo. No encontraría una puta ni ninguna mujer dispuesta a hacerme una mamada, así que tendría que conformarme con mi propia mano.

Todavía podía percibir la ingenuidad de la chica mientras la tocaba, sus gemidos de sorpresa y placer al sentir mis manos y mi boca. Quería haber ido más allá, haber bajado su vestido y succionado el pezón endurecido por la excitación. Mientras mi lengua jugaba con sus pechos, le habría levantado la falda y tocado su ropa interior. Habría jugado un poco con la tela hasta que estuviera empapada y luego la habría apartado, jugando con los labios mojados antes de introducir mis dedos en ella. La imaginaba moviéndose contra la pared, envuelta en placer mientras la estimulaba.

Aumenté la velocidad con la que mis dedos subían y bajaban por mi verga, mientras me imaginaba rodeando mi cintura con su pierna y deslizándola por el lateral de sus bragas hasta su canal desprotegido. La oía gemir mientras la penetraba, dándosela contra la pared.

Me mordí el labio con más fuerza mientras mi verga palpitaba y se crispaba. Solo tuve tiempo de abrir la tapa del retrete antes de

eyacular, sintiendo un breve alivio de mi necesidad.

Apoyé ambas manos en la pared. Aliviado...

No debía llegar a ese punto, pero era imposible controlarlo. Al menos pensé que después de la paja volvería a tener control sobre mis instintos.

Salí del baño y caminé por el salón, siendo atraído por Dante antes de que pudiera ubicar a la mujer.

—¿Dónde estabas? —Me miró con cierta impaciencia, como si llevara mucho tiempo buscándome.

—En el baño, masturbándome.

—Qué gracioso. —Dante cerró la cara como si hubiera intentado burlarme de él, pero por desgracia no era una broma—. Deberías estar a mi lado.

—Pensé que estabas ocupado.

—Necesito un poco de aire. —Hizo una mueca y yo me reí.

—¿No has encontrado candidatas interesantes?

—Estoy cansado de escuchar lo competentes que son. ¿A quién le importa si sabe bordar?

Me reí de su expresión.

—¡Don!

Dante puso los ojos en blanco cuando alguien lo llamó y otras personas se acercaron.

—Te juro que te mataré, Lorenzo. —No pudo continuar con sus amenazas porque pronto se vio rodeado de nuevo.

Aquella fiesta iba a ser larga para mi primo.



Patricia

# *Capítulo diez*

—¿Dónde estabas? —preguntó Andrea cuando volví a nuestra mesa.

—En el baño.

—¿Todo este tiempo?

—Mi vestido estaba mojado. —Respiré hondo.

—¿Por qué tienes la frente tan húmeda?

—¿Húmeda?

—Sí.

—Yo... —balbuceé mientras tomaba el pañuelo y me secaba las sienes.

¿Qué esperaba mi hermano que dijera? ¿Que estaba en los brazos de Lorenzo Bellucci, perdiéndome en sus besos inapropiados? Moriría antes de llegar a casa.

—Deberían tener cuidado con ella. —Luigi intercedió por mí y se lo agradecí mucho.

—Es la mayor oportunidad de su vida —intentó argumentar Andrea.

—Pero es una competición desleal —comentó Luigi—. Me gustaría irme a casa.

—Deberíamos confiar un poco más en nuestra hermana. —Andrea me puso la mano en el hombro.

—Sí... —murmuré.

Al mismo tiempo que ansiaba llegar a casa, recorría con la mirada la sala tratando de encontrar de nuevo a Lorenzo.


Lorenzo

# *Capítulo once*

Cuando por fin terminó la fiesta y los invitados se retiraron a sus respectivas habitaciones del hotel, subimos a nuestros coches y regresamos a nuestra mansión.

Dante y yo íbamos en el asiento trasero del mismo coche y él permaneció en silencio durante largos minutos. Esperé a que rompiera la tensión, pero como no lo hizo, me precipité.

—¿Alguna candidata en mente?

—Me gustaron unas cuantas. —Dante se inclinó hacia la ventana sin mucho entusiasmo.

—Estupendo.

—Sí... —Su emoción no me contagió.

—Suenas terrible.

—Todas querían agarrarme. —Él hizo una mueca y yo me reí.

—Imagínatelas desnudas en tu cama.

—Demasiadas mujeres. Ni siquiera yo puedo soportarlo. —Se rió y me di cuenta de que se había relajado un poco.

—Al menos tendrás una lista que presentar a tu padre.

—He enumerado algunos nombres.

—Entonces no estuvo tan mal.

—No...

—¿Pero ninguna de ellas te llamó la atención como debería?

—¿Qué esperabas? —Levantó las cejas mientras me miraba—. ¿Amor a primera vista?

—Sexo, al menos.

Dante puso los ojos en blanco y yo me reí.

—¿Y cómo fue la fiesta para ti?

—Tediosa —mentí.

—Te entiendo...

En cuanto llegamos a casa, nos fuimos cada uno a nuestra habitación. Nos merecíamos una buena noche de descanso.



Patricia

# *Capítulo doce*

Debería haber estado dormida, pero no pude cerrar los ojos ni un solo instante durante la noche. Me giré de un lado a otro de la cama, sintiendo el sudor correr por mi frente. Estaba tan calurosa, y cuanto más pensaba en lo que había pasado, más aumentaba mi temperatura.

Me atrevería a decir que acercarse a un hombre así tenía terribles consecuencias.

Salí de la cama, fui al baño, encendí la luz y me incliné sobre la mesada de mármol. Abrí el grifo y me lavé la cara. Quería deshacerme de la sensación de peso que me estaba volviendo loca.

Lo peor era que no podía contarle a nadie lo que había pasado.

Volví a la cama y me hundí en la almohada, tomando una y cubriéndome la cara con ella. Solo cerrar los ojos me recordaba aún más lo que había pasado.

*Lo peor era que me gustaba...*

Las manos pesadas recorriendo mis curvas, mientras los labios devoraban los míos. Apreté mis muslos con más fuerza, tratando de detener la pulsación que no cesaba.

*¿Qué era ese deseo desenfrenado?*

Cuanto más pensaba en las manos de Lorenzo acercándose a mí, mayor era esa necesidad irracional.

Abrí las piernas y me bajé la blusa. Me lamí los labios, recordando el sabor de su boca, sus dientes rozándolos. Bajé las manos, rodeando el interior de mis mejillas, apretando mi piel. Quería que mi pulso se detuviera, pero no, solo aumentaba.

Temía tocarme, pensaba que eso me haría impura de alguna forma, pero esta vez había perdido completamente el juicio.

Deslicé mis dedos dentro de mis bragas, sorprendido por lo mojadas que estaban.

—¡No! —Aparté la mano y la tiré hacia arriba.

Tenía que dormir.

Sería mucho más fácil afrontarlo al día siguiente.

Me giré boca abajo, tomé la almohada y me tapé de nuevo.

—Ah, estoy perdida...


Lorenzo

# *Capítulo trece*

Me desperté por la mañana a la hora habitual y me cambié para bajar las escaleras.

—¡Buenos días, Lorenzo!

Me giré al oír la voz de mi madre y le sonreí.

—¡Hola, mamá! Buenos días. —Me acerqué a ella y le besé la mejilla.

—¿Qué tal?

—Estupendo.

—Qué bien. —Me masajeó los hombros y me dedicó una sonrisa antes de volver por el pasillo a su habitación con mi padre.

Continué hasta llegar al comedor, donde el personal servía el desayuno todos los días. La primera persona que vi fue mi abuela. Comía distraídamente una papaya, pero sonrió cuando se dio cuenta de que la miraba. Por muchos años que hubieran pasado, seguía viéndola exactamente igual que cuando era niño.

—Hola, abuela.

—Buenos días, cariño.

—¿Dónde están las otras personas de esta familia?

—Tus padres ya han desayunado. Laís, Marco y Dante aún no han llegado.

—Entiendo. —No comenté más, aunque me parecía un tanto extraño. Frecuentemente era uno de los últimos en levantarme, lo que a menudo provocaba algunas broncas de mi padre. Necesitaba tener mis compromisos siempre como prioridad.

—Sí, papá, son esas… —escuché decir a Dante antes de que se acercaran.

Cada uno ocupó su lugar habitual y me saludaron con un movimiento de cabeza. Una empleada se acercó y nos sirvió café en las tazas antes de retirarse.

—Hablaba con mi padre de las candidatas que más me llamaban la atención.

—¿Y quiénes eran? —Corté un trozo de pan con los dedos y me lo llevé a la boca sin mostrar mucho interés.

—Isabella Sforza y Angélique Médici.

—Italianas —dije.

—Proceden de familias importantes y de regiones claves del país.

—De acuerdo. ¿Qué piensas hacer?

—Pediré que se queden en Roma por más tiempo para poder conocerlas mejor.

—Es una buena idea.

—Sí. ¿Puedes encargarte de eso por mí?

—¿Ir a ver a las familias?

—Así es.

—Por supuesto, jefe.

—Gracias.

—Haré eso ahora en la mañana, esperando que aún no hayan dejado la ciudad.

Dante se limitó a asentir y a dar un sorbo a su café. Yo tenía planes para el día, pero podían esperar a que resolviera esta prioridad.

Una vez que Dante estuviera comprometido, su padre estaría más relajado y podríamos centrarnos en lo que realmente importaba.



Patricia

# *Capítulo catorce*

No dormí en toda la noche y por la mañana tenía los ojos hundidos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Luigi cuando abrí la puerta por la mañana en cuanto mi hermano llamó a ella.

—Nada. —Me rasqué la cabeza mientras respondía.

—¿Segura?

—Solo tuve una mala noche.

—No deberías preocuparte tanto, Gabriel y Andrea lo entenderán.

—Los defraudé.

—No es para tanto. Sabían que venir aquí y casarte sería una misión imposible.

—Pero aún tenían esperanza.

—Era una posibilidad remota.

—Realmente eres un animador, Luigi. —Me incliné hacia mi hermano y le di un fuerte abrazo.

Tal vez porque era el más joven y el más cercano a mí, se esforzaba un poco más por comprenderme porque podía entender las dificultades a las que me enfrentaba estando en esa posición. Si

hubiera nacido hombre habría sido más fácil, pero mi madre siempre nos decía que nunca nos daban una cruz más grande que la que podíamos llevar.

Aunque no fuera Dante Bellucci, en algún momento Gabriel me arreglaría un matrimonio que él creía beneficioso y lo único que yo tenía que hacer era aceptar mi destino como buena hermana, preocupándome por honrar a mi familia.

—¿Marchesini?

El corazón se me aceleró en el pecho cuando oí aquella voz, parecía un sonido procedente del fondo de mi mente, como una pesadilla que me había perseguido durante la noche, pero cuando Luigi dio un paso a un lado, revelando a Lorenzo de pie en el pasillo, acompañado de algunos soldados, tuve palpitaciones.

*¿Qué hacía ese hombre allí?*

Después de una noche de sueño terrible, pensé que por fin me libraría de él, pero verlo me demostró que no todos los fantasmas se habían quedado en la fiesta.

—Señor... —Mi hermano hizo un gesto respetuoso, inclinando brevemente la cabeza ante el hombre más poderoso que nosotros, y yo hice lo mismo, aún tratando de lidiar con mi estómago que seguía revolviéndose.

—¿Ya se van? —Su tono era firme y me pregunté el motivo de esa pregunta.

—Tenemos la intención de regresar a Venecia esta tarde.

—Vine a pedirles que pospongan un poco ese regreso.

—¿Y por qué haríamos eso? —Mi hermano expresó la pregunta que me corroía por dentro.

—Le pido que se quede y disfrute de la hospitalidad de mi familia y de Roma un poco más. Mientras tanto, me gustaría invitar a la señorita Patricia a visitar la mansión Bellucci durante el té de la tarde. Será un momento para que la conozcamos mejor.

No pude entender inmediatamente el motivo de la invitación, porque no había hecho nada para atraer la atención de Dante.

*A menos que...*

Alejé ese pensamiento antes de acabar volviéndome loca con teorías inquietantes e infundadas.

—Mi hermana estará allí, señor Bellucci.

—Gracias. —Lorenzo asintió y se dio la vuelta, dejándonos a mi hermano y a mí en el pasillo mientras yo miraba al tipo alejarse completamente asombrada.

—Parece que has conseguido llamar su atención. —Luigi sonrió, mostrando una alegría que no estaba seguro de compartir.

Esta atención podría no ser exactamente lo que él estaba imaginando, pero no le diría lo que realmente había sucedido entre Lorenzo y yo. Pasara lo que pasara, al menos Gabriel se alegraría de

saber que había recibido una invitación para ir a la mansión Bellucci…


Lorenzo

# *Capítulo quince*

—Llegarán en unos minutos. —Dante consultó la hora en su reloj de pulsera y se alejó de la ventana de la oficina donde miraba el horizonte, caminando más cerca de mí.

—No estés tan nervioso.

—No lo estoy. Solo quiero que este espectáculo termine pronto para que podamos ocuparnos de lo que realmente importa. ¿Ettore y Thiago tienen noticias sobre quién es el responsable del ataque que sufrimos?

—Todavía no me han dicho nada.

—Entonces apresúralos. Quiero respuestas. Nadie puede venir tras el jefe de esta manera y salir impune. Ahora, más que nunca, debo demostrar que soy un líder fuerte y que nuestra familia no está desestabilizada.

—Saben que no lo estamos, Dante.

—Pero el mero hecho de que intenten ponernos a prueba es una gran ofensa para mí.

—Lo solucionaremos.

—No quiero promesas, Lorenzo, quiero acciones.

—Déjalo en mis manos, Dante.

—Bien. —Dejó escapar un fuerte suspiro, mostrando lo enfadado que estaba por ello.

—Tal vez la compañía de las jóvenes hoy te anime un poco.

—Son niñas, Lorenzo. Angélique es la mayor y solo tiene diecisiete años.

—Había mujeres mayores entre las opciones, varias listas para casarse. ¿Por qué entonces dos niñas?

—No espero acercarme a ellas, solo observar cuál agrada más a mi padre, los Médici o los Sforza. Considerando los problemas que tuvimos con Milán en el pasado, creo que mi matrimonio puede alejar de una vez por todas las sombras que nos rodean.

—Es una sabia decisión.

—No estoy seguro, simplemente creo que es lo mejor que puedo hacer en este momento. Sin embargo, para eso necesito calibrar las reacciones de mi padre.

—Entiendo.

Nos quedamos en silencio un momento y él apartó la mirada hasta que volví a llamarle la atención.

—Hay algo que no te he dicho.

—¿Sobre qué?

—Invité a una tercera chica.

—¿Por qué? —Ladeó la cabeza en mi dirección, tratando de analizarme y notar señales que yo aún no había mostrado—. ¿Crees que me he perdido una buena candidata para una alianza?

—No... —Era mi mejor amigo y no me pareció apropiado mentirle, especialmente en una situación como esa que podría complicar a nuestra familia—. Se trata más bien de una atracción personal.

—¿Te interesa? —Una sonrisa se formó en los labios de mi primo.

—Yo diría que es más bien un pequeño capricho.

—No soy yo quien debería dar consejos aquí, pero ten cuidado en lo que te metes, Lorenzo.

—Solo disfrutaré de la compañía de la chica por la tarde, después harás tu elección y ella volverá a Venecia.

—No nos des más problemas.

—No lo haré.

Considerando cómo la situación podría haberse salido un poco de control la noche anterior, no podía asegurar eso con tanta vehemencia, sin embargo, había otras prioridades con las que Dante necesitaba preocuparse en ese momento.

—Mi madre parece muy comprometida con la llegada de las candidatas—. Se inclinó hacia la ventana otra vez, mirando el jardín.

—Lo hace por ti.

—Como si fuera necesario.

—Es una forma de demostrar que le importas.

—¿Desde cuándo entiendes de eso?

—También tengo una madre.

—Es verdad. —Sonrió—. Espero que la candidata sea al menos una buena madre para mis hijos.

—Es italiana, lo será. Teniendo en cuenta que son jóvenes y menores de edad, aún habrá tiempo para que se preparen para la boda.

—Unos años, hasta los veintiuno.

—Parece que has pensado en todo.

—Siempre tenemos que ir un paso por delante.

Asentí brevemente.



Patricia

# *Capítulo dieciséis*

Nunca había estado en la mansión Bellucci, pero no me sorprendió cuando crucé las puertas y vi que aquello parecía un palacio. Desde luego, tenía muchas más habitaciones que la casa en la que me había criado. Tenía tres plantas y una fachada amarillenta con piedras que no sabía si eran de mármol o de alguna otra formación. El jardín no podía pasar desapercibido, porque también tenía su propio esplendor, vasto y muy cuidado, con fuentes, parterres, árboles y arbustos.

El coche en el que iba con Andrea no era el único que había llegado cuando aparcamos. Mi hermano se había quedado conmigo mientras los demás volvían a Venecia, porque había trabajo que hacer en casa y no podían ausentarse demasiado tiempo sin dejar un hueco para cualquier embestida.

—Ya has superado una etapa. Ahora viene la parte fácil. — Andrea intentó motivarme, pero ese no era realmente el camino, porque no tenía ni idea de si esa invitación había venido realmente de Dante.

Fuera cual fuera la verdad, estar allí parecía suficiente para animarlos y dar esperanzas a Gabriel. La proximidad de los Bellucci seguía pareciéndole muy importante, porque reforzaría su propio poder e influencia.

Todavía en el coche, podía ver a los soldados moviéndose por la finca, en el tejado de la mansión y en otros puntos de vigilancia. Por mucho que me dieran escalofríos, no podía decir que no estuviera acostumbrada. Los hombres fuertemente armados habían formado parte de mi vida desde que era una bebé y decían mucho del poder de una familia, sobre todo de los riesgos que corría.

Si ser una Marchesini ya no era fácil, convertirme en una Bellucci aumentaría aún más el objetivo en mi espalda.

—Señorita. —Un hombre abrió la puerta del coche y me tendió la mano para ayudarme a salir del vehículo.

Caminé despacio hasta la entrada de la casa, donde vi a otra mujer acompañada de un hombre mayor. No era exactamente una mujer, supuse que no tendría más de dieciséis años, y eso me hizo tragar saliva. Por mucho que supiera que las bodas solían celebrarse cuando una mujer cumplía veintiún años, comprometerse tan pronto debía de ser aterrador.

—Marchesini. —El hombre mayor se giró hacia mi hermano al reconocerlo.

—Sforza. —Andrea también sabía quién era, dejándome como la única confundida en la situación.

Antes de que pudieran decir nada más, se nos acercó una mujer de mediana edad, sonrisa amable y figura esbelta. La reconocí

como Laís Bellucci, la madre de Dante y futura suegra de quien resultara elegida.

—Bienvenidos a mi casa. —Por favor, pasen.

Nos condujo al salón, donde había otra chica, igual de joven que la que estaba a mi lado. Lo único que teníamos en común las tres era la mirada asustada y el miedo de no saber qué nos iba a pasar.

—Dante se nos unirá pronto, mientras tanto, siéntanse como en casa. —Laís indicó la mesa de café, que estaba cubierta con un delicioso bufé de café, chocolate, pasteles, galletas y otros sabrosos manjares.

Aunque todo tenía muy buena pinta, era completamente imposible pensar en comer con el estómago revolviéndose de esa manera.

—Milán y Florencia contra Venecia —tartamudeó Andrea, y me di cuenta de que las otras dos familias representaban a esas ciudades.

No es que esa reunión fuera una partida de ajedrez.

Cuando oímos pasos, todos nos volvimos hacia las escaleras y vi a los hombres que bajaban. Dante iba delante, pero justo detrás estaba Lorenzo y verlo de nuevo me desestabilizó. Me llevé las manos a los muslos, sujetándolas con fuerza para no arriesgarme a que se notara que estaba temblando.

—Gracias por aceptar mi petición —dijo Dante en un tono cortés, melodioso pero firme. No teníamos elección, pero por un momento hizo que pareciera que sí—. Es un placer darles la bienvenida.

Andrea me dio un codazo y casi me ahogo.

—El placer es mío —suelto, tanteando el terreno y mordiéndome la lengua a duras penas.

Mis ojos se movieron a través de ellos y acabaron de nuevo en los de Lorenzo, era una locura y me sentía como si me hubiera perdido. Cuanto antes pudiera volver a casa, mejor sería para mí.

Dante estaba sentado en un sillón, en un ángulo que le permitía observarnos a las tres, y Lorenzo permanecía a su lado como un perro guardián. Intenté alternar la mirada entre los otros hombres de la sala, el antiguo Don y su hermano, probablemente el padre de Lorenzo, para no parecer tan nerviosa, pero fue difícil.

—¿Por qué no hablan un poco sobre ustedes? —sugirió la madre del jefe, fijándose en todos nuestros detalles.

Me removí en mi asiento, inquieta. La situación era completamente desconcertante. Imaginaba que en algún momento mi hermano elegiría para mí un marido que le pareciera adecuado y que reforzara su propio poder, pero no pensaba que me sometería a valoraciones de ese tipo.

Quizá debería haberme preparado mejor antes de salir de casa. Haber planeado algo o incluso un discurso para venderme.

Sentí el peso de los ojos de Andrea sobre mis hombros. Depositaban muchas esperanzas en mí, pero cada vez estaba más segura de que no sería capaz de destacar entre aquellas dos, por mucho que fuera mayor que ellas.

—¿Y? —nos animó Laís cuando se dio cuenta de que las tres estábamos muy tensas y el silencio se había instalado en la sala, esperando a que alguna de nosotras lo rompiera.

—Patricia... —Oí el susurro de Andrea casi como un empujón.

—Bueno... yo... —Respiré hondo, intentando no tartamudear, pero me fue imposible.

—No pasa nada, cariño. —Laís me sonrió, tratando de animarme.

—Gracias.

—Me gusta leer y estudiar, así como navegar con mis hermanos. Paso los días entre las tareas domésticas y las asignaturas que me gusta aprender, así como mis estudios universitarios.

—¿Estás en la universidad?

Asentí con la cabeza.

—Estoy estudiando historia.

—¿A distancia?

—Así es.

Ella debería saber bien que mis hermanos no aceptarían que estuviera en la universidad junto con otros jóvenes y todas las tentaciones.

—Es un curso muy interesante.

—Sí.

—Me gustaría estudiar medicina —dijo una de las chicas, llamando la atención sobre sí misma.

—Qué interesante. —Laís inclinó su cuerpo hacia ella, enfatizando que se sentía atraída—. Mi hija Pietra también estudió medicina.

—¿De verdad? —se entusiasmó la chica.

—Sí.

—Yo pensé en derecho —dijo la otra, la más joven—. Pero mi enfoque será atender las necesidades de mi familia y cuidar de mi esposo.

Todavía era muy joven, así que fue una sorpresa darse cuenta de que una chica estaba pensando en esto. Probablemente había sido bien entrenada por su familia para decir las cosas correctas.

—Quiero muchos hijos y será un placer dedicarme a criarlos.

—¿Cuántos? —Dante también se inclinó hacia ella, reforzando que la chica había captado la atención del Don.

—Todos las que quieras. —Sus mejillas se sonrojaron.

Esbozó una breve sonrisa y se acomodó en la silla.

Pronto me di cuenta de que Dante tenía una favorita.


Lorenzo

# *Capítulo diecisiete*

Dante ya tenía una elección antes de que las chicas llegaran por la mañana. Solo se confirmó tras una conversación y la observación de su padre. Pasamos la mañana allí y luego dirigió a las niñas de vuelta a la sala de estar mientras llamaba a los verdaderos responsables de la decisión a su despacho para charlar.

Sabía que era importante estar allí como mano derecha de mi primo, pero no fui con él. Le dejé solo con su padre. Me di la excusa de que si estaba o no a su lado para el anuncio de su elegida era completamente irrelevante.

Me quedé en el salón mientras veía a los hombres subir las escaleras. Ninguno de ellos estaba preocupado por mí, porque la verdadera tensión se centraba en la elección de mi primo.

Mis ojos se cruzaron con los de Patricia, quien desvió la mirada rápidamente, pero no pudo ocultar que estaba avergonzada por mi presencia. Lo que realmente quería al traerla aquí era una excusa para estar a solas. Sin embargo, las otras chicas y mi tía aún estaban en la sala, haciendo que el ambiente fuera aún más pesado.

—¿Patricia? —la llamé, arriesgándome a causar una confusión.

—Sí, señor —asintió, agachando la cabeza y haciendo aún más evidente su miedo a mirarme.

—Hay algo que me gustaría enseñarte ya que te gusta tanto la historia.

—¿A mí? —repitió, tragando saliva.

—Sí.

—Yo...

—Ven conmigo a la biblioteca.

Miró a un lado y a otro, pensando en cómo respondería a mi peligrosa invitación. La chica no era tan ingenua, conocía los riesgos de aceptar, pero hacer un desaire a un hombre tan poderoso como yo podía generar un conflicto que no quería.

—Te gustará mucho el sitio. —Laís le sonrió, y ése fue todo el estímulo que necesitaba para levantarse y entrar directamente en mi trampa.



Patricia

# *Capítulo dieciocho*

Subí cada paso vacilante por las escaleras con el corazón saltándome en el pecho y el estómago revuelto. Tenía los labios secos y me los humedecí, intentando no abrazarme a mí misma. Ya había estado una vez a solas con aquel hombre y tenía miedo de lo que pudiera pasar si volvía a hacerlo.

—Por aquí. —Lorenzo iba delante y yo detrás, dando cada paso muy despacio.

Bellucci no tardó en detenerse ante una gran puerta y abrirla.

—¡Increíble! —no pude evitar exclamar. Me quedé con la boca abierta y paralizada observando lo que me rodeaba.

Era una biblioteca enorme, mucho más grande que mi dormitorio, con estanterías gigantescas cubiertas de libros del suelo al techo.

Delante había sofás y sillones, y junto a ellos vi un globo terráqueo, de esos que giran al tocarlos.

—¡Qué lugar tan increíble! —Me volví hacia Lorenzo con la certeza de que me brillarían los ojos.

—Estaba seguro de que te gustaría.

—Es realmente hermoso. No esperaba encontrar un lugar así aquí.

—Mi abuela siempre fue una gran amante de los libros y mi abuelo construyó este lugar para ella.

—¡Qué romántico!

Me aparté de él y me acerqué a una de las estanterías, pasando los dedos por los lomos. La mayoría eran novelas en italiano, pero también vi libros de otros géneros y en otros idiomas.

Tenía una pequeña librería en mi habitación que era muy valiosa para mí, pero nada comparado con aquel lugar.

—¿Te ha gustado?

Mi corazón volvió a acelerarse cuando sentí que su voz hacía vibrar los pelos de mi cuerpo. Lorenzo estaba demasiado cerca y yo sabía lo peligroso que era eso.

—Es preciosa. —Mantuve la postura, intentando no mostrar cuánto me desconcertaba su presencia.

—Sabía que te gustaría. —Sentí sus manos en mi cintura y me hizo girar, obligándome a mirarlo fijamente.

Me golpeé la espalda contra la estantería y casi se me sale el corazón por la boca.

—Lorenzo...

—Me preguntaba cuándo volveríamos a estar solos.

—Por favor...

—¿Por favor, qué? —Me agarró el mentón, haciéndome mirarlo fijamente sin poder apartar la vista.

—No podemos estar solos.

—¿No? —Puso la otra mano en la estantería y acercó su cuerpo al mío, quedando a milímetros el uno del otro.

Su presencia me dejaba completamente trastornada y estaba segura de que Bellucci lo notaba, pero le gustaba provocarme y enloquecerme. Ni siquiera podía imaginar lo que pasaría si nos veían tan cerca sin estar casados.

—Déjame volver al salón. —Le puse la mano en el pecho, intentando apartarlo, pero me hizo jadear, al sentir que su corazón latía más deprisa.

—¿De verdad quieres volver? —La voz pesada, firme y gruesa me hizo delirar.

—¿Sabes lo que puede pasar si...

—No me preocuparía por eso... —Lorenzo se inclinó y sus labios volvieron a rozar los míos.

Estaba completamente loco y, al mismo tiempo, el sabor de su boca me parecía altamente adictivo. Esta vez no tuvo que pedírmelo, porque enseguida separé los labios y dejé que su lengua se encontrara con la mía.

Que Dios me perdone por eso, pero el sabor de su boca era demasiado bueno. La forma en que Lorenzo se entregaba a mí me hacía desear cada vez más sus besos y sus caricias.

El peor problema era que no tenía límites. Sus manos empezaron a recorrerme, bajando y rodeando mis curvas. Racionalmente, sabía que tenía que apartarlo, pero no podía.

Abrí los ojos, aún rendida, cuando Lorenzo me pasó la mano por el vientre y la deslizó dentro del pantalón. Sentí sus dedos abriéndose paso entre mis bragas.

—Lorenzo... —murmuré su nombre, esperando que tuviera algún sentido de la racionalidad.

—Abre las piernas...

Separé los muslos sin poder ser racional, porque los efectos que producía en mi cuerpo eran demasiado seductores.

Su dedo bajó, rozó mi clítoris y yo me retorcí, rodando contra la estantería.

—¡Ah! —No pude evitar gemir cuando empezó a mover el dedo. —Lorenzo...

*¿Qué eran esas sensaciones?*

Sabía lo peligroso que era acercarse a esa zona de mi cuerpo y nunca había llegado a tocarme, pero Bellucci no tenía la misma moderación. Estaba dispuesto a volverme loca.

No debería haber estado gimiendo, y mucho menos haciendo ningún ruido que indicara la perversión que se estaba produciendo dentro de la biblioteca, pero era imposible contenerme mientras me retorcía y retorcía, moviendo mis caderas y el resto de mi cuerpo con cada movimiento de su dedo.

Lorenzo parecía disfrutar de lo que estaba sucediendo por la sonrisa traviesa que mostraba en sus labios en medio de un peligroso aire de depredación. Me rendía con una mano peligrosamente colocada sobre mi sexo, mientras la otra tocaba mi cuerpo mucho más allá de lo que yo debería permitir a cualquier hombre que no tuviera el título de mi marido.

Sentí cómo subía por dentro de mi blusa, hasta que sus dedos rodearon mi sujetador, invadiéndolo para tocar directamente mi pecho.

En el fondo de mi mente podía oír una voz que gritaba desesperada, diciéndome que no podía permitirlo. Me habían educado para ser una mujer pura y digna, que no podía dejarse llevar por algo tan imprudente como esto. Sin embargo, a medida que el placer crecía, palpitando y palpitando allí donde me estimulaba, no podía pensar en apartarlo de verdad.

Quería más, y lo único que hice fue recolocar mis caderas para que su dedo me tocara en el ángulo y el lugar adecuados para hacerme sentir aún mejor. Aquella deliciosa tensión crecía y la

sensación de éxtasis se hacía más intensa hasta que todo estalló en una maravillosa e intensa oleada de placer.

—¿Qué me has hecho? —murmuré, recuperándome mientras absorbía aquellas ondas que parecían haber llevado mi cuerpo a otra dimensión.

—¿Nunca habías llegado al orgasmo? —Sonrió mientras me mordisqueaba el labio inferior, demostrando que controlaba la situación aún más de lo que yo había previsto.

Me limité a mover la cabeza negativamente, rendida ante él, que aún no había retirado la mano de mi sexo.

—Puedo sustituir mi dedo por algo mucho más grueso. —Me lamió la oreja y se me pusieron los ojos en blanco.

Oímos el ruido de la puerta al abrirse y, antes de que Lorenzo pudiera apartarse, alguien entró.

—¿Qué está pasando aquí?

Rápidamente me quitó las manos de encima e intenté inútilmente recomponerme, porque en mi cara parecía escrito que estábamos yendo mucho más lejos de lo que debíamos.

—Abuela... —murmuró, y miré brevemente a la señora que estaba de pie cerca de la entrada de la habitación con un libro en los brazos.

Era de cierta edad y tenía canas, pero parecía bastante lúcida y me aventuré a suponer que comprendía mejor que yo las intenciones de su nieto hacia mí.

—Creo que a tus hermanos no les gustaría saber que la señorita está aquí —dijo, dirigiéndose a mí, y me hizo tragar saliva aún más nerviosa.

—Tiene razón. —Bajé la cabeza, sintiéndome fatal y completamente avergonzada por lo que había pasado.

—Vuelve a donde es seguro.

Me limité a asentir con la cabeza y me alejé a toda prisa, casi corriendo a su lado porque estaba demasiado asustada por las consecuencias como para esperar un solo minuto.

—Voy contigo. —Oí decir a Lorenzo, pero ni siquiera me arriesgué a girarme para ver que me seguía.

—Quédate aquí. Necesitaré tu ayuda. —La abuela lo detuvo y lo único que hice fue huir lo más rápido que pude, temiendo que ocurriera lo peor.


Lorenzo

# *Capítulo diecinueve*

Mi abuela se detuvo frente a mí y me miró aún con más firmeza, mientras mi presa se escabullía por la puerta, corriendo tan lejos como podía.

—¿Qué pretendías hacer aquí? —Apretó los dientes mientras me dirigía una feroz expresión de autoridad que el tío Marco y Dante habían heredado.

—Solo estaba enseñándole a la chica tu preciosa biblioteca. —Me encogí de hombros, fingiendo inocencia, porque sabía que no debía admitir mis verdaderas intenciones.

—¿Fue antes o después de que intentaras acostarte con ella encima de mis libros?

—Fue solo tu impresión, abuela.

—¿Impresión? —Enarcó las cejas, mostrando su expresión de furia y cierta incredulidad ante mi intento de engañarla—. Soy una anciana, Lorenzo, pero mis ojos aún funcionan muy bien. Puede que te creas más sabio que tu padre y tu hermano, pero eso no sirve de nada si sigues siendo igual de impulsivo.

—Ya lo sé, abuela. —Agaché la cabeza, sintiéndome fatal por la regañina.

Cualquier rastro de mi excitación por tocar y provocar a Patricia se había desvanecido por completo, como si la presencia de mi abuela fuera un balde de agua fría.

—Parece que no. —Permaneció seria y yo estaba seguro de que la reprimenda aún no había terminado—. Estoy segura de que has olvidado los problemas que puede acarrear a nuestra familia el seducir y tomar la virginidad de una Marchesini.

—Yo no le iba a quitar la virginidad...

—No creas que soy idiota, Lorenzo.

—Abuela... —Me interrumpió sin dejarme terminar la frase.

—Si no quieres que tengamos problemas con los venecianos por lo que pasó aquí, vas a presentarte a la familia de la chica y pedirla en matrimonio.

—¿Cómo? —Me ahogué con el aire que se precipitó en mi garganta.

—Deberías haberlo hecho antes de ponerle las manos encima.

—No tengo intención de casarme con la chica, abuela. Solo me estaba divirtiendo. Dejemos esto atrás y hagamos como si no hubiera pasado nada.

Desde luego, no podía haber tomado peor decisión que contarle la verdad sobre mis intenciones. La expresión de mi abuela

cambió aún más y me di cuenta de que no estaba preparado para aquello.

—¿Quieres un conflicto justo al principio del gobierno de tu primo?

—No, abuela.

—Entonces haz lo correcto.

—De acuerdo.

Salí de la biblioteca cabizbajo, como un perro regañado. Mis instintos de depredador al cortejar a una chica ingenua habían sido completamente reprimidos por las duras y determinantes palabras de mi abuela.

Lo peor de todo era que estaba seguro de que si intentaba acudir a cualquier otro miembro de mi familia, las indicaciones serían las mismas. Si no quería parecer que solo me estaba casando por haber cedido a mis instintos, como fue con mi hermano y mis primos, tendría que revertir esa situación a mi favor.



Patricia

# *Capítulo veinte*

—¿Te ha gustado la biblioteca? —me preguntó Laís cuando volví a la habitación y me sentí tan avergonzada que ni siquiera pude mirar a la mujer, temerosa de que algo en mi expresión me delatara. Pero acabé sabiendo con certeza que actuar así era suficientemente incriminatorio.

—Es muy bonita.

—Fue uno de los mayores regalos que mi suegro dejó a esta familia.

—Seguro que sí.

—Me encantaría conocerla —me dijo una de las chicas mientras me acomodaba en el sillón.

—Tal vez Dante te lleve allí más tarde.

Teniendo en cuenta lo que Lorenzo me había hecho, no les recomendé que se aventuraran a averiguar lo que un hombre podía hacerle a una mujer mientras estaban solos.

Tenía tanto miedo de que lo que había ocurrido en la biblioteca saliera de las paredes de aquel lugar que tuve que ponerme las manos entre las piernas para disimular mi temblor.

No sé cuánto tardaron los hombres en volver de su conversación, pero me pareció tan rápido que me sobresalté.

—¿Estás bien, cariño? —Laís se inclinó hacia mí y me di cuenta del estupor que me mostraba.

*¿Cómo podría ocultar mi crimen si lo tenía estampado en la frente?*

—Sí —dije en voz baja e intenté sonreír.

—¿Por qué no tomas un vaso de agua? —Señaló la jarra que había sobre la mesa en el centro de nosotros, junto a las opciones de jugo y la botella de café.

—Gracias. —Me incliné para agarrar un vaso, pero antes de que pudiera servirme uno, Andrea se detuvo a mi lado.

—Es hora de irnos. —Su tono era cordial, pero pude percibir su decepción.

No había sido elegida por Dante, pero no me sorprendió, ya lo había sentido desde antes.

—Hija, levántate. —Uno de los otros hombres se acercó a una de las chicas, la que había hablado de tener hijos con Dante, y ella obedeció la orden sin pestañear.

—Isabela Sforza. —El jefe se dio la vuelta para detenerse delante de la chica y supe con certeza que era su elegida.

—Sí, señor. —Ella inclinó la cabeza, mostrando que estaba dispuesta a servirle.

Para mi sorpresa, el Don se arrodilló delante de la chica y le tendió la mano, esperando la suya mientras sacaba un anillo del bolsillo. Parecía muy segura de lo que iba a ocurrir y no vi ningún temor en sus ojos. Ojalá yo pudiera sentir lo mismo ante un matrimonio concertado con un hombre que al menos le doblaba la edad.

—Sería un placer tenerte como esposa. —Le puso el anillo en el dedo y le besó el dorso de la mano.

—Prometo ser una esposa que te honre, mi Don.

—Estoy seguro de que así será. —Se levantó y le dedicó a la chica una sonrisa amable, pero no hizo nada más que eso, ni siquiera le dio un beso en la frente.

—Vamos a discutir los detalles de este matrimonio —dijo el líder de los Sforza, contenido, pero al mismo tiempo parecía celebrar su victoria.

—Por supuesto. —Dante asintió y se volvió hacia los demás presentes en la sala—. El resto de ustedes es bienvenido en mi casa por el tiempo que deseen y puedo asegurarles que podrán disfrutar de la hospitalidad de mi madre.

En cuanto el Don desapareció de la vista con su futuro suegro, el capo de Milán, mi hermano no quiso saber nada más de la hospitalidad de los Bellucci. Andrea solo quería volver a casa cuanto antes y en eso estábamos de acuerdo los dos.

Tenía el corazón acelerado, la boca seca y las piernas calientes. No quería pensar en Lorenzo y en lo locos que habían sido esos pocos minutos a solas con él en la biblioteca, porque si alguien más se enteraba, mi vida se arruinaría.

Esperaba de todo corazón que la señora que nos había visto en una situación tan embarazosa no se lo contara a nadie.

Tenía que comportarme mejor, porque llevaba el honor de mi familia a cuestas. Afortunadamente, ya estábamos de camino a casa y pude ponerle fin.

Imaginaba que mi camino no volvería a cruzarse con el de Lorenzo Bellucci.


Lorenzo

# *Capítulo veintiuno*

Los Sforza se convirtieron en invitados de honor en nuestra casa con el anuncio del compromiso de Dante e Isabella. La quinceañera seguiría siendo la prometida de mi primo hasta que cumpliera veintiún años, momento en el que finalmente se casarían. Para Milán, tras una historia de desencuentros con mi familia, por fin estarían en una posición privilegiada que daría aún más poder a los Sforza.

No tenía ninguna intención de perjudicar a mi primo o quitarle protagonismo en su momento, pero conocía bien la sangre que corría por mis venas y, aún mejor, cuánto era capaz mi abuela de mover sus hilos. Si no quería parecer un completo idiota, tendría que actuar primero.

En cuanto el capo de Milán salió del despacho de mi primo, me deslicé al interior y cerré la puerta tras de mí, atrayendo más atención de la que quizá me hubiera gustado, porque Dante no estaba solo, sino en compañía de mi padre y el suyo.

—¿Lorenzo? —Levantó la vista y se inclinó hacia mí, buscando pistas.

—¿Podemos hablar unos minutos? Es importante.

—Puedes hablar —dijo el tío Marco, lo que me hizo tragar saliva. No planeaba decirlo tan abiertamente, pero al mirar a los ojos del hombre supe que no podía escapar.

—Aprovechando el compromiso de Dante, quiero comprometerme con Patrícia Marchesini.

—La veneciana... —Fue más una afirmación que una pregunta, pero asentí de todos modos.

—Creo que reforzará nuestros vínculos con el Norte y podría ser muy beneficioso para la familia.

Debería haber pensado mejor en las posibles preguntas y preparado respuestas más inteligentes, pero ya era tarde.

—No lo sé. —Mi padre reflexionó sobre el asunto, poniéndome aún más tenso—. Sí, es una buena candidata, pero si se compromete solo quedará Giovane como soltero. El menor de todos los nietos no tiene tanto protagonismo y puede que no sea suficiente para un acuerdo atractivo.

—¿Quieres que no me case por la posibilidad de un acuerdo mejor? —Respiré hondo e intenté aparentar calma.

No era noticia que nuestras vidas y nuestras decisiones estuvieran siempre en manos de la mafia. No importaba cuánto dinero ganáramos, siempre queríamos más.

—Debería ser obvio para ti —reforzó el tío Marco.

—Al mismo tiempo, este matrimonio no es del todo malo —comentó mi padre, y me contuve de expresar alguna victoria o gratitud por su intervención en mi favor—. Lorenzo tiene razón en lo de reforzar las alianzas con el Norte. Sobre todo desde que por fin tenemos Sicilia bajo nuestro control.

—¿Este matrimonio sería solo por eso? —Tío Marco me miró fijamente mientras reflexionaba. Podría haber sospechado, pero yo no dejaba traslucir tan abiertamente que tenía segundas intenciones.

Solo esperaba que la posible relación entre nosotros dos siguiera siendo un secreto.

—¿Es la única razón?

—Sí, tío —mentí, manteniendo un tono firme e intentando disimular—. Analicé a todas las candidatas que seleccionaste y vi la que me pareció más interesante.

—¿Interesante o bonita?

—Ambas.

—No quiero problemas, Lorenzo.

—No tengo intención de generar problemas, tío.

—Mejor así.

Para que la situación no se convirtiera en una gran bronca, tendría que confiar en la discreción de mi abuela, pero en el fondo

sentía que su actitud hacia mí era precisamente para evitar futuros conflictos.

—No tenemos en mente ninguna otra candidata para Lorenzo —intervino Dante en mi nombre para convencer a los mayores—. ¿O sí tienen?

Su padre acabó negando con la cabeza.

—Creo que lo más sensato es casarse con una buena mujer italiana de una familia poderosa en lugar de esperar a ver qué pasa, ya que mi primo hizo una elección asertiva, ¿por qué ir en su contra?

Mi padre y Marco me miraron fijamente durante unos instantes y yo me contuve para no encogerme. Era mejor que entendieran que podía ser una buena alternativa y no que actuaba por puro impulso, como había ocurrido en las últimas bodas de la familia.

Ya bastaba con que Nicolae hubiera elegido a una inglesa sin ninguna influencia y mi hermano hubiera traído a una griega traficada a nuestra casa.

Mi matrimonio con la veneciana podría demostrar que nuestra familia aún podía tomar buenas decisiones, por no mencionar que por fin podría tenerla. No es que el sexo valiera un anillo en mi dedo y un compromiso para toda la vida, pero realmente no quería causar ningún problema a mi familia.

—Bien... —El tío Marco finalmente reflexionó—. Si Dante cree que es un movimiento asertivo, no me opondré. ¿Theo?

—Sí.

—¿Acompañará a su hijo a hacer la oferta a Marchesini?

—No sé si siguen en Roma.

—Espera un momento —reflexionó Dante, atrayendo de nuevo la atención sobre sí mismo—. Esperemos al menos una semana a que se difunda la noticia de mi boda con Isabella Sforza, y entonces podrás ir a Venecia en persona a proponerle matrimonio a los Marchesini.

—Tienes razón, sobrino —convino mi padre.

No dije nada, no es que estuviera deseando que llegara esa boda, solo quería que mi familia no tuviera que preocuparse por mí.

—Seguro que a Tatiane le encantará pasar unos días en Venecia.

Mis padres podrían verlo como una oportunidad romántica para ellos, pero yo ya estaba seguro de que solo estaba cumpliendo con mi deber y haciendo un buen negocio para no arrastrar a mi familia a un lío que podría crear yo mismo.

Cuando los mayores abandonaron el despacho, dejándome a solas con mi primo, Dante señaló la silla que tenía delante y me miró con expresión más tensa. Ya era el jefe y había aceptado muy bien

ese papel, aunque su padre siguiera entrometiéndose en algún que otro momento.

—¿Has estado planeando casarte con ella desde que la invitaste hoy a nuestra casa? —exigió saber.

Si había alguien a quien debía y necesitaba decirle la verdad, ese era Dante. Al menos aún me quedaba nuestra cercanía y amistad, que esperaba suavizaran las cosas.

—No.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —Se inclinó hacia delante, apoyando el mentón en el dorso de las manos mientras me analizaba.

—Nuestra abuela.

—¿A qué te refieres?

—Digamos que... —Hice una breve pausa en busca de las mejores palabras, pero no las encontré—. Ella me sorprendió con las manos donde no debía.

—No puedo creer que te acostaras con Marchesini —gruñó Dante, y me di cuenta de que él también podía estar furioso conmigo.

—No tuve sexo con ella.

—¿Qué estabas haciendo? —Apretó los dientes.

—Tal vez la haya masturbado y rozado un poco.

—¿Eres idiota?

—No lo creo.

—¿Acaso esa mujer se te lanzó encima? ¿Ella se insinuó o intentó algo?

—No. Creo que aún es virgen y yo fui el primero en tocarla íntimamente.

—Como cualquier chica de una familia tradicional.

—Sí.

—No deberías haber hecho eso, Lorenzo. —Se encogió de hombros—. Pero, ¡qué más da! Lo correcto es realmente casarte con ella y evitar cualquier tipo de rumor, aunque dudo que la chica quiera poner en riesgo su propia honra. Definitivamente no necesito problemas con los Marchesini. Viajarás a Venecia en una semana y afirmarás el compromiso con ella. Compórtate hasta que ella sea tu esposa.

—Déjalo en mis manos —asentí con confianza.

—Eso espero. Al menos nadie lo sabe.

—Bueno... —Dudé un poco.

—¿Lorenzo? —Dante frunció el ceño, con evidente irritación, y me exigió con la mirada que fuera más claro.

—La abuela nos vio.

—Ahora entiendo por qué de repente decidiste casarte con ella.

—No causaré ningún problema, Dante.

—Eso es lo mínimo. Aún necesito saber qué han averiguado Ettore y Thiago sobre los que intentaron atacarnos.

—Yo me encargo.

—Es mejor que mantengas la mente ocupada.

Me lo merecía y pensé que lo mejor era no protestar. Realmente había cedido a mis impulsos con Patrícia y no podía dejar que se produjeran situaciones así, sobre todo teniendo en cuenta todo el poder que tenía en mis manos y lo fácil que era crear cualquier desacuerdo.



Patricia

# *Capítulo veintidós*

Volvimos a casa, y preferí regresar en un vuelo comercial en lugar del velero porque el trayecto era mucho más corto. Me sentí aliviada de estar en mi habitación antes de que oscureciera. Puede que no consiguiera el matrimonio que tanto habían deseado mis hermanos, pero al menos olvidaría aquellos episodios, volvería a mis estudios y esperaría a que el destino llamara a mi puerta con un candidato adecuado elegido por mi hermano.

*No sería una Bellucci, pero estaría lejos del consigliere...*

*Lorenzo...*

Jadeé, sintiendo que me faltaba el aire solo de recordar su nombre.

Era mejor de esa manera, por más que no pareciera así a primera vista para mis hermanos, porque si me casara con Dante y me sintiera tentada por su mano derecha, podría causar una tragedia sin precedentes. No es que creyera que Lorenzo pudiera ser tan imprudente, sin embargo, recordar esos breves momentos era una traición constante que siempre estaría atormentando mi mente.

Seguía tan claro como si acabara de ocurrir. Me rodeó con sus brazos, besándome y tocándome mientras sus dedos me agitaban y me hacían sentir como nunca hasta que todo mi cuerpo estalló en

un torrente de sensaciones que nunca antes había experimentado y para las que ni siquiera sabía si estaba preparada.

*¿Era esa la intimidad entre un hombre y una mujer?*

Pasara lo que pasara, necesitaba dejar de pensar y el hecho de estar muy lejos de Roma me ayudó mucho.

Me encerré en mi habitación y no salí a cenar. Como Gabriel y el resto de mis hermanos probablemente se sentirían decepcionados conmigo, ni siquiera insistieron en mi presencia. No sabían el favor que me hacían.

Alejarme de ellos y no tener que responder preguntas fue lo mejor.

Me duché, me senté en la cama y tomé un buen libro. Un relato ficticio de la historia, que narraba las invasiones de Napoleón Bonaparte. La novela era interesante, pero no fue suficiente para mantener mi atención ese día. En varios momentos me encontré divagando.

Solo esperaba que pasara pronto.


Lorenzo

# *Capítulo veintitrés*

Salí del coche con mis hombres y me acerqué a la entrada de la casa de mi hermano. Había llamado a Thiago y habíamos quedado en encontrarnos allí. Tenía algunas preguntas que hacerle y aprovecharía para cenar con él, su mujer y sus hijos.

Era muy sorprendente lo rápido que pasaba el tiempo. Aún recordaba como si fuera ayer cuando él y Manuela aún vivían en la mansión conmigo y pasábamos más tiempo juntos que en el presente.

Por mucho que quisiera a mi hermana mayor, compartir su presencia se hizo mucho más difícil cuando se trasladó a Estados Unidos. Solo nos veíamos en celebraciones o acontecimientos familiares, como la toma de posesión de Dante.

Para mi cuñado y capo de Nueva York, Steven Lansky, era muy importante estar presente en esos momentos.

A pesar de toda la confusión que causó el hecho de que Perla se decidiera por otro marido, mantuvimos una buena relación con los americanos, ya que mi hermana había sido enviada para hacer honor a nuestra palabra. Reflexionar sobre lo que le había ocurrido me hizo pensar más que nunca en lo importante que era el matrimonio y en que no podía jugar con eso.

Juliana vino personalmente a abrirme la puerta y me saludó con un beso en la mejilla.

—Hola, Lorenzo, bienvenido.

—Gracias. —Fui cordial al entrar en la residencia mientras los hombres que me acompañaban se quedaban fuera—. ¿Dónde está mi hermano?

—Acaba de llegar de la calle y se ha duchado, pero siéntete como en casa. Pronto estará aquí.

Seguí a Juliana hasta el salón, donde estaban mis sobrinos. Maya jugaba con una muñeca y Pietro con un videojuego.

A ninguno de los dos pareció importarle mi presencia hasta que su mamá los llamó.

—Niños, saluden a su tío.

—Hola, tío. —El chico ni siquiera apartó los ojos de la tele para hablar conmigo, pero la chica más pequeña fue más amable y se acercó.

—Bendición, tío.

—Dios te bendiga, pequeña.

Me dedicó una risita divertida y volvió corriendo a sus muñecas. La niña era aún muy pequeña, no había cumplido los cuatro años, tenía el pelo rubio y era tan delicada como su madre.

Me imaginaba lo celoso que estaría mi hermano de ella cuando fuera un poco mayor.

—¡Lorenzo! —Thiago salió del pasillo y caminó hacia mí—. ¿A qué se debe tu urgencia en vernos?

—Tenemos asuntos que atender.

—¿Era necesario en este momento que estoy con mi familia? —Se acercó a Juliana y le rodeó la cintura con los brazos, besándole la mejilla.

—Este asunto es importante e inaplazable.

—¡Por supuesto! —murmuró, no muy contento, y soltó a su mujer, haciéndome un gesto para que lo siguiera.

Caminé detrás de mi hermano hasta que entramos en una sala que luego comprendí que era un gimnasio, con varios aparatos y un suelo de goma en el centro.

—¿Por qué no empiezas a calentar?

—He venido a hablar contigo, no a pelear.

—Después de que asumiste el cargo de *consigliere* te volviste flojo, ¿no?

—Sabes que no tiene nada que ver con eso.

—¡Entonces vamos! Espero que aún recuerdes algo que papá nos enseñó.

—Acabas de ducharte.

—Puedo tomar otro baño.

Le negué con la cabeza.

—¿Son todas excusas, Lorenzo? —Thiago sabía muy bien cómo provocar y quizás no había nada de malo en desahogarse un poco.

Resoplé mientras empezaba a desabrocharme la chaqueta, quitándomela y colgándola en una de las máquinas de pesas cercanas. Hice lo mismo con la camisa, porque las mangas largas acabarían entorpeciendo mis movimientos.

—¿Esto es una pelea o un striptease? —se burló mi hermano, burlándose de mí mientras calentaba, moviéndose de un lado a otro delante de mí.

—¿Por qué no dejas de molestar y me dices qué tú y Ettore averiguaron sobre los tipos que nos atacaron?

—Me he encargado de todos ellos, ya no serán un problema ni para ti ni para Dante. —Thiago lanzó un puñetazo en mi dirección, que esquivé con facilidad.

—¿Lo hiciste? —Intenté darle una patada, pero mi pierna ni siquiera se acercó a mi hermano.

—Solías ser mejor que esto, Lorenzo.

—Responde a mi pregunta.

—Los que aún no estaban muertos, ya lo están.

Avancé hacia él y lancé un golpe de derecha, luego un jab. Sin ninguna dificultad, Thiago detuvo todos ellos con las palmas de sus manos. En mi último golpe, él sostuvo mi puño y me empujó, haciéndome tambalear unos pasos hacia atrás.

—¿Los has matado sin hacer preguntas? —resoplé enfadado, pasándome la mano por la frente y secándome las gotas de sudor que me habían caído.

—Por supuesto que no.

—¿Para quién trabajaban?

—Estaban bien entrenados, no pudimos sacarles nada.

—¿Me estás diciendo que todo esto no ha servido para nada? —Me acerqué a él e intenté golpearle la cintura con una patada, pero Thiago se defendió con el antebrazo.

Siempre fue el mejor cuando se trataba de lucha y armas. Los entrenamientos solían ser más equilibrados cuando éramos solo yo y Manuela, pero ese día no estaba dispuesto a rendirme.

—No. Encontramos a los tipos y acabamos con ellos.

—Pero aún no saben quién los envió tras nosotros. Deberías haber aprendido, hermano mío, que siempre están cumpliendo órdenes.

—Hago bien mi trabajo, Lorenzo. —Vino hacia mí y no pude escapar del puñetazo que me dio justo en medio del estómago, dejándome completamente sin aliento.

Puede que aquella pelea solo fuera una excusa para que Thiago me diera una paliza. Sin embargo, tenía que recuperarme y al menos borrar un poco esa expresión arrogante de su rostro.

—Matas primero y preguntas después.

—Somos mafiosos.

—Eso no es lo que estoy cuestionando. Quiero nombres y un culpable.

—¿Una forma de masajear tu ego?

Me agaché más rápido de lo que él pudo prever y le di una patada que le hizo caer al suelo de espaldas. Internamente me alegré de ello y retrocedí un poco, porque sabía que mi hermano vendría por mí con todo.

—No estoy masajeando mi ego, solo cuido de todos nosotros.

—¿Crees que no cuido de nosotros deshaciéndome de nuestros problemas?

—Cada uno tiene un papel que desempeñar. Lo sabemos desde niños.

—Sí, lo sabemos.

—La próxima vez busca un nombre antes de convertir a alguien en un charco de sangre.

—Lo recordaré. —Intentó darme una patada y luego un puñetazo y yo luché por esquivar los golpes.

Thiago podía ser el mejor, pero eso no significaba que yo no fuera bueno.

Todos necesitábamos aprender a defendernos, porque sabíamos que nuestras vidas dependían de eso.

—Vengan a cenar. —Juliana apareció en la puerta.

—Gracias, Juliana, pero no me quedaré.

—Ah, Lorenzo, por favor.

—Tengo asuntos importantes que atender.

—Está huyendo después de la paliza que recibió —Thiago se burló de mí.

Cerré la cara, entornando los ojos, pero no dije nada. No era momento de caer en las bromas de mi hermano. Tenía que arreglar las cosas con Dante y no podíamos bajar nuestras defensas, sobre todo sin saber quién estaba detrás del ataque. Porque sabía muy bien que un grupo de matones no vendría tras nosotros por cuenta propia.

Me despedí de mi hermano, mi cuñada y mis sobrinos y volví al coche, donde me esperaban mis hombres.

—¿Se encuentra bien, señor? —Uno de los hombres me echó un buen vistazo.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Tiene un hilo de sangre en la cara.

—¡Ah! —Me incliné hacia el espejo retrovisor del coche y vi la leve línea de sangre que corría por la comisura de mi mejilla—. No hay de qué preocuparse, solo estaba entrenando con mi hermano.

Asintieron y subí al coche.

Iba a volver a casa y hablarlo con Dante, antes de ir a Venecia a negociar mi matrimonio con Patricia.

Me apoyé en el cristal. Bajando la cabeza.

No quería casarme con ella, solo iba a ser una aventura, pero no había forma de decírselo a mi familia. No podía volver atrás ni meternos en problemas. Los matrimonios debían fortalecer el gobierno de mi primo, no perjudicarlo.

Tenía un poco de sueño y me pesaban los ojos. Había madrugado y estaba deseando irme a la cama, pero tendría que esperar un poco más.

Mis párpados se cerraron por unos instantes hasta que escuché un ruido. El estruendo me despertó y me puso en alerta. Me giré y vi las marcas de un disparo en el vidrio blindado. Alguien había intentado acertarme en la cabeza.

—¿De dónde vino ese disparo? —pregunté a mis hombres.

—No lo sabemos, señor.

El coche seguía en movimiento y la única forma en que podía haber intentado acertarnos era en otro vehículo. Miré hacia atrás para ver de dónde había venido el peligro y vi una camioneta que salía de en medio de los demás coches y se dirigía en zigzag hacia nosotros.

Me sobresalté cuando chocaron contra la parte trasera del coche en el que íbamos.

No había indicios de ello, pero podía deducir que los hombres que estaban detrás de mí en ese momento seguían órdenes de los mismos cerebros que el anterior atentado.

Tal vez esta era mi oportunidad de obtener finalmente algunas respuestas.

Saqué el móvil y envié un mensaje a Ettore.

Lorenzo:

Es hora de hacer tu trabajo.

Ettore:

¿Qué trabajo?

Lorenzo:

Envía un dron para obtener datos sobre quién me sigue.

Ettore:

De acuerdo.

Dejé el móvil a un lado y saqué la pistola de mi funda, comprobando que el cargador de munición estaba lleno. La amenaza estaba muy cerca y por más que tuviera soldados conmigo, sabía bien lo importante que era saber defenderme. Desde niño, mi padre me había enseñado lo importante que era.

Luchar, disparar y huir eran siempre las consignas cuando se trataba de la vida en la mafia.

Otros disparos rebotaron en la parte blindada del coche y mostraron lo cerca que estaban los enemigos de mí.

Volví a mirar hacia atrás, buscando el coche que me perseguía, y en el horizonte pude ver cómo se acercaba un dron. Ettore había llegado más rápido de lo que imaginaba y el pequeño objeto volador estaba disparando su munición contra el coche enemigo.

Lorenzo:

Necesito capturar al menos a uno de ellos con vida.

No esperé respuesta de mi primo después de enviarle este mensaje. Después de que Ettore y mi hermano hubieran matado a todos los demás que podrían haberme dado una respuesta, no podíamos desaprovechar esta oportunidad.

El conductor giró el coche en una calle estrecha. Una persona se apartó para evitar ser atropellada por el coche que iba a toda velocidad. Por suerte, no estábamos en el centro de Roma y la zona no tenía tantos turistas como los lugares históricos de la ciudad y el Vaticano.

—¡Detengan el coche! —Ordené a mis hombres.

—¿Qué? —Uno de ellos no entendió mi orden.

—Detén el vehículo y los atraeremos hacia nosotros.

Era obvio que no éramos más numerosos, pero el dron de Ettore nos daría algún tipo de ventaja sobre los hombres que seguían nuestro rastro y si realmente querían atraparme tendrían que acercarse. Esperaba que esta fuera la oportunidad que necesitaba para capturar al menos a uno de ellos.

El conductor detuvo el coche donde estábamos, girándolo hasta que quedó atravesado en la calle, deteniendo a otro vehículo, y si los demás automóviles en esa calle eran lo suficientemente inteligentes, cambiarían de ruta para no tener que pasar por allí.

Abrí la puerta de mi lado y salí a la calle, pistola en mano, utilizando el lateral del coche como escudo. Me apoyé en él unos

instantes y miré a mis objetivos, que seguían dentro del coche con las ventanillas oscuras.

Su coche también estaba blindado y evitó todos los disparos del dron y de mis hombres, señal de que no nos enfrentábamos a aficionados. Después de todo en lo que nos habíamos involucrado en los últimos años y las alianzas hechas, no podía imaginar quién podría querer amenazar la seguridad de mi ciudad. Sin embargo, cuando se vivía en función de la mafia, era fácil aprender que la paz era un estado muy ilusorio. Mientras quisiéramos mantenernos en el poder tendríamos que enfrentar enemigos.

Los hombres también salieron del coche y empezaron a disparar en nuestra dirección. Rápidamente conté unos cinco o seis individuos vestidos de negro y con pasamontañas. Intentaban ocultarse tan bien que ni siquiera podían mostrar sus rostros.

—Necesito a uno de ellos vivo —les dije a mis hombres.

Creía firmemente en nuestra capacidad para matar a todo el mundo, pero si lo hiciéramos seguiríamos sin tener respuestas y no podría averiguar quién estaba detrás de esos ataques.

Para fortalecer el gobierno de Dante y, en consecuencia, la dinastía de mi familia, teníamos que dejar claro a nuestros enemigos que intentar provocarnos era un terrible error con el que sufrirían las consecuencias.

Uno de ellos sacó demasiado el cuerpo del coche para intentar dispararme, pero yo fui más rápido y conseguí darle un tiro en el hombro, que le hizo caer hacia atrás pero puso en alerta a los demás.

El dron, que estaba detrás de nosotros, se elevó a poco más de tres metros del suelo y avanzó hacia los hombres. El pequeño aparato estaba blindado y todos los disparos que se le hacían parecían completamente inútiles.

Se sobresaltaron, pero no tuvieron tiempo de volver al interior del vehículo antes de que el dron los alcanzara.

Cuando vi caer a nuestros enemigos, uno a uno, resoplé con rabia y me arrepentí de haber llamado a Ettore. Mi primo estaba lejos, manejando la cosa como si fuera un videojuego y había olvidado por completo que necesitaba a uno de ellos vivo para un interrogatorio.

Esperé un rato, asegurándome de que todos estaban muertos, y luego hice una señal a algunos de mis hombres para que se adelantaran. Sabía lo importante que era mi vida y no podía arriesgarla por puro capricho, lo que no me convertía en un cobarde.

Con el revólver en la mano, seguí a uno de los soldados hasta el coche enemigo, dando vueltas alrededor de la estructura metálica hasta acercarme a los tipos. Estaban todos desangrándose, pero uno

de ellos intentó moverse y agarrar el arma para dispararnos, pero yo fui más rápido, le di una patada en la mano y tiré el revólver lejos.

Tenía un tiro en el hombro y pensé que sería el primero al que había alcanzado. Me quité el cinturón y me incliné sobre él, haciendo un torniquete en la herida, para que no se desangrara hasta morir antes de darme las respuestas que necesitaba.

—Llévense a este y pónganlo en nuestro maletero.

—Sí, señor.

Volví a agarrar el móvil y envié otro mensaje a Ettore.

Lorenzo:

¿Qué parte de "necesito una persona viva" no entendiste?

Ettore:

Parece que hay uno vivo.

Lorenzo:

Herido.

Ettore:

Pero sigue vivo.

Lorenzo:

Envía a alguien a limpiar este desastre antes de que atraiga la atención de la prensa o la policía.

Ettore:

Déjamelo a mí.

Lorenzo:

Genial, ahora tengo que hacer algunas preguntas.

Ettore:

Mantenme informado.

Lorenzo:

De acuerdo.

Aunque seguía molesto por la forma en que Ettore y mi hermano habían manejado la situación, parecía que por fin tendría la oportunidad de hacer el interrogatorio a mi manera y obtener las respuestas que necesitaba.



Patricia

# *Capítulo veinticuatro*

Después de pasar mucho tiempo encerrada en mi habitación haciendo las actividades que más me gustaban, sabía que no podía huir de mis hermanos para siempre y que en algún momento tendría que enfrentarme a ellos. Sin embargo, al menos creía que había pasado el tiempo suficiente para que superaran su frustración y miraran al futuro con perspectiva.

Después de ducharme, bajé al comedor, donde encontré a Luigi distraído con su móvil y tardó un rato en fijarse en mí.

—Hola, Paty.

—Hola, Luí. —Le dediqué una sonrisa más amigable, dándome cuenta de que estaba siendo mínimamente receptivo.

El menor de mis hermanos siempre había sido el más comprensivo y amable conmigo, y no había razón para mantener la guardia alta cuando se trataba de él. Creo que, sin duda, era el que mejor comprendía la situación.

—¿Qué tal? —Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y se giró hacia mí.

—Bien.

—Eso es bueno.

Solo asentí con la cabeza y no tuvimos tiempo de profundizar en la conversación, porque los otros dos se acercaron a la mesa y la conversación cambió completamente.

—Luigi, ¿cuándo es nuestra próxima entrega? —preguntó Gabriel seriamente mientras tomaba uno de los vasos y se servía una botella de vino de la mesa.

—Los Bellucci prometieron para la próxima semana.

—Comprueba con ellos si pueden adelantarse o nos quedaremos sin mercancía. Nos acercamos a la temporada alta y los turistas van a inundar Venecia.

*Ah, ¡el carnaval!* Suspiré al recordar uno de los pocos momentos en que mis hermanos me permitían salir de casa y pasear por las calles.

Las máscaras, símbolo de la ciudad, remitían a una tradición de la época en que la nobleza aún estaba en el candelero. En Carnaval, los nobles ocultaban sus rostros tras hermosas máscaras y podían pasear entre los plebeyos sin ser reconocidos.

En aquella época podía caminar por la calle sin tanta seguridad porque, en teoría, nadie sabía quién era yo.

—¿Has pensado ya en tu disfraz de este año? —me preguntó Luigi, haciendo que se me dibujara una sonrisa en la cara.

—Aún no, pero quizá podamos ir más tarde a esa tienda habitual cerca del puente de Rialto.

—Ahora tenemos prioridades, Luigi —nos cortó Gabriel, tan aburrido como siempre.

—Lo haremos en un momento más oportuno, así que no hay por qué preocuparse.

—De acuerdo.

—¿Patricia? —Gabriel se giró hacia mí y me estremecí.

—¿Qué ocurre?

—Quiero que te prepares, porque voy a empezar las negociaciones para tu boda. Pronto cumplirás veinte años y es bueno que ya tengas un prometido.

—¿Tienes a alguien en mente? —Tragué saliva y fue fácil no moverme cuando sentí que se me helaban las venas.

—Serás informada en un momento más oportuno.

*¿Un momento más oportuno?* Estábamos hablando de mi futuro y no solo de unas vacaciones. Aunque la decisión de Gabriel no era negociable, quería conocer las posibilidades para poder prepararme.

El resto de la comida fue más tranquilo. Como de costumbre, hablaron como si yo ni estuviera presente. Al final, comprendía y

sabía muchas cosas, aunque ninguno de ellos se hubiera sentado a explicarme los negocios de la familia.

Desde niña había comprendido que las cosas funcionaban así desde la época de los padres de mis abuelos y nadie parecía dispuesto a cuestionar esa estructura.


Lorenzo

# *Capítulo veinticinco*

Le quité la capucha al hombre que había sido amarrado a la silla por mis soldados y miré su rostro. Tenía rasgos italianos y no parecía un extranjero enviado para causarnos problemas. Sin embargo, aunque aparentemente descartaba varias posibilidades, me dejaba aún más alarmado.

*¿Quién desde dentro de Italia se atrevería a acercarse a nosotros?*

—¿Estás aquí al servicio de quién? —pregunté con voz firme.

No dijo ni una palabra, simplemente se inclinó hacia mí y me escupió, en una actitud totalmente irrespetuosa.

—O empiezas a hablar o dejaré que te desangres hasta morir. —Le miré el brazo, que, incluso con el torniquete que le había hecho, seguía goteando líquido rojo.

—Vas a dejarme morir de todos modos.

—Puede ser menos doloroso. Tú decides.

—¡Púdrete maldito!

—Parece que no es un hombre muy inteligente.

—Ustedes, los Bellucci, se creen demasiado listos. —Hizo un esfuerzo por sonreír y no se dio cuenta de que podía estar yendo

por un camino demasiado arriesgado.

—Te lo preguntaré una vez más. ¿Quién te envió?

—No vas a conseguir nada de mí, pedazo de mierda...

Cerré el puño y golpeé un lado de su cara, haciendo que su cabeza rebotara hacia atrás.

—No tengo prisa —le gruñí, demostrándole que podíamos pasar toda la noche en aquel galpón mal ventilado.

—Pero no me queda mucho tiempo. —Señaló la sangre que aún goteaba.

—¿Qué hemos conseguido hasta ahora? —Oí la voz de Dante seguida de sus pasos sobre el duro suelo de cemento mientras se acercaba a mí.

—No mucho. —Odiaba admitirlo, pero era la verdad.

Giré brevemente la cara hacia mi primo y vi que su expresión cambiaba en la penumbra, endureciéndose.

—Entonces, es hora de hacer este juego un poco más divertido.

—Como quieras. —Esbocé una sonrisa sombría y hice un gesto para que uno de mis hombres empujara la mesa de metal desde una esquina hacia nosotros.

—No importa lo que me hagan, no cederé —dijo con una convicción que yo estaba dispuesto a probar cuánto duraría.

Tomé unos alicates de la mesa y miré fijamente al hombre. Pronto descubriría que Thiago no era el único de la familia con habilidades mortales.

—¿Quién te envía?

—Váyanse al infierno, malditos Bellucci.

—Quizá nos encontremos allí. —Me incliné hacia él y tomé una de sus manos, que estaba apoyada en el respaldo de la silla.

Con el alicate, le agarré por un lado de la uña, tirando lentamente para que el dolor durara lo más posible. El hombre gritó y se sacudió en la silla, pero estaba demasiado atado para soltarse.

—Después del momento que pases conmigo, el infierno te parecerá un hermoso parque de atracciones.

—Disfruten mientras puedan, malditos —gruñó con furia—. Su era terminará pronto.

—¿Terminará? —Dante me miró y soltó una carcajada—. No, amigo mío, apenas está comenzando.

Tiré la uña en un cuenco de hierro y me preparé para arrancar otra.

—A ver si aguantas hasta que llegue a los dientes.

—Yo solo... —Empezó a jadear, todo el dolor probablemente le estaba haciendo delirar.

—¿Tú qué cosa? —Me incliné, esperando que dijera algo útil.

—Yo... yo... quiero que te vayas a la mierda.

—Creo que el único que se irá a un lugar, especificamente al infierno, eres tú. —Me reí—. ¿Por qué no eres listo y me dices lo que quiero saber para que acabemos de una vez?

—¡No!

—Dante, supongo que estaremos aquí toda la noche —comenté a mi primo antes de sacar otra de sus uñas.

La sangre goteaba de las yemas de sus dedos, pero la intensidad no era suficiente para matarlo, al menos no en las próximas horas.

Se balanceaba cada vez más, el dolor era evidente, pero no cedía. En el fondo, entendía por qué Thiago se había enfadado y había matado enseguida a los idiotas. Sin embargo, yo no era tan temperamental como mi hermano y sabía cultivar un poco más la paciencia.

Agarré el pelo del sospechoso, tirando de él con todas mis fuerzas, y el hombre se contuvo para no gritar.

—¡Quiero un nombre!

—Lorenzo Bellucci.

—¡Vete a la mierda! —Me enfadé y le di un puñetazo en la cara.

—No sabes con quién te estás metiendo. —Dante se ajustó el cuello de su camisa.

—Ni tú tampoco.

—Lo averiguaremos. —Arranqué otra uña del sujeto y su grito resonó por todo el galpón.

No cedió ni me dijo la verdad que yo buscaba. Resistió todo lo que pudo hasta que cayó sin vida, dando tumbos hacia delante.

Intenté moverlo e hice todo lo posible para que se despertara.

—No importa —murmuré.

—¡Qué mierda! —Gruñó Dante, haciéndome enfadar aún más.

Queríamos respuestas, pero seguíamos sin tenerlas.



Patricia

# *Capítulo veintiséis*

*Días después...*

—¡Despierta, Patricia!

Me sobresalté cuando Andrea entró en la habitación y me despertó de golpe. Estaba acostumbrada a que Francesca me despertara por las mañanas y no era tan agresiva.

—¿Qué pasa? —Me revolví en el colchón, sacando las piernas, aún medio dormida.

Parpadeé un par de veces y saqué el móvil, comprobando que aún eran las siete de la mañana, no tenía ningún motivo para que me llamaran tan temprano.

—Necesito que te levantes y te prepares.

—¿Por qué razón?

—Los Bellucci vienen hacia aquí.

—Los... los Be... Bellucci... —tartamudeé como si aquel apellido me provocara pesadillas y deliciosos escalofríos al mismo tiempo—. ¿Qué quieren aquí? ¿Acaso Gabriel los invitó a una visita y decidió hacérnoslo saber justo ahora?

Solo de pensar en la posibilidad de volver a ver a Lorenzo se me agitaba el pecho. Tenía miedo de lo que pudiera pasar, mientras

una tremenda ansiedad me corroía por dentro.

—Parece que no te ha ido tan mal como pensábamos.

—¿De qué estás hablando, Andrea? —Me levanté, frotándome los ojos con el dorso de la mano, aún despierta.

—Vienen a verte.

—¿A mí? —Casi me caigo de espaldas.

—Sí, por eso necesitas estar a la altura para recibirlos. Francesca contrató al equipo de un salón de belleza y llegarán pronto para prepararte. Mientras tanto, date un baño.

—Pero Dante ya se ha comprometido... —tartamudeé, aún intentando procesar lo que podía estar pasando.

*¿Podría ser que aún no me hubiera despertado y fuera una especie de sueño loco?*

Teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido en los últimos días, no habría sido una gran sorpresa.

—No es él. Vamos, prepárate —dijo Andrea antes de darme la espalda y salir de la habitación.

—¿Qué? ¡Espera un momento!

Mi hermano me había soltado esa bomba y no podía marcharse sin darme ninguna respuesta, pero lo hizo.

*Si no fuera Dante...*

Mi corazón volvió a latir deprisa y sentí que todo mi cuerpo se desestabilizaba.

¿Había alguna posibilidad de que fuera Lorenzo? ¿O realmente estaba en una especie de sueño loco sin saber cuándo despertaría?

Era tan insano que no podía procesarlo. Mis hermanos tenían muchas esperanzas con respecto a esto, pero jamás imaginé que iría a Roma y volvería comprometida con un hombre de la familia más poderosa de Italia.

*Después de todo lo que había pasado entre nosotros...*

Estaba ansiosa y, al mismo tiempo, asustada. ¿Y si nada era como imaginaba?

Entré en el cuarto de baño y me desnudé para ducharme. Cuando Francesca volviera, más me valía estar preparada para no dar a mis hermanos motivos para enfadarse conmigo. No quería que eso ocurriera.

Abrí la compuerta de la bañera y esperé a que empezara a llenarse. Añadí sales de baño con aroma a flores y probé la temperatura del agua. El baño me ayudaría a relajarme y me permitiría estar preparada para el momento.

Me metí en el agua caliente y me relajé mientras me sumergía hasta el fondo. Contuve la respiración mientras sumergía la

cabeza durante unos instantes. Intenté concentrarme únicamente en lo mucho que me relajaba la agradable temperatura.

Cerré los ojos, dejando que mi mente se llenara del vacío del silencio*. Calma, paz, tranquilidad...*

Estas cualidades no se parecían en nada a las de Lorenzo Bellucci. El joven *consigliere* de la familia que dirigía la mafia era tempestuoso y dominante. Él parecía tener exactamente lo que quería y, si mis sensaciones eran correctas, yo sería una de esas cosas que quería.

Desde pequeña supe que me casaría con un mafioso, pero la posibilidad me producía un escalofrío en el estómago y me inquietaba.

*¿Debería tener miedo?*

Cuando murió mi madre, yo era aún muy joven y probablemente no recibí de ella toda la información que necesitaba para enfrentarme a ese mundo. Sabía que aún era muy ingenua y que me pondría a prueba en todo.

¿Existía la posibilidad de que, aunque no fuera un matrimonio que yo hubiera elegido, pudiera ser feliz?

*¿Tendría momentos románticos con él?*

Aún sumergida en el agua, imaginé Venecia y el romanticismo de la ciudad que atraía a turistas de todo el mundo. ¿Disfrutaríamos

eso Lorenzo y yo?

Empecé a pensar en nosotros dos en una de las góndolas, cruzando los canales de la ciudad, pasando por debajo del Puente de los Suspiros y disfrutando de la puesta de sol junto al gran canal. Aunque vivía en la ciudad, era algo que nunca había hecho, entre otras cosas porque mis hermanos nunca me habían permitido tener novio ni siquiera un coqueteo.

*Ven aquí...* Me estremecí ante la posibilidad de oír su voz en mi oído, acercándome mientras su mano subía por mi muslo, llevándose consigo la falda de mi vestido.

Me mordí el labio inferior para no gemir y me di cuenta de lo mucho que deseaba más de esas caricias, aunque fueran terriblemente inapropiadas.

—Señorita Patricia. —Francesca entró de repente al baño y me removí del susto, quitando la mano de mis muslos y atragantándome con el agua.

Me incliné hacia un lado de la bañera, tosiendo y tratando de recuperar el aliento mientras mi garganta se rascaba por el poco de jabón que había tragado.

—¿Va todo bien, señorita?

—Me asustaste.

—Lo siento. —Ella frunció el ceño.

—Necesito un vaso de agua. —Hice un gesto con la mano, aún incómoda.

—Se lo traeré.

—Gracias. —Volví a toser.

Fue y volvió tan rápido como pudo, sin duda tomando de la jarra que había en mi mesita de noche.

Me lo tomé todo de un tirón, desesperada, y volví a atragantarme.

—¿Necesita más?

Me limité a negar con la cabeza.

—Los profesionales que van a arreglarla ya están aquí.

—Gracias.

—¿Quieres que la ayude con algo?

—No, solo voy a enjuagarme y ya salgo.

—Está bien. —Salió del baño para dejarme un poco de intimidad y respiré un poco, recomponiéndome antes de prepararme para salir.

Fuera como fuese aquella reunión, no podía parecer desequilibrada o mis hermanos se pondrían furiosos conmigo.


Lorenzo

# *Capítulo veintisiete*

Puede resultar curioso, pero era la primera vez que iba a Venecia. Desde que había empezado a ocuparme de los negocios de nuestra familia, esa ciudad nunca había estado en mi radar, porque los Marchesini no tenían antecedentes de causarnos problemas. La relación con Véneto siempre había sido buena y esperaba que fuera aún mejor después de mi boda, porque contaba con esta excusa para ocultar mi descontrol hormonal.

Patrícia era una joven guapa, de sonrisa amable y criada en la mafia. Estaba acostumbrada a nuestras prácticas y provenía de una buena familia. Como en un momento u otro yo tendría que casarme, ella serviría. Al menos esta elección no parecía disgustar a mi padre y a mis tíos, como había ocurrido con los cuatro últimos matrimonios de aquella familia.

Patricia se merecía nuestro apellido y eso tendría que bastar por ahora.

Mis padres y yo habíamos viajado a Venecia en el avión familiar y cerca del aeropuerto nos recogió una lancha rápida que nos llevaría a la residencia Marchesini.

—Mira, el taxi también es un barco. —Señaló mi madre, completamente asombrada por la ciudad.

—Es su principal medio de transporte —dije como si no viera nada increíble.

—¿Podríamos pasar unos días más aquí? —Ella miró a mi padre con aire romántico y esperanzado y él solo asintió, como insinuando que lo pensaría.

Habíamos ido allí para hacer *negocios,* no para que ellos tuvieran un momento romántico. Aunque una cosa no impedía la otra, especialmente después de que mi padre se había retirado de la gestión de los negocios de la familia, lo que le dejaba más tiempo libre.

La mansión estaba en una especie de isla, lejos del bullicio y la gran afluencia de turistas, oculta tras unos edificios más antiguos. En cuanto el barco se detuvo en un pequeño muelle junto a otras embarcaciones, entre ellas un yate de lujo y un enorme velero, bajamos al puente de madera donde nos recibió la familia.

Gabriel, el capo, iba en cabeza y le seguían los otros dos, que prácticamente escondían a Patrícia detrás de ellos. Quería solucionarlo enseguida para llevarme el premio a casa.

Incliné un poco la cabeza para verla mejor; llevaba un fino vestido rosa claro que se movía con la brisa. Su cabello estaba arreglado en un peinado que incluía una trenza y dejaba el resto suelto. El maquillaje era discreto pero bien hecho. Era evidente que se había preparado para recibirme, lo cual me alegró.

—Es un placer darte la bienvenida a Venecia —dijo Gabriel tendiéndome la mano.

—Gracias por su hospitalidad.

—A su disposición.

Nos hicieron un gesto para que los siguiéramos y entramos en la casa. Era una típica mansión italiana, con muestras de nuestra arquitectura, pero más pequeña que mi casa y con olor a aire marino procedente del agua salada.

—Es una pena que Dante no haya podido venir —comentó Gabriel mientras nos indicaba que nos sentáramos en los amplios y luminosos sofás del salón.

Su hermana estaba de pie detrás del sillón donde él estaba sentado e intenté que no se diera cuenta de lo mucho que mis ojos se paseaban por ella. Si quería formalizar esta unión como un acuerdo familiar, no podía dejar traslucir mi interés carnal por la chica. Si la elegía para ser mi esposa por el resto de mis días, lo menos que podía desear era una mujer que me atrajera sexualmente.

—Dante está ocupado con asuntos de gran importancia en este momento, pero les envió sus felicitaciones.

—Gracias por su cordialidad. —Gabriel esbozó una media sonrisa, mostrando que no era exactamente lo que quería, pero que sabía que no podía discutirlo—. Sé que es una época que exige una

intensa dedicación por parte del jefe. Hacerse cargo del negocio, incluso con una dinastía bien establecida, no es fácil.

—El trabajo siempre exigirá una dedicación extrema.

—Por supuesto... —Gabriel hizo una breve pausa e indicó a una de las camareras que se acercara con una bandeja de café—. ¿Les apetece?

Me negué con un movimiento de cabeza, pero mis padres tomaron una taza cada uno.

—Es un honor recibirlos aquí —reforzó Gabriel—, pero estoy muy interesado en el motivo que los trajo.

—Como he dicho brevemente, se trata de nuestro interés en reforzar las alianzas con el norte de Italia, así como con tu familia.

—Entonces, ¿tiene la intención de un matrimonio con mi hermana? —Gabriel se inclinó hacia delante y se fijó en mí.

—Sí.

—Pero Dante ya ha anunciado su compromiso con la hija del capo de Milán.

—Ese compromiso se mantendrá.

—Entonces, ¿quién se casará con mi hermana?

—Yo. —Fui firme en mi tono.

Gabriel sonrió brevemente, pero luego volvió a ponerse serio, como si no quisiera mostrar ninguna emoción.

—Ella recibirá el apellido Bellucci y será esposa del consigliere de Italia.

—No es como ser la madre del próximo Don...

—Pero dudo que encontrarán otro candidato disponible mejor que yo. —Sabía muy bien que después de Dante, yo era el más codiciado y no había motivos para que Marchesini intentara menospreciarme.

—No, claro que no. —Se vio obligado a bajar la mira.

—Me alegro de que nos entendamos.

—Esta boda será un honor para mi familia.

—Para la nuestra también. —Traté de ser cordial porque aún no había terminado—. Pero para que este matrimonio suceda, tengo una exigencia.

—Las dotes ya no son comunes desde hace mucho tiempo, Bellucci.

—No se trata de dinero o pertenencias.

—¡Ah! —Se sorprendió aún más. —Entonces, ¿qué quieres?

—Que la boda se celebre en meses y no en años como estamos acostumbrados.

—Pero solo tiene diecinueve años. Aún...

—Ya es mayor de edad —interrumpí su discurso—. No hay nada en la ley que impida este matrimonio.

—Solo nuestras costumbres.

—No será la primera mujer de la mafia que se casa antes de los 21 años. Esa es mi condición. Quiero una esposa ahora, o elegiré a otra mujer que pueda ser mía sin que tenga que esperar.

—Necesitaremos pensar eso...

—Nos quedaremos a cenar —dijo mi padre antes de que yo pudiera hablar.

—¿Por qué no pasan la noche aquí? —sugirió Luigi, el más joven—. En Venecia hay sitios preciosos que seguro que les gustarán.

—Será un placer. —Mi madre sonrió.



Patricia

# *Capítulo veintiocho*

Los Bellucci salieron a dar un paseo por la ciudad casi como excusa para dejarnos y hacer reflexionar a mis hermanos sobre la proposición que les habían hecho. Por mucho que me ilusionara que Lorenzo me pidiera matrimonio, confieso que sentí una punzada de pánico ante su propuesta.

En cuanto salieron en compañía de Luigi y algunos de nuestros hombres, Andrea y Gabriel entraron en el despacho como si lo que tuvieran que discutir no fuera a faltarme al respeto ni a poner en juego todo mi futuro.

Si aceptaban, sería yo la que tendría que salir de Venecia más rápidamente y dejar atrás a mi familia y todo a lo que estaba acostumbrada para pertenecer a un marido, y eso me asustaba muchísimo.

Los seguí, aunque no debía, y me quedé en el pasillo escuchando la conversación que salía de la puerta del despacho. Imaginé que cualquier empleado que me viera allí no me delataría, porque de algún modo comprendía mis motivos.

—Tienen razón —empezó Andrea—. Patricia ya no es una niña.

—Pero, por tradición, los matrimonios concertados se celebran cuando la mujer cumple veintiún años, aunque el compromiso se firme mucho antes.

—Sí, estoy de acuerdo, pero para que él quiera casarse ahora, su interés por nuestra hermana es obvio. ¿Quién puede garantizar que ese interés continuará uno o dos años más, hasta que ella sea mayor de edad?

—¿Crees que Patricia no es capaz de mantenerlo?

—Todo depende de cuánto le excite.

—¿De qué estás hablando?

—Lorenzo es un hombre como tú y como yo, hermano. Sabe que la atracción sexual es un fuego que arde rápido pero se apaga. Sin embargo, como buenos católicos, el matrimonio es para toda la vida y él no podrá devolvérnosla si cambia de opinión.

*¿Devolverme?* Esa palabra me dejó un sabor amargo en la boca.

—Todo dependerá de si nuestra hermana puede mantener el interés de Lorenzo hasta la boda —dijo Gabriel.

—Entonces, ¿eso es todo? Vamos a aceptar.

—¿Qué otra opción tenemos? Dejar pasar esta oportunidad sería una tontería, pero Patricia no puede echarlo todo a perder.

—Instruyámosla.

Andrea abrió la puerta del despacho y me apresuré a alejarme de ella, no quería que fuera tan obvio que estaba espiando.

—¡Patricia! —Me vio en el pasillo y no pude escapar.

—Ho... hola... —balbuceé mientras me giraba lentamente hacia él.

—¿Adónde ibas?

—A mi habitación.

—Ven aquí. —Me hizo un gesto para que me acercara—. Gabriel y yo tenemos que hablar contigo.

—Sí... sí. —Con pasos tambaleantes, lo seguí, aunque conocía el tema, seguía muy tensa y llena de miedos y dudas que no había nadie capaz de responder.

Hacía mucho tiempo que no echaba tanto de menos a mi madre. Tal vez si ella hubiera estado allí, la situación habría sido un poco diferente.

Entré en el despacho y Andrea cerró la puerta tras de mí, haciendo que me quedara inmóvil, rígida y asustada.

—Te vas a casar con Bellucci.

Ya lo sabía, pero era como si fuera solo parte de la conversación.

Asentí con un movimiento de cabeza, comprendiendo que no había margen para negarme o decir que quería esperar. Para mis

hermanos, rechazar una alianza como esa era insensato y ofensivo. Aunque no estaba tan al tanto de los asuntos de la mafia, estaba segura de que ningún otro capo en la posición de mi hermano tomaría una decisión diferente.

—¿Me mudaré allí? —Era una pregunta estúpida, pero se me escapó de todos modos.

—En cuanto se celebre la boda.

—De acuerdo.

—¿Pasó algo entre ustedes? —Andrea quería saber y yo estaba completamente desconcertada.

—¿Al... algo?

—Él no llegó a quitarte la virginidad, ¿verdad?

Abrí los ojos, completamente asombrada por la pregunta de mi hermano, y di un involuntario y tambaleante paso atrás.

Lorenzo había tenido las manos donde no debía, pero yo sabía lo mínimo de biología para deducir que no era suficiente.

—Esto no debería ocurrir antes de casarse.

—Sí.

—No dejes que te toque ni te quedes a solas con él hasta que hayan intercambiado los votos, ¿entendiste? —recalcó Gabriel.

Lo único que pude hacer fue sacudir la cabeza.

*Había sido tan bueno... ¿Por qué no podía dejar que continuara?*

Sin duda, mis hermanos entendieron mejor que yo las intenciones de Bellucci y, para no decepcionarlos, tuve que escuchar sus consejos.


Lorenzo

# *Capítulo veintinueve*

Por mucho que llevara puesto uno de los trajes antibalas desarrollados por el tío Mateo y perfeccionados a lo largo de los años, mi cabeza seguía siendo un objetivo y, teniendo en cuenta los últimos atentados, no creía que un paseo en góndola al aire libre fuera seguro. Sin embargo, mi madre insistió tanto en que fuéramos que, al final, ni mi padre ni yo pudimos negarnos.

Estaba completamente encantada con la ciudad.

—También es costera, pero al mismo tiempo tan diferente de Palermo o Roma.

—Son tres ciudades con estructuras diferentes a pesar de la presencia del mar —comenté mientras me giraba de un lado a otro, prestando atención a las orillas de los canales y a los altos edificios.

—¿Has visto algo? —Mi padre quería saberlo.

Solo negué con la cabeza.

—¿Por qué no disfrutan del viaje en vez de poner esa cara? —Mi madre intentaba emocionarnos, pero no sabía nada de los últimos atentados ni que aún no teníamos los nombres de los responsables.

Hasta que no resolviéramos ese problema, no podría estar en paz.

Por encantadores que le parecieran los edificios y construcciones que nos rodeaban, había demasiados lugares para que un buen francotirador se posicionara en un escondite y acabara con nuestras vidas. Los riesgos de estar en mi posición no eran novedad para nadie, especialmente para mí, pero no quería disfrutar de la muerte tan pronto.

Apenas había tomado posesión de mi cargo de *consigliere* y quería tener la oportunidad de dejar mi nombre en la historia.

Cuando por fin terminó el viaje en góndola, me sentí aliviado.

—Era tan bonito... —Mi madre suspiraba cuando mi padre le tendió la mano para que bajara del barco.

—Son solo canales y casas —refunfuñó mi padre. Era muy posible que compartiera mis pensamientos, por mucho que no quisiera estropearle la experiencia.

—Podrías ser un poco más romántico, ¿sabes?

—Me conoces bien, Tatiane. —Frunció el ceño y permaneció en su posición habitual.

—Por supuesto que sí. —Se encogió de hombros.

Llevaban casados más de treinta años y ambos conocían muy bien las peculiaridades del otro, así que me preguntaba si ocurriría lo mismo con Patrícia y conmigo.

Definitivamente no la amaba. Para ser sincero, no me hacía ilusiones de casarme por sentimiento, como habían hecho mi hermano y mis primos. Cuando Nicolae apareció con la ladrona inglesa, el tío Marco había sido muy enfático en nuestra elección de esposas. Ser *consigliere* tenía que estar por encima de todo, incluido mi corazón.

Patrícia tenía buenos antecedentes, provenía de una antigua y respetada familia de la mafia, su historia y la posibilidad de alianzas atraían a mi familia y tenía un cuerpo atractivo que podía mantenerme caliente por las noches. Con eso me bastaba.

*Al menos es guapa*... Me reí para mis adentros mientras pensaba en lo difícil que sería tener una sola mujer el resto de mi vida si estar con ella era un tormento.

Yo todavía era muy joven y el sexo me atraía mucho. Había experimentado con varias mujeres. No es que me sintiera saciado y probablemente si mi abuela no nos hubiera encontrado en la biblioteca no le habría propuesto este matrimonio, pero si servía de consuelo, al menos la tendría enseguida en mi cama.

Tenía tantas ganas que se me salivaba la boca.

Después de aquel tedioso paseo, donde mi madre acumuló más bolsas de las que debería, con la excusa de que necesitaba recordarse de todos en la familia, regresamos a la residencia de los Marchesini.

El almuerzo estaba servido y nos esperaban en el comedor. El olor de los ravioles era maravilloso, pero no sabía si sería fácil de digerir después de la conversación que nos esperaba.

—¡Bellucci! —Gabriel esbozó una sonrisa que parecía auténtica, pero me había acostumbrado a sospechar siempre de todo y de todos.

*Mantén los ojos abiertos con tus enemigos y más aún con tus aliados.* Era algo que me había enseñado mi padre y que nunca olvidaría.

—Siéntense, por favor —animó Andrea.

—Gracias. —Mi madre sonrió ampliamente, siendo amigable por todos nosotros, mientras se acomodaba en la silla que mi padre había sacado para ella—. La comida tiene una pinta divina.

—Espero que la disfruten.

—Claro que sí —mantuvo el tono.

Después de que nos acomodamos en la mesa, mis ojos se posaron en Patricia y ella pareció tímida, desviando el rostro levemente sonrojada. Apreció el vestido que llevaba, pero no exactamente por su belleza, sino por la facilidad que podría brindarme. Como un buen depredador, no veía la hora de estar a solas con ella de nuevo.

Después de tantos juegos políticos, quería mi premio enseguida.

—Entonces, Marchesini... —Me incliné hacia el líder de la familia. Estaba un poco impaciente, aunque no debería haberlo estado.

Sería una gran ofensa si rechazaba mi propuesta, aunque sutilmente existiera la ilusión de que podían responder lo que quisieran. Nadie en toda Italia sería tan loco como para rechazar la oportunidad de casarse con un Bellucci.

—Sería un honor para mi hermana convertirse en su esposa. —Esbozó una sonrisa amistosa, como si no hubiera ninguna presión sobre su decisión.

—Nosotros también nos sentimos honrados. —Mi padre habló amablemente, como si pudiera acariciar el ego de nuestros aliados.

—Yo cuidaré personalmente de todos los detalles de esta boda —anunció mi madre, animadísima—. Querida —se inclinó hasta tocar la mano de Patricia que estaba sobre la mesa—, serás muy bienvenida en nuestra familia.

—Gracias, señora.

—Ahora permítanme servir una copa de nuestro mejor vino para que lo disfruten —Andrea levantó la botella, llamando la atención de todos—. Es producido en nuestra propiedad aquí mismo en Véneto y premiado mundialmente...

Mientras hablaba, le tendí la copa, esperando a que me sirviera un vaso. Olí el aroma y bebí un sorbo; estaba bueno, aunque yo no era un gran bebedor de vino.

A medida que avanzaba la comida, seguía pensando en Patricia, pero, lamentablemente, no tuve oportunidad de volver a estar a solas con ella. Sus hermanos la vigilaban de cerca y debí haber sospechado que después de conocer mi interés, la protegerían como perros guardianes. Aunque eso me frustraba, tendría que esperar al matrimonio para finalmente tenerla como más deseaba.



Patricia

# *Capítulo treinta*

*Dos semanas después...*

Tenía una ansiedad terrible, era como si mi estómago fuera a abrirse en cualquier momento y derramar ácido sobre los demás órganos. Desde que Lorenzo y sus padres vinieron a mi casa y propusieron el matrimonio, no había podido dormir una noche entera. El miedo, fácilmente mezclado con la ansiedad, me estaba volviendo loca.

No me sentía preparada para ese momento, tenía miedo, como si fueran a arrojarme a la jaula de un león hambriento. Por muy guapo que fuera Lorenzo, seguía siendo una década mayor que yo y tenía experiencias que ni siquiera podía imaginar. Por no hablar de la sombra de la mafia de la que no podía escapar.

Para cualquier otra chica que hubiera nacido en las mismas condiciones, era una oportunidad de oro, porque me habían educado para hacer exactamente eso, pero era imposible no sentir miedo.

*¿Si no sabía hacer exactamente lo que él quería?*

*¿Cómo sería dejar a mis hermanos, mi casa y todo aquello a lo que estaba acostumbrada para irme a vivir con otro hombre y su familia?*

Los Bellucci eran unos completos desconocidos para mí y, por mucho que la madre de Lorenzo intentara ser amable durante los preparativos de la boda, yo seguía sin poder dejar de pensar que aquello era un camino de ida.

Tal vez hubiera tenido más tiempo para prepararme si él estuviera dispuesto a esperar hasta mi vigésimo primer cumpleaños. Sin embargo, Lorenzo me quería antes y lo que un Bellucci deseaba, lo obtenía.

Tenía que reconocer que los momentos que pasamos juntos fueron deliciosos, descubrimientos y sensaciones que desconocía por completo, pero no podía dejar de pensar en aquella noche y en cómo sería después de casarnos. Finalmente sería entregada a Lorenzo y no habría nadie que lo impidiera hacer lo que quisiera conmigo.

—Vamos a ponerte el velo. —La estilista, que estaba en la habitación arreglándome, me llamó, haciéndome volver a la realidad y salir de mis pensamientos.

Asentí y me incliné un poco, dejando que ella ajustara la tela detrás de la corona en mi cabeza.

—Estás tan guapa como una princesa. —Suspiró, pareciendo más emocionada con el momento que yo.

Me miré en el espejo. El vestido era precioso, con encajes, perlas y destellos que brillaban al mover la falda. Había costado una

pequeña fortuna, pero el dinero nunca había sido un problema para las familias mafiosas.

Deseé que mi madre estuviera allí y me pregunté si estaría orgullosa de mis pasos. Fuera como fuera, no tenía la opción de decir que no. Ese matrimonio era importantísimo para mi familia y si realmente me preocupaban mis hermanos, debía esforzarme por ser la mejor esposa del mundo para que los Bellucci miraran a mi familia con buenos ojos. Mis hermanos serían bien favorecidos y parecía ser lo único que importaba.

Oí un fuerte golpe en la puerta y mi corazón volvió a acelerarse cuando una de las mujeres encargadas de prepararme la abrió para ver quién era.

Me giré discretamente y vi a Gabriel parado en el corredor, con su postura firme de siempre y su mirada analítica. Por más que lo encontrara duro la mayor parte del tiempo, podía entender que nuestras responsabilidades terminaban moldeándonos y él tuvo que asumir todo de un día para otro después de la tragedia que se llevó a nuestros padres, y no fue nada fácil.

—¿Está preparada?

—Sí, señor —respondieron las mujeres a coro.

—Entonces vámonos. —Me tendió la mano—. Los invitados y el novio ya deberían estar en la iglesia esperándonos. No querrás impacientar a los Bellucci, ¿verdad?

Negué con la cabeza y tomé a mi hermano del brazo.

No había otro lugar al que huir que aceptar mi destino.

Gabriel me condujo hasta la limusina negra y reluciente que nos esperaba en la puerta del hotel donde nos habíamos hospedado la noche anterior. Mi boda con Lorenzo se celebraría en la misma iglesia que había sido el escenario de las uniones de los Bellucci por más de un siglo y debía sentirme honrada por ello, sin embargo, era como si la presión sobre mis hombros se volviera aún mayor.

Iba a ser la estrella de aquel acto, pero en lugar de alegrarme, me sentí aún más presionada.

—Respira hondo, Patrícia —dijo Gabriel a mi lado, y me di cuenta de que mi nerviosismo se estaba desbordando—. Todo saldrá bien.

—Sí... —Creí en eso porque era lo mejor que podía hacer.


Lorenzo

# *Capítulo treinta y uno*

—Te apuesto mil euros a que la novia desaparece —bromeó Thiago detrás de mí, haciéndole reír un poco a Ettore.

Me giré hacia mi hermano y apreté los dientes. No era momento para bromas, sobre todo cuando estaba ante el altar, esperando a que mi prometida entrara. No quería ser parte de la estadística de bodas caóticas que tenía esa familia.

Pensé que no había razón para que algo no saliera exactamente como se esperaba, pero las bromas de mi hermano no ayudaban.

—Podrían capturarla —continuó Ettore.

—O... —Thiago se interrumpió cuando la música cambió a la tradicional marcha nupcial y se abrieron las puertas dobles de la iglesia, revelando a mi prometida en un vestido impecable, con un delicado ramo de flores que hacía juego con los rasgos angelicales de su rostro.

Ignoré por completo a ambos mientras la veía acercarse al altar, acompañada de su hermano mayor, que era quien la cuidaba en ausencia de su padre.

Bajé los dos escalones del altar y saludé primero a Gabriel con un apretón de manos y Marchesini me dedicó una sonrisa

amistosa.

—Cuida bien de mi hermana, Bellucci.

—Por supuesto. —Tomé su mano y la conduje al altar conmigo, deteniéndonos frente al arzobispo que comenzó con los ritos tradicionales de una boda católica.

Los mafiosos podían tener ciertas libertades, pero había reglas que nunca se podían romper. Entre ellas estaba el respeto a las mujeres; en aquel momento, comprometiéndome con Patricia, supe que, por mi honor y el de mi familia, tenía que respetarla, cuidarla y no traicionarla nunca. Hasta que la muerte nos separe.

Sus dedos finos temblaban cuando deslicé el anillo por ellos y ella tuvo dificultad en colocar el mío. Sus ojos apenas miraban en mi dirección y era evidente cuánto miedo tenía. Solo esperaba que la fiesta la ayudara a sentirse un poco mejor y más relajada.

Cuando el celebrante finalmente dijo que podía besarla, acerqué su rostro al mío y sellé nuestra sentencia. Estábamos casados y, a partir de ese momento, tenía una esposa.



Patricia

# *Capítulo treinta y dos*

La fiesta de bodas fue tan hermosa como la ceremonia. No había lugar más espléndido en Roma que el *Palacio de Poli* y la *Fontana de Trevi*. El salón finamente decorado, digno de la familia más rica del país, estaba lleno de caras que ni siquiera conocía, pero estaba segura de que formaban parte de la misma organización. Eran familias y más familias de la mafia que venían a honrar mi momento.

Entre brindis, abrazos y felicitaciones, conseguí no sentirme tan tensa y quizá incluso disfrutar un poco del momento, pero el estómago se me revolvió de nuevo cuando me llamaron, conduciéndome a un vehículo. Lorenzo vino conmigo y contuve la respiración durante unos instantes en el coche, sobre todo cuando alargó la mano y la puso sobre mi muslo, protegido por la falda de mi vestido.

No había forma de no estar nerviosa, porque sabía que cuando estuviéramos solos, no quedaría nadie para detenerlo, porque gracias al anillo que llevaba en el dedo, yo pertenecía a Lorenzo Bellucci.

—¿Es un hotel? —Mi sorpresa escapó de mis labios cuando la limusina en la que viajábamos se detuvo frente a un hotel de lujo,

no el mismo en el que había estado la noche anterior, sino aún más lujoso, si eso era posible.

—Tendremos más privacidad aquí para nuestra primera noche.

*Nuestra primera noche...* Tragué saliva.

—Mis cosas...

—Les pedí que trajeran aquí lo que necesitaran. El resto de tus pertenencias ya han sido llevadas a la mansión.

—Oh... Ok —mi voz salió aún más temblorosa.

*¿Quién me juzgaría por estar tan aterrorizada?*

—Vamos por aquí. —Me tomó de la mano y me condujo al ascensor, que me llevó a la última planta del hotel, de donde salimos a un amplio pasillo.

Lorenzo parecía tenerlo todo preparado.

Sacó una tarjeta llave del bolsillo de su esmoquin y abrió una de las puertas, revelando una enorme suite con una antesala decorada a la antigua usanza, con sofá, televisor e incluso una chimenea electrónica.

La puerta del dormitorio estaba abierta y vi mi pequeña maleta junto a la cama con dosel.

—Voy a cambiarme. —Señalé el voluminoso vestido, preguntándome cuánto tiempo me llevaría en el baño cambiarme al

camisón blanco que había traído.

—No es necesario.

Abrí los ojos ante sus palabras.

—Pero, Lorenzo...

—No tienes que molestarte en ponerte otra ropa si voy a quitártelo todo.

Abrí los ojos de par en par, sin aliento.

—Ven aquí. —Me agarró de la cintura y me acercó a él—. Averigüemos qué hay debajo de ese vestido.

Temblaba y sentía que el corazón se me iba a salir por la boca de lo cerca que tenía su cuerpo del mío. Era imposible no ponerme rígida y asustada, porque no sabía exactamente lo que iba a pasar. No es que no entendiera cómo era el sexo, pero mucha de la información obtenida en Internet no se parecía en nada a la vida real.

Mientras Lorenzo me miraba, imaginé que no le preocupaba demasiado ir despacio.

—Nunca lo había hecho antes... —tartamudeé.

—Espero que no. —Levantó una de sus manos, desató mi velo y lo dejó caer al suelo.

—Lorenzo...

—¡Shhhh! —Me puso un dedo sobre los labios y se inclinó hacia mí, olisqueándome el cuello de una forma que me puso la piel de gallina.

Me lamió la base de la garganta y mi corazón volvió a acelerarse.

—Hueles tan bien... —Volvió a frotar su nariz contra mi piel, provocándome aún más escalofríos.

Mientras su rostro se distraía en mi cuello, sus manos se dirigieron a mi espalda, abriendo con extrema facilidad las perlas y la cremallera que sujetaba mi vestido. Sin ceremonias, Lorenzo tiró de él hacia abajo, haciendo que mis pechos asomaran porque no llevaba sujetador. Por vergüenza, intenté tapármelos, pero la forma en que me sujetaba lo hacía imposible.

—Déjame ver —exigió—. Tu cuerpo es todo mío ahora.

—Todo tuyo... —repetí, casi hipnotizada.

—Exacto. —Terminó de quitarme el vestido y me levantó, apartando la prenda y empujándola hacia un rincón de la habitación.

Me ardieron las mejillas en cuanto me di cuenta de que solo llevaba bragas, zapatos y un liguero blanco con medias tres cuartos.

—Deja que te mire. —Lorenzo me bajó los brazos a los lados del cuerpo y sus ojos recorrieron cada parte de mí, sin miedo ni prisa, deteniéndose en mis pechos y mis bragas.

No sabría explicar exactamente cómo, pero mis pezones estallaron, poniéndose duros y aumentando mi vergüenza, porque llamaban más la atención.

—Me muero de ganas de probarlo todo. —Se humedeció los labios como un animal hambriento y me estremecí aún más.

Me quedé quieta, como congelada, mientras él se quitaba la corbata y la chaqueta, tirándolas en una silla de la habitación. Lorenzo solo se abrió la camisa, pero no se la quitó, lo que me bastó para ver su cuerpo, tenía el abdomen bien definido y algunas pequeñas cicatrices.

Se inclinó y me lamió el pezón, provocándome un escalofrío. Me sorprendió increíblemente lo bien que me sentí.

Lorenzo se acercó de nuevo y una de sus manos recorrió mi nuca, agarrándome del pelo y entregándome por completo a su fuerza. Me mordió el labio inferior mientras jadeaba, como si estuviera disfrutando de un sabroso trago, y luego tomó mi boca, deslizando su lengua entre mis labios como había hecho antes. Poco a poco, me fui rindiendo a las nuevas y a la vez buenas sensaciones.

Mientras su lengua devoraba la mía, librando una batalla que yo era incapaz de ganar, la mano libre subió por mi barriga y agarró mi pecho, apretándolo y acariciándolo. Yo era suya y Lorenzo sabía demostrarlo muy bien mientras me dominaba en medio de los besos y caricias.

Aquella inquieta palpitación entre mis muslos volvió con más fuerza que nunca y recordé lo que me había hecho cuando puso sus dedos allí. Jadeé de necesidad y Lorenzo me besó aún más fuerte. La mano que me había estado apretando los pechos bajó por el costado de mi cuerpo y me agarró el culo, acercándome aún más a su cuerpo y apretándome contra un bulto duro que se había formado en sus pantalones. Lorenzo me frotó allí, haciéndome gemir contra sus labios.

Soltó mi cabello solo para bajar mis bragas, dejándome con la liga blanca. Sentí mi desnudez, y el líquido que escurría entre mis muslos se volvió aún más intenso.

—Me moría de ganas de quitarte la virginidad —me dijo junto a la oreja mientras su mano derecha bajaba hasta el centro de mis muslos.

Lorenzo tocó mi sexo, separó mis labios y deslizó un dedo dentro de mí sin previo aviso, haciéndome ponerme de puntillas y estirarme hacia arriba.

—¡¡¡Ah!!! —No pude contener el sonido que escapó de mi boca.

Volvió a agarrarme el pecho mientras movía su dedo dentro y fuera de mí. Poco a poco, cualquier molestia pasó y me sentí cada vez más involucrada.

Me presionó el clítoris con el pulgar y mi cuerpo se movió involuntariamente hacia atrás, pero Lorenzo me sujetó, sin dejar de explorar mi sexo. Cada vez estaba más segura de que mi marido sabía muy bien lo que hacía y lo estaba deseando.

—A la cama. —Me movió hasta que caí sobre el colchón.


Lorenzo

# *Capítulo treinta y tres*

Sus pechos se sacudieron cuando cayó de espaldas sobre el colchón. Patrícia tenía un cuerpo delgado, pero sus pechos eran grandes, llenaban mis manos y provocaban aún más mi deseo. No pude resistir inclinarme para lamerlos y chuparlos un poco más, llenando mi boca con su sabor.

Tenía muchas ganas de que llegara esa noche y no creía que me decepcionara.

Le quité los zapatos, pero sin dejar de dejarla completamente desnuda, no le toqué el liguero ni las medias, lo que le daba un aspecto más sexy.

Sentía un hambre enorme y cuanto más la miraba, más grande se hacía. No pasaría mucho tiempo antes de que aquella vagina expuesta sintiera mi verga. Volví a agarrarla, deslizando de nuevo mi dedo, y Patrícia se retorció sobre la cama. Mi mano se mojaba cada vez más con su líquido, haciendo evidente que ella también estaba excitada.

Me lamí el dedo, probando su sabor, y me aparté, terminando de quitarme la camiseta y tirándola al suelo. Mis ojos recorrieron su cuerpo, sus pechos, su vientre y finalmente regresaron a la unión de sus muslos, que ella había apretado.

—¡Abre las piernas! —ordené mientras me desabrochaba el cinturón. No quería que me ocultara lo que más deseaba.

—Lorenzo...

—¡Abre!

Avergonzada, separó los muslos para que pudiera volver a verle la vulva.

—Buena chica. —Me incliné sobre ella después de quitarme los calzoncillos y besé toda su intimidad, haciéndola retorcerse de nuevo.

Tiré de ella más arriba en la cama y me acomodé sobre su cuerpo, encajando mis caderas entre sus piernas.

—Eso es... —susurré junto a su oído, pasando las manos por el costado de su cuerpo.

Tras sujetarla por las piernas y hacerla rodear mi cintura, me apoyé en la cama y tomé mi pene, rozándolo contra su entrada y notando unos cuantos espasmos en su cuerpo antes de deslizarlo dentro.

Dejé escapar un gemido cuando su canal me apretó. Era muy estrecho y cuando ella se contrajo, se hizo aún más difícil penetrarla. La agarré por los muslos e hice que abriera más las piernas, facilitándome la penetración. Empujé con más fuerza y ella soltó un

grito, apretando las uñas contra mi espalda y una lágrima brotó de su mejilla.

Cuando le arranqué la virginidad, pude oler la sangre en el aire, pero me moví un poco más, disfrutando de su estrechez mientras me convertía en su primer y único hombre.



Patricia

# *Capítulo treinta y cuatro*

El dolor fue intenso mientras lo sentía dentro de mí y apreté las uñas con más fuerza contra su piel, mordiendo mis labios en un intento de aliviarlo. Sin embargo, el sonido de sus gemidos mostraba que yo era la única sufriendo. Hasta que Lorenzo se detuvo y se levantó de encima de mí, me pregunté si había terminado.

Por reflejo, miré su miembro, estaba lleno de sangre, mi sangre...

Mi marido se agachó, tomó un pañuelo de la mesita de noche, se limpió y se sentó en el borde de la cama.

—¿Ya has acabado? —me aventuré a preguntar con los ojos todavía llorosos.

—No, acabamos de empezar.

Tragué saliva por miedo a más dolor.

Se sentó en el borde de la cama y me miró, haciéndome un gesto para que me acercara.

—Siéntate en mi regazo.

—¿Sentarme? —Me estremecí.

Se limitó a mover la cabeza afirmativamente y me tendió la mano, como si no tuviera elección.

Me dejé llevar por él y me puse a un lado de la cama, Lorenzo tiró de mí hacia atrás, haciéndome sentar en su regazo, pero eso no le pareció suficiente, porque me agarró de la cintura y me levantó un poco, encajando de nuevo su miembro en mí. Dolorida, me incliné hacia delante y me agarré a sus rodillas.

—Relájate... —me mordisqueó y besó el cuello, haciéndome soltar un suspiro.

Sus manos volvieron a apoderarse de mi cuerpo y me recosté contra su pecho. Me agarró la cintura con una mano y con la otra bajó por mis muslos hasta encontrar mi sexo. Gemí cuando presionó mi clítoris, empezando con movimientos circulares.

Poco a poco, el dolor y la incomodidad de su presencia se disiparon y pude disfrutar de estar así.

—Date la vuelta. —Me apretó la cintura con más fuerza, indicándome que me moviera mientras su dedo se encargaba de mi placer.

En medio de su contacto, ya no podía preocuparme por el dolor. Era placentero y lo estaba disfrutando. Me movía cada vez más en su regazo a medida que aumentaba el placer que me proporcionaba su dedo.

Lorenzo me mordisqueó la oreja y yo me incliné hacia delante con un escalofrío.

Dejó de masturbarme un momento, me agarró con ambas manos y me hizo caer en su regazo más deprisa, hasta que sentí que un líquido caliente me llenaba y su respiración se volvió agitada contra mi espalda.

Mi marido necesitó un momento para recuperarse antes de volver a estimularme y lentamente volví a moverme. Aún me dolía, pero cuando él se volvió menos rígido, me dejé llevar por el placer y pronto sentí algo similar a la experiencia en la biblioteca, llevándome al éxtasis.

Nos quedamos quietos un momento, hasta que me acostó en la cama y sacó un pañuelo para que me limpiara. Pasé el papel y vi su líquido mezclado con mi sangre.

Estaba hecho, Lorenzo me había hecho suya. A partir de ese momento, ya no era Patricia Marchesini, sino Patricia Bellucci, la esposa del *consigliere* de la mafia italiana.


Lorenzo

# *Capítulo treinta y cinco*

Me desperté al oír sonar mi teléfono móvil y me di la vuelta en la cama, buscando a tientas la mesita de noche, pero el aparato no estaba allí.

—¡Mierda! —resoplé al verme obligado a levantarme.

Di unos pasos tambaleantes por la habitación, hasta encontrar mis pantalones en el suelo, saqué el celular del bolsillo y contesté justo antes de que se cortara la llamada.

—¿Sigues durmiendo? —La voz de Dante sonaba un poco irritada al otro lado de la línea.

—No pensé que fuera un delito.

—Sí lo es, cuando te necesito.

—¿Qué pasa? Me acabo de casar, pensé que al menos hoy estaría libre.

—Ya has puesto roja la vulva de tu mujer. Dale un poco de descanso y ponte a trabajar.

—No puedo dejarla aquí sola. Tengo que llevarla a la mansión.

—Haz lo que quieras, pero llega pronto.

No sabía exactamente por qué mi primo estaba de tan mal humor, pero fuera lo que fuese, pronto lo averiguaría.

—¿Qué pasa? —Patricia se movió en la cama, jalando la colcha para cubrir su desnudez. Por mí, podría pasar el resto del día exponiéndose para mí, pero lamentablemente tendríamos que esperar.

—Preparémonos y vayamos a la mansión.

—¿Ha pasado algo?

—Eso lo averiguaré cuando llegue, pero no tienes que preocuparte, todo va bien.

—¿Seguro?

Asentí y me arrodillé en el colchón, inclinándome hacia ella.

—Ven aquí. —La tomé del cuello y le mordisqueé el labio inferior antes de besarla—. No te preocupes, seguiremos exactamente donde lo dejamos cuando pueda más tarde.

Dudó, pero me dedicó una discreta sonrisa.

—Tengo que ducharme antes de irnos.

—Entonces, levántate, vamos rápido a la ducha.

—¿Juntos? —Parecía sorprendida.

—¿Por qué no?

Reflexionó un momento y acabó asintiendo.

Dejé que fuera adelante, algo tímida. Admito que aproveché el momento para contemplar su redondo culo, no pude resistir envolverlo con mis manos, haciendo que diera un pequeño salto de sorpresa y se enderezara.

—Pensé que íbamos a bañarnos.

—Y lo haremos. Lo que no significa que no pueda tocarte, *esposa mía* —recalqué esas dos palabras, haciendo que se sonrojara.

Si no hubiera sido por esa maldita llamada de Dante, me habría pasado el día haciéndole sentir mi cuerpo, recompensando mi fase de abstinencia desde que se anunció el compromiso. Era como una bestia hambrienta que acababa de ser liberada.

Abrí la ducha y me lavé el cuerpo y la cara, alejando un poco el sueño y los punzadas de dolor de cabeza por una leve resaca debido a las bebidas de más en la fiesta de boda.

Me fijé en Patrícia y vi que estaba de pie en un rincón de la ducha, algo asustada mientras yo me lavaba.

—¿Qué estás haciendo?

—Esperándote.

—No tienes por qué hacerlo. —Le rodeé la cintura con los brazos y tiré de ella. La ducha era lo suficientemente grande como para mojarnos a los dos si estábamos cerca.

Sus pechos, deliciosamente grandes, me rozaron el pecho y mi miembro se puso rígido al instante.

—¡Maldita sea! —gruñí—. Dante puede esperar un poco.

—Lorenzo... —Los ojos de Patricia se abrieron de par en par cuando volví a recorrer su cuerpo con mis manos.

—Quiero más de ti antes de ir a trabajar.

—¿Pero aquí? —Giró la cabeza de un lado a otro, como si la ducha no fuera el entorno más adecuado para practicar sexo.

—Te sorprenderán los sitios donde podemos hacerlo. —La presioné contra la pared de azulejos con mi pecho, aplastando sus pechos contra mí y dejó escapar un gemido, justo antes de que mi boca envolviera la suya.

Solo podía pensar en sentir su cuerpo contra el mío, su suave piel sobre la mía y sus suspiros de sorpresa e inocencia mientras la dominaba, mostrándole todo lo que quería experimentar.

Esta vez, cuando bajé la mano hasta su sexo, ella separó las piernas, sin esperar una orden mía. Le apreté el clítoris y ella inclinó la cabeza hacia atrás, golpeándola contra la pared, y comenzó a moverse levemente contra la superficie.

*Mi mujer aprendía rápido...*

Seguí masturbándola, haciéndola girar y retorcerse mientras mi boca se dirigía a uno de sus pechos, chupando el delicioso y

húmedo pezón. Ella gimió más fuerte y yo seguí provocándola con el dedo hasta que sus espasmos y sus ojos revelaron que había llegado al orgasmo.

—Date la vuelta. —Retrocedí un poco para que pudiera cumplir mi orden.

Esta vez Patrícia ni siquiera pensó en desafiarme, se limitó a apoyar ambas manos en la pared y entornar los ojos para mirarme.

La agarré por el culo y la obligué a inclinarse hacia mí. Froté mi verga entre sus nalgas perfectamente redondas, antes de usar una de mis manos para introducirla en su vagina. Esta vez, a pesar de lo estrecha que seguía siendo, fue mucho más fácil que la noche anterior. Soltó un pequeño grito, pero también parecía menos molesta.

Volví a ponerle las manos en las caderas y tiré de ella hacia mí. Su culo vibró al chocar con mi pelvis, excitándome aún más. Me encantaba ver sus nalgas palpitando con cada impacto.

Patrícia clavó las uñas en la baldosa y yo aumenté la velocidad, disfrutando de la presión que su canal ejercía sobre mí y de su culo golpeando mi regazo con cada embestida. No paré, eyaculé mi liquido enseguida, pero disfrutando cada segundo de la sensación de estar dentro de ella.

Decidir no esperar a esa boda fue sin duda la mejor decisión que pude tomar.

Cuando la saqué, mi semen corrió por sus muslos hasta el desagüe, pero esta vez no había rastro de sangre.

—¿Adónde voy yo mientras tú trabajas? —se aventuró a preguntar mientras se volvía hacia mí.

—Vamos juntos a la mansión. Estoy seguro de que mi madre y las demás mujeres que viven allí pueden ayudarte a acomodarte.

—Gracias.

—Ahora mi habitación también es tuya. Puedes organizar tus cosas como quieras en los espacios que he reservado, pero no toques mis cosas.

—¿Dormiremos allí juntos? —Ella seguía asimilándolo todo.

—Nos quedaremos allí, solos... ¿Y dormir? No puedo prometer que lo haré, al menos no las primeras noches.

Sus mejillas volvieron a sonrojarse, pero Patricia no dijo nada.

Terminamos de ducharnos y nos cambiamos para salir. Tenía hambre, pero no desayuné porque había otra llamada de Dante. Imaginé que el mundo podría estar acabándose para tanta impaciencia.

Mis hombres nos llevaron a la mansión y yo dejé a Patrícia con mi madre en el salón y subí directamente al despacho, donde mi primo se paseaba de un lado a otro, a punto de hacer un agujero en el suelo.

—Espero que tengas una excelente razón para toda esta desesperación. ¿No podías haberlo dejado para mañana?

—No. No podía. —Se giró hacia mí con los dientes apretados —. Se aprovecharon de nuestra distracción con tu boda para robarnos.

—¿Quiénes?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. —Dejó de parecer serio y se llevó las manos a la cintura.

—¿Qué han robado?

—Nuestra refinería en Ostia. Se llevaron unos trescientos kilos de coca pura, así como heroína y metanfetamina.

—¿Y nuestros hombres que hacían guardia allí?

—Los mataron.

—¿Sobrevivió alguno de ellos para contarnos lo que pasó?

—Desgraciadamente, no.

—¡Maldita sea! —exclamé irritado—. Ya no bastaba con los idiotas que intentaron atacarnos, ahora nos roban justo delante de nuestras narices. Esto no puede quedar así.

—¡Claro que no!

—¿Has estado allí para ver qué ha pasado?

—Todavía no. Estaba esperando que aparecieras. Podríamos haber ido más rápido si no hubieras estado tan ocupado...

—Acabo de casarme, Dante —le corté—. No había forma de saberlo.

—No quiero que esto se convierta en un problema aún mayor.

—Sabes que comparto ese sentimiento.

—Pues vamos allá. —Asintió con la cabeza.

—Sí, vamos.

Dante salió del despacho y yo lo seguí. Por muy descabellado que fuera intentar provocarnos, aún había algunos locos que se arriesgaban, pero pronto íbamos a demostrar a quien fuera lo descabellada que había sido esa actitud.



Patricia

# *Capítulo treinta y seis*

Seguí a Lorenzo con la mirada hasta que desapareció escaleras arriba y permanecí inmóvil en el salón hasta que su madre se acercó a mí con una sonrisa amable.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? ¿Has pasado una buena noche? —Me puso la mano en el hombro y me lo acarició.

—Estoy bien. —Intenté igualar su sonrisa y me guardé para mí la información de que me dolían las partes íntimas y que la culpa era de la verga de su hijo.

—¡Qué bien! ¿Has desayunado?

—No había tiempo, Lorenzo tenía que irse porque lo llamaba su primo.

—Ah, los asuntos de mafia siempre como prioridad. Con el tiempo te acostumbras.

—Imagino que sí.

—Ven conmigo. —Me llevó por un pasillo—. No tienes por qué pasar hambre todo el día por esto. Y ni hablar de que necesitas estar bien nutrida cuando quedes embarazada, no tienes idea de lo mucho que los bebés te absorben.

*¿Embarazada?*

No lo había pensado antes, pero después de que Lorenzo y yo fuéramos más allá de la intimidad, era algo que ocurriría en algún momento.

—La boda fue muy ajetreada, pero pronto tendrás la oportunidad de conocer a todos mis nietos. Los hijos de Thiago pasan más tiempo en esta casa y conmigo, los de Manuela por desgracia solo vienen en ocasiones de celebración.

—¿Ella ya no vive aquí? —No sabía mucho de la familia, así que me aventuré a preguntar.

—No... —La mujer dejó escapar un suspiro y contuvo un gemido—. Hace años, desde que se casó con un hombre de Estados Unidos.

—¡Increíble! —Esa información fue una gran sorpresa para mí —. Imagino que fue un gran cambio para ella.

Creía en un matrimonio por amor lejos de todo eso. Sin duda, sería una mujer muy afortunada.

—No exactamente —corrigió mi suegra—. A Manuela la enviaron después de que se casara con el capo de Nueva York.

—Ah, otro mafioso. —Mi excitación y mis ilusorios sueños de pasión se disolvieron tan rápido como habían surgido.

—Sí. —Tatiane se limitó a negar con la cabeza.

Era el destino de todas nosotras, e incluso ser una Bellucci no sería diferente.

Nos dirigimos a la cocina, donde una mujer lavaba las ollas que imaginé pertenecían al desayuno familiar, y mi suegra abrió la nevera, sacando un pastel y una jarra de jugo.

—Si quieres pan...

—No, está bien, gracias.

—De nada.

Me concentré en comer un poco, tenía mucha hambre. Durante la boda, entre fotos y felicitaciones de desconocidos, no podía alimentarme.

—Lorenzo dijo que habían traído mis cosas aquí.

—Sí, están en el dormitorio.

—Entonces, ¿puedes llevarme allí?

—Claro que sí. Tardarás un tiempo en acostumbrarte, pero luego ni siquiera recordarás cómo era tu vida fuera de aquí.

—¿Fue así contigo?

—Sí, pero no te preocupes, todo irá bien.

—Eso espero.

—Ahora eres una Bellucci.

Me di cuenta de ello y tuve que aceptar cómo sería todo a partir de ese momento.


Lorenzo

# *Capítulo treinta y siete*

Pateé uno de los fragmentos de la puerta mientras me acercaba a la entrada de la casa donde nuestros hombres preparaban las drogas que se distribuían a los traficantes de la región. Quienes invadieron ese lugar no pensaron en ser discretos. Habían dejado un rastro considerable de destrucción.

Dante refunfuñó a mi lado, mostrando lo mucho que le irritaba ver esto.

—Quiero las cabezas de estos idiotas.

—Necesitamos ir con un poco más de calma. —Tenía que ser más racional cuando se excitaba, porque cualquier error podía ser fatal para todos.

—¿Que me calme? ¿Quiénes son estos bastardos que piensan que pueden enfrentarme así?

—No lo sé, pero lo averiguaremos.

—¿Descubrirlo? ¿Cuándo? Lorenzo, esto ha durado demasiado. Mientras juegan con nosotros, nuestros aliados pueden pensar que soy débil. No permitiré que eso suceda.

—Tenemos que analizar la situación, Dante. No hay nada que relacione este incidente con los ataques que sufrimos.

—¿De verdad crees que se puede aislar?

—Para ser sincero, no lo sé, pero antes de decir algo, tenemos que estar seguros. Si quieren demostrar que estamos desestabilizados, no podemos permitirlo. Para ello, debemos mantenernos cautos y concentrados. Disparar a todas partes no es una buena alternativa, sobre todo porque no tenemos ningún sospechoso.

—Tienes razón. —Dante resopló.

No le gustaba oír hablar de ello, pero era mi trabajo mostrarle el camino, aunque a veces actuara por impulso.

Entramos en el laboratorio y analizamos el estado de la casa. Era como si hubiera pasado un huracán, dejando un rastro de destrucción a su paso. Los instrumentos utilizados para las preparaciones químicas estaban rotos por todo el suelo, habían forzado todos los armarios y no había ni un solo sobre de droga por ninguna parte.

Los cadáveres ya habían sido retirados, pero el olor a sangre indicaba cuántos de los nuestros habían sido masacrados allí y eso me enfureció aún más. Dante tenía razón, había que acabar con aquello cuanto antes y dejar claro quién mandaba en la ciudad y en el país, pero era prácticamente imposible apuntar a alguien cuando no se tenía ni idea de a quién golpear.

—Jefe. —Uno de nuestros hombres nos llamó la atención. También estaba mirando alrededor y parecía haber encontrado algo.

—¿Qué pasa? —Dante estiró el cuello para mirar, pero no se acercó más.

—Creo que debería echarle un vistazo a esto.

Caminamos entre los escombros hasta una de las mesas en una esquina de la habitación. Había un sobre con lo que parecía ser una caja dentro. Encima había una pequeña nota que decía: "Encomienda especial para los Bellucci".

—Veamos qué hay dentro. —Dante alargó la mano y yo le agarré del brazo, deteniéndolo y haciendo que mi primo me mirara enfadado.

—¡No!

—¿Qué crees que puede haber ahí?

—Una bomba.

Miré a un lado y a otro intentando analizar si los invasores habían dejado más trampas, pero no había rastro de nada.

—Hagamos que Giovane o Ettore lo abran. Apuesto a que pueden hacerlo con más seguridad con sus juguetes.

—Tienes razón. —Dante acabó accediendo, dándose cuenta de que después de todo lo que ya habíamos presenciado, toda precaución era más que necesaria—. Aíslen el lugar y tengan mucho cuidado con lo que tocan.

Salimos del edificio y Giovane tardó unos quince minutos en llegar en una furgoneta con un pequeño equipo y un montón de artilugios. Como todos los demás hijos de mi tío Mateo, mi primo pequeño sabía manejarse con la tecnología, lo que contribuyó en gran medida a nuestra organización.

—¿Has mandado llamar a la brigada especial? —dijo en tono de broma mientras se acercaba a Dante y a mí.

—Solo haz tu trabajo.

—¿De verdad crees que hay una bomba dentro?

—Nadie nos dejaría un regalo después de robarnos, destruir nuestro laboratorio y matar a nuestros hombres. —Crucé los brazos en una postura más firme.

—Quizá quien lo haya hecho tenga sentido del humor. —Giovane se encogió de hombros.

—Solo haz lo tuyo. —Dante fue enfático y autoritario, haciendo que la charla de mi primo cesara.

—¡Déjalo en mis manos, jefe! —Saludó con una leve inclinación.

Giovane se alejó de nosotros y volvió con el equipo en la furgoneta. Aún estaban lo bastante cerca para que pudiera oír lo que decían.

—Vamos a montar el robot.

—Sí, señor.

Sacaron una gran maleta negra del maletero y la abrieron en el suelo, sacando una estructura metálica cuadrada que, aparte de los brazos, no tenía aspecto humanoide. Giovane se puso unos auriculares y tomó un mando a distancia. Cuando empezó a accionarlo, el robot se deslizó hacia el interior del edificio.

Yo no estaba lo bastante cerca para ver lo que pasaba, así que tuve que esperar a ver cómo lo resolvía mi primo. Éramos una familia, un equipo y una organización. Aprendí muy pronto que necesitábamos el trabajo de todos para seguir adelante.

—Necesitamos nombres, Lorenzo. —Dante se giró hacia mí con mirada firme.

—Créeme, quiero conseguirlo tanto como tú.

—Entonces tenemos que hacer algo. Encontrar pistas o cualquier cosa que nos lleve al desgraciado que está detrás de esto.

—Juntémonos con los demás, tiene que haber algo que aún no hayamos visto, aunque sea una pequeña pista.

Estábamos distraídos, charlando, cuando un enorme estruendo me hizo estremecerme y ponerme las manos sobre los oídos.

—¡Maldita sea! —gruñí.

—Sí, tenían razón. —Giovane se rió entre dientes—. Realmente era una bomba.

—¡Pensé que podrías desactivarla! —Dante fue hacia él y nuestro primo dio un paso atrás, temiendo la furia del jefe.

—No había forma de desarmarla. —Giovane levantó una mano en señal de rendición—. El paquete había sido fabricado de tal forma que explotaría por cualquier intento de abrirlo. Intentan matarnos.

—Tendrán que ser un poco más listos. —Dante se metió las manos en los bolsillos.

Giovane asintió y yo me quedé callado, pensando en la situación e intentando atar los cabos que aún no veía.

Me pasé la mano por la cara, sintiendo que algo se posaba en mi mejilla y apreté un trozo de hollín, ensuciándome el dedo. Había muchas partículas de la explosión en el aire que nos rodeaba.

—Lorenzo, manda llamar a Ettore, Thiago y Nicolae. Quiero a todos en mi despacho en media hora. —Dante le dio la espalda y se subió a uno de los coches que nos esperaban.

Miré a Giovane, que asintió.

—Allí estaré.

—Bien. —Me despedí brevemente de él con la mano y saqué mi teléfono móvil, subiéndome a uno de los vehículos antes de

llamar a los demás.

Teníamos que solucionarlo antes de que la situación se complicara aún más.



Patricia

# *Capítulo treinta y ocho*

Me encontraba en la habitación que ahora me pertenecía. Todavía tardaría un poco en acostumbrarme al entorno y sobre todo a la vista, que era completamente diferente: en lugar del mar, lo que se veía desde aquella ventana era parte del amplio y hermoso jardín de los Bellucci. No podía negar lo espléndida que era aquella mansión y cómo hacía justicia a la familia más poderosa del país, pero la ausencia de mis hermanos y de los criados, especialmente Francesca, me recordarían, al menos durante mucho tiempo, que ya no estaba en casa.

—Ahora esta es tu casa —dije en voz alta, esperando que me resultara más fácil.

Respiré hondo mientras sacaba uno de mis pares de zapatos y lo colocaba en uno de los estantes vacíos del armario. Por suerte, el espacio era bastante grande, porque no me habría arriesgado a tocar las cosas de Lorenzo, apenas nos habíamos casado y no quería darle motivos para enfadarse conmigo.

Para ser sincera, no podía imaginarme qué iba a hacer una vez que hubiera sacado todas mis cosas del equipaje y me hubiera instalado. ¿Podría volver a hacer mis clases online como antes? Me gustaba mi universidad y no quería dejarla, aunque sabía que nunca podría ejercer mi profesión. Quizá debería ir a ver a la madre de

Lorenzo y ofrecerle mi ayuda. Pensaba que eso era lo que ella esperaba de mí, pero al mismo tiempo no quería parecer tan perdida.

Tenía el corazón acelerado, la boca me sabía amarga y estaba muy perdida. Pensé en llamar a mis hermanos, pero casi ninguno de ellos me daría respuestas. Se limitaban a decir que lo único que me faltaba era ser una buena esposa.

Oí pasos en el pasillo y, justo antes de salir del armario, Lorenzo entró en la habitación. Mis ojos se cruzaron con los suyos, y parecían tan fríos y furiosos que me estremecí. Me entraron ganas de preguntarle qué había pasado, pero pensé que era mejor no hacerlo.

Además de la furia, tenía una mancha negra en la cara que no sabría decir si era grasa o carbón, pero parecía irrelevante en ese momento.

—Lorenzo... —susurré su nombre.

—Solo voy al baño. —Pasó junto a mí y se encerró en el baño sin decir ni una palabra más.

Me gustaría decir que esta situación era completamente inusual para mí, pero había visto expresiones similares en las caras de mis hermanos cuando algo no iba como ellos querían. A pesar de que no compartían los asuntos de la mafia conmigo, había aprendido a entender muchas cosas.

Mi marido no permaneció mucho tiempo en el baño, pero salió con la cara limpia. Por desgracia, la furia de su expresión no era tan fácil de borrar.

No me dijo ni una palabra más antes de desaparecer por el pasillo.

Era nuestro primer día de casados y esperaba que pasaran muchas cosas, pero no estar sin mi marido.


Lorenzo

# *Capítulo treinta y nueve*

Cuando entré en el despacho, Dante estaba de pie mirando por la ventana con un trago de whisky en la mano. Siempre que se ponía así de reflexivo era porque teníamos un gran problema entre manos y esta vez no había dudas.

—Mi padre...

—Tu padre sabe que los enemigos siempre aparecen, Dante. —Me acerqué y me serví un trago de whisky.

—Acabo de hacerme cargo...

—No pensaste que sería un paseo por el parque, ¿verdad? ¡En serio! Siempre hemos coleccionado problemas. No sería diferente con nosotros dos, ¿o eras ingenuo al pensar eso? —Intenté animarlo.

—Por supuesto que no.

—Somos los Bellucci y siempre van a hacer todo lo posible por arrebatarnos la corona, pero eso no significa que seamos más débiles.

—Perdimos mucho dinero.

—Nada que las maniobras de Nicolae no puedan recuperar. Déjale que haga su magia.

—Los muertos...

—Siempre estamos en guerra, las bajas forman parte de ella, pero vamos a dar toda la asistencia a las familias, como siempre lo hacemos.

Podía entender hasta qué punto el peso de la responsabilidad recaía sobre los hombros de Dante. Era diferente cuando el anterior Don moría y el heredero no tenía más remedio que hacerse cargo del negocio, pero en el caso de mi primo, su padre confiaba en su capacidad lo suficiente como para abdicar. Yo también confiaba en Dante, lo que no significaba que no se le pusiera a prueba.

Sabía que tendríamos que aprender rápido y que a menudo lo mejor de nosotros mismos no bastaría para evitar que la situación se nos fuera de las manos.

—Me enteré del robo. —Nicolae fue el primero en entrar en la oficina, atrayendo nuestra atención y disipando parte del pesado ambiente.

Me bebí el whisky de un trago y dejé el vaso sobre la mesa antes de girarme hacia mi primo.

—Era algo más que un simple robo. —Dante apretó los dientes, enfatizando su furia—. Un ataque directo contra nosotros.

—Dame un nombre y lo arreglaré. —Thiago no tardó en aparecer, seguido de Ettore.

—Ese es el problema, hermano —respondí—. Aún no tenemos nombres.

—Sea quien sea, no podemos seguir persiguiendo sombras —recalcó Dante, apoyando las manos en el escritorio e inclinándose hacia delante—. Esta situación ya ha durado demasiado. Quiero que averigües pronto quién está haciendo esto y por qué. Están intentando ponernos a prueba, pero es hora de ponerle fin antes de que la situación se vuelva aún más preocupante.

—Quien fabricó la bomba no era un aficionado. —Giovane fue el último en entrar en el despacho y cerró la puerta tras de sí.

—¿Bomba? —Ettore abrió los ojos, abrumado por la información.

—Nos dejaron una bomba como regalo en el laboratorio.

—¡Qué descaro! —bufó mi hermano—. Quiero ver si siguen así cuando les reviente los sesos a esos idiotas.

—Primero necesitamos descubrir quiénes son antes de que revientes cualquier cosa —le dije con firmeza.

—No podemos relacionar los atentados con nadie —empezó Ettore.

—Es hora de que empieces a hacer mejor tu trabajo. —Dante era duro, pero no podía culparlo por eso.

—No creerás que yo... —Ettore empezó a protestar, pero le interrumpí.

—Mientras no resolvamos esto, ninguna excusa o trabajo será suficiente. Apuesto a que ninguno de ustedes quiere que la próxima bomba estalle junto a nuestras esposas o padres.

—¿Crees que deberíamos aumentar la seguridad? —Nicolae se quedó pensativo.

—Estarán a salvo cuando solucionemos esto —recalqué.

—Voy a rastrear los componentes de la bomba, averiguar cómo y dónde puede haber sido fabricada. Este tipo de explosivo acaba teniendo firmas particulares de cada persona detrás de la construcción.

—¡Hazlo! —animó Dante—. Quiero un nombre para el final del día.

—Veré lo que puedo hacer.

—Esto no es una petición, Giovane.

—Sí, jefe.

—Ettore y Thiago, ayuden a Giovane y, preferiblemente, tráiganme una cabeza.

Los tres asintieron y salieron juntos de la habitación.

—¿Y yo qué? —quería saber Nicolae.

—Necesitaré dinero y una negociación con los bolivianos para compensar este déficit en nuestras existencias. Esta droga se enviaría al sur de Italia en dos días y el plazo debe cumplirse si no queremos aún más problemas. Los otros *capi no* deben saber que tenemos contratiempos.

—Solo dime la cantidad y estará disponible en unas horas.

—¿Lorenzo? —Dante se giró hacia mí.

—Llamaré a los bolivianos.

—Puedes irte, Nicolae. —Dante le hizo un gesto para que saliera del despacho.

—Te llamaré —le dije a mi primo antes de que nos diera la espalda y nos dejara solos a Dante y a mí.

—¡Mierda! —refunfuñó Dante mientras daba un puñetazo en la mesa, furioso.

—Lo solucionaremos —dije—. Siempre lo hacemos.

—Esta situación ya ha durado demasiado. —Se echó hacia atrás, hundiéndose en el respaldo del sillón de cuero.

—Giovane y Ettore tendrán un nombre.

—Quiero algo más que el nombre, necesito las cabezas antes de que acabe la semana. Cuanto antes nos libremos de este problema, mejor para todos.

—Ya lo sé.

—Así que en marcha.

Asentí y me acerqué unos pasos a una estantería. Tomé mi teléfono móvil y me preparé para negociar con un cártel sudamericano y conseguir las drogas que necesitábamos para ayer. No había nada que enfadara más a nuestros aliados que la falta de suministros.



Patricia

# *Capítulo cuarenta*

Me senté en el borde de la cama después de ordenar todas mis cosas y me aventuré a salir de la habitación, observando a los hombres de la familia que entraban y salían del despacho del jefe. No necesitaba ser una gran adivina para saber que se enfrentaban a un problema, pero nadie iba a decirme cuál era y dudaba que pudiera hacer algo al respecto.

—Buenas tardes, cariño. —Me sorprendió la amable sonrisa de la abuela de Lorenzo cuando bajé al salón.

—Buenas tardes.

—¿Necesitas ayuda?

—En realidad, iba a preguntar si ustedes necesitaban algo. Lorenzo está ocupado y yo, bueno...

—Aún te estás adaptando —completó ella con una sonrisa.

—Sí…

—No te preocupes, con el tiempo todo volverá a su cauce.

—Eso es lo que todos dicen.

—Entonces, que hay algo de verdad en ello, ¿no crees?

—Tienes razón.

—Un poco de experiencia ayuda.

—Imagino que sí.

—¿Por qué no te sientas aquí? —Dio unos golpecitos en el espacio vacío que había a su lado en el sofá del salón.

Asentí con una sonrisa y me acomodé a su lado. Aparte de las criadas, hacía mucho tiempo que no vivía con una mujer mayor y pensé que podría ser una buena experiencia.

—Es solo tu primer día de casada. Habrá muchas cosas a las que te tendrás que acostumbrar, especialmente cuando el matrimonio viene de un acuerdo, pero por suerte tú y Lorenzo ya parecían ser bastante compatibles.

Mis mejillas se sonrojaron al instante y giré la cara para ocultar el rubor mientras me desconcertaba recordar que su abuela nos había visto en la biblioteca en una situación de lo más indecorosa.

—Hoy está muy ocupado. —Intenté cambiar de tema para no hablar de ello. Me parecía totalmente inapropiado, aunque anoche Lorenzo había ido mucho más allá de tocarme.

—Siempre están ocupados.

—¿No siente miedo? —me aventuré a preguntar.

—¿No tenías miedo cuando tus hermanos se metían en líos o salían a resolver algo?

Asentí con la cabeza.

—¿Y qué hacías?

—Rezaba para que regresaran sanos y salvos a casa.

—Pronto descubrirás que algunas cosas no han cambiado.

Tragué saliva, dándome cuenta de que iba a pasar por una prueba igual o peor, y nunca iba a ser fácil prepararse.

—Cuando tenemos hijos, nos ayuda mantenernos firmes, porque nos necesitan. Teniendo en cuenta la historia de la familia, puede que no pase mucho tiempo.

—Niños... —murmuré mientras me llevaba la mano al estómago por reflejo.

¿Podría estar esperando ya el bebé de Lorenzo? Sería difícil saberlo.

—¿Hay algo que te guste hacer? —preguntó la señora, atrayendo de nuevo mi atención.

—La historia. Me encanta estudiar historia. Estaba tomando una carrera a distancia...

—Te sugiero que continúes.

—¿No es un problema?

—Mientras no pongas en riesgo tu vida o la de otro miembro de esta familia, no lo es.

—De acuerdo.

—Mi biblioteca estará siempre abierta para ti. Allí encontrarás muchos libros interesantes. Sin embargo, te sugiero que no vuelvas a ir con Lorenzo, porque podría entrar un niño sin avisar.

—Muy bien. —Volví a sentirme avergonzada.

Al final, terminaría adaptándome. Tendría que ser así, sin importar a quién mi hermano mayor hubiera elegido para que me casara. Por suerte, las mujeres Bellucci estaban siendo muy acogedoras conmigo.


Lorenzo

# *Capítulo cuarenta y uno*

—La próxima entrega llega mañana en avión. Solo tenemos que arreglar lo de la policía y la inspección para no tener problemas.

—Llamaré yo mismo al inspector del aeropuerto y me aseguraré de que cuide bien de nuestro paquete.

—Al menos un problema resuelto.

—No habríamos tenido este problema si no nos hubieran robado...

—Paciencia, Dante.

—Cuando atrapemos al bastardo, quiero matarlo yo mismo.

—Con un poco de calma, lo solucionaremos.

—Eso es todo lo que espero.

El móvil de Dante empezó a sonar y mi primo contestó, poniéndolo en altavoz para que también pudiera oír a Giovane al otro lado.

—Puedes hablar.

—Conseguí descubrir quién montó la bomba.

—¡Por lo menos eso! ¿Quién es?

—Giorgio Carrara. Formaba parte del equipo táctico de la marina italiana. Trabajó un tiempo en el portaaviones Aquila hasta el año pasado y fue dado de baja deshonrosamente después de un enfrentamiento con sus superiores. Al parecer, no le gustaba mucho seguir órdenes.

—Ve al grano, Giovane.

—Sí, jefe. Desapareció por un tiempo, pero luego fue sospechoso de una explosión en un edificio de la policía en Nápoles con una bomba que tenía las mismas características que la que nos dejaron a nosotros. Mi robot logró encontrar una huella parcial en el interior de un fragmento del explosivo que quedó intacto, y Ettore está hackeando la base de datos de la marina ahora para que podamos confirmar la identidad.

—¿Sobrevivió tu robot a la explosión? —Me sorprendió por completo.

—No tienes ni idea de lo que puede hacer, Lorenzo.

—Sin alardes, Giovane —Dante interrumpió el momento—. Quiero resultados.

—Solo un poco más, Ettore está casi listo.

Pasamos unos instantes en completo silencio hasta que la voz de Giovane fue sustituida por la de su hermano mayor.

—Sí, las huellas coinciden. Tenemos a nuestro hombre. Thiago y yo iremos por él.

—Quiero al tipo vivo —exigió Dante—. Necesito respuestas.

—No hay problema.

—¿Has oído eso, Thiago? —Dante reafirmó.

—Sí, jefe, lo que usted diga.

Desconectaron la llamada y Dante se removió en su silla.

—Tenemos algo. —Intenté animarlo.

—Lo que no significa que nuestro problema se haya resuelto.

Permanecí en silencio. Comprendía su tensión y compartía su nerviosismo. Ser interpelado no era agradable para nadie, sobre todo en un momento de transición de poder.

Mientras Dante resolvía los detalles de nuestra entrega, yo esperaba. Estaba tan ansioso por una llamada de Thiago que el tiempo parecía pasar lentamente.



Patricia

# *Capítulo cuarenta y dos*

Oí que llamaban a la puerta y me aparté del ordenador para abrir y ver quién era. Esperaba a Lorenzo, pero desde luego no llamaría a la puerta.

—Hola —me sonrió mi suegra.

—¡Hola!

—¿Cenamos? Imagino que tienes hambre.

—Sí, gracias.

—¿Mi hijo aún no ha vuelto?

Negué con la cabeza.

—Todo debería ir bien. —Intentó tranquilizarme.

—Eso espero.

—Nuestra cocinera hace un risotto divino con mariscos. No podrás esperar para probarlo.

—Me encanta el risotto y el marisco. —Forcé una sonrisa.

El pescado era muy popular en Venecia y había formado parte de mi dieta desde que tenía uso de razón. No podía estar segura, pero imaginé que tal vez la familia intentaba complacerme y eso me hacía feliz.

Salí de la habitación y seguí a Tatiane por el pasillo.

—Juliana, mi otra nuera y sus hijos han venido a cenar con nosotros. Ya los habrás visto en la boda, pero tendrás ocasión de conocerlos mejor.

—¡Será genial!

Nada más llegar al salón, vi a una mujer rubia que no reconocí inmediatamente, iba acompañada de dos niños, una pareja. La más pequeña, la niña, debía de tener unos dos o tres años, mientras que el niño era un poco mayor.

—Hola, Patrícia.

—Hola. Juliana, ¿verdad?

Asintió y me dedicó una gran sonrisa.

—Bienvenida a la familia.

—Gracias.

Miré más de cerca y vi que estaba sola con los niños, no había ni rastro de su marido. Me di cuenta de que mi futuro sería exactamente ese y tenía que estar preparada para ello. Era el destino de una mujer nacida en la mafia, al menos de las que tenían un buen matrimonio.

—Vamos a cenar. —Tatiane nos hizo un gesto para que la siguiéramos—. ¡Vamos, niños! O no comerán helado.

Los dos pequeños se miraron y luego corrieron hacia su abuela, tomados de la mano y dejándose guiar por la mujer.

—No vives aquí, ¿verdad? —me aventuré a preguntar mientras caminaba junto a Juliana.

Ella negó con la cabeza.

—Después de nuestra boda, Thiago nos compró una casa.

—Debe de ser estupendo tener una casa propia.

—Sí y no... —Se rió ligeramente—. A veces me siento muy sola, así que me gusta venir aquí con los niños. Pueden jugar con los otros primos y divertirse.

—¿Thiago no pasa mucho tiempo contigo?

—Tiene trabajo que hacer.

—Por supuesto —murmuré torpemente—. Una se acostumbra.

—A veces no. —Se rió entre dientes—. Pero no es que tengamos elección. Supongo que estás más acostumbrada que yo cuando me casé con Thiago.

—¿Por qué? —Enarqué una ceja, algo confusa por su comentario.

—Naciste en una familia de la mafia.

—¿Tú no?

Ella negó con la cabeza.

—Soy griega y me crucé en el camino de Thiago en una de sus misiones. Mi padre se metió con la gente equivocada, que me secuestró y me puso a la venta en un club sexual.

—Vaya, eso es terrible.

—Menos mal que me encontré con Thiago.

—Sí…

Dejamos de hablar cuando entramos en la sala donde estaba servida la cena. No me atreví a hacer más preguntas porque no quería parecer descortés, y tampoco sabía cuánto de ese tema sería bien recibido por el resto de la familia.


Lorenzo

# *Capítulo cuarenta y tres*

Dante y yo estábamos esperando en un viejo galpón que olía a pescado y polvo cuando por fin oí el ruido de un vehículo que se acercaba. Como Ettore nos había llamado para informarnos de que habían capturado al hombre que había montado la bomba, estábamos muy ansiosos por enfrentarnos a él.

Quería respuestas y parecía dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlas.

Me giré hacia la puerta metálica cuando oí un ruido y enseguida se abrió. Ettore entró primero y luego Thiago, cargando al tipo como carne lista para el matadero. El hombre forcejeaba y se sacudía, pero no parecía tener fuerza suficiente para liberarse del agarre de mi primo.

Afortunadamente, estaba vivo y esperaba que pudiéramos arrojar algo de luz sobre la situación.

—¡Átenlo! —ordenó Thiago a nuestros soldados mientras tiraba al tipo al suelo como un saco de patatas.

Observé mientras nuestros hombres arrastraban al sujeto y le ataban las muñecas. Lo encadenaron y lo levantaron por los brazos hasta dejarlo a poco más de medio metro del suelo. Él pataleaba e intentaba soltarse, pero era completamente inútil.

—¡Suéltenme! —gritó enfadado.

—Sabes muy bien que no podrás salir de aquí. —Dante se acercó al hombre con paso firme—. Pero depende de ti decidir si vas a sufrir mucho o poco antes de que pongamos fin a tu miserable existencia.

—¡No me importa!

—Lo veremos en un momento. —Dante extendió la mano y uno de nuestros hombres le dio una porra eléctrica—. ¿Quién te contrató para montar esa bomba?

—Trabajo solo.

—No me dirás que entraste en uno de nuestros laboratorios, mataste a mis hombres y pusiste la bomba tú solo.

—Soy bueno en lo que hago.

—¡Mentiroso! —gruñó Dante mientras empujaba la porra eléctrica justo debajo de las costillas del hombre.

El tipo se estremeció por la conmoción. Cuando Don apartó el objeto, el tipo tardó un rato en recuperarse de la descarga y volver a pensar racionalmente.

—¿Quién te dijo que montaras esta bomba?

—¡No lo sé!

Dante lo electrocutó de nuevo.

—Empecemos de nuevo. ¡Quiero un nombre!

—Te juro que no sé... ¡¡¡¡Ah!!!! —soltó un grito agudo antes de moverse como si tuviera un ataque—. Me matarán si descubren que lo he contado.

—No tendrán esa oportunidad —dije, mirando fijamente al tipo mientras me ponía al lado de Dante, dejando que el jefe continuara con la tortura. Era importante que al menos descargara parte de su ira después de todo lo que había pasado.

—¿Quién te ha pagado? —Dante volvió a acercar el objeto, pero antes de que pudiera causar otra onda expansiva, el tipo empezó a gritar. No parecía tan resistente a la tortura como los otros que habíamos conocido antes.

—Los Nuvoletta —dejó escapar con voz débil y evidente cansancio.

—¿Cómo? —Dante parecía perplejo ante la información—. ¿Crees que soy idiota? —Le tendió de nuevo la porra eléctrica.

—No, señor.

—¿Qué tiene que ver la familia de Nápoles?

—No lo sé, señor.

—¿Crees que puedes ponerme en ridículo? —Dante lo electrocutó de nuevo.

Esta vez el tipo convulsionó durante casi dos minutos hasta que me acerqué y puse la mano en el hombro de mi primo.

—Si le fríes el cerebro, no sabremos bien de qué se trata todo esto.

Dante resopló, pero se vio obligado a admitir que tenía razón.

—¿Qué tiene que ver los Nuvoletta?

—No sé...

El jefe volvió a levantar la porra eléctrica, pero antes de electrocutarlo, el tipo empezó a gritar.

—¡Lo juro! Juro que no lo sé.

—Entonces, ¿qué sabes? —le exigí.

—Uno de sus soldados se puso en contacto conmigo y me dijo que querían que montara una bomba y la tuviera lista. He hecho este tipo de trabajo antes, pero sobre todo para gente que quiere robar un banco o un camión blindado. No imaginaba que fuera dirigido a la familia Bellucci hasta que me pidieron que colocara la nota.

—¿Quién estaba contigo en la invasión?

—Soldados.

—Entonces, ¿cómo sabes que los Nuvoletta están detrás de esto?

—Escuché sus conversaciones y mencionaban varias veces al señor Ángelo Nuvoletta y lo interesado que estaba en debilitar a su familia.

Tiré de Dante conmigo, haciendo que nos alejáramos del tipo para poder reflexionar sobre lo que había dicho.

—No sé si le podemos creer a este tipo —balbuceó Dante.

—¿Por qué inventaría algo así contra uno de nuestros principales *capis*?

—¿De verdad crees que la familia principal de Nápoles actuaría contra nosotros?

—No sería la primera vez que ocurre algo así —Ettore se entrometió en la conversación—. Nuestro abuelo fue asesinado por un siciliano.

—En otras circunstancias —dijo Thiago, que había heredado el nombre del asesino de nuestro abuelo y del hermano de nuestra madre.

Era casi graciosa la elección de nuestros padres. Le dieron a Thiago el nombre del hermano de mi madre, a quien mi padre había matado, y a mí el nombre de mi abuelo. Me tomó un tiempo comprender realmente lo que había sucedido, pero independientemente de eso, demostraba que siempre debíamos estar atentos a todos los posibles enemigos. Incluso a aquellos que podrían estar dentro de nuestras propias casas.

—No importa. Es algo que tenemos que investigar —recalqué.

—Si los napolitanos están detrás de los atentados, tenemos que deshacernos de ellos. —Mi hermano apretó los dientes.

—Tranquilo, Thiago. —Fue Ettore quien lo detuvo—. Voy a investigar esto primero y luego tomaremos una decisión sobre qué hacer.

—¿Y qué vamos a hacer con este idiota? —Thiago indicó al tipo que seguía aguantando.

—Mantenlo vivo por ahora —decidió Dante—. Todavía podría ser útil en algún momento mientras buscamos información sobre lo que podría estar pasando.

—Parece que hoy es tu día de suerte —murmuró mi hermano al tipo, que no estaba seguro de estar de acuerdo con la frase de Thiago.

Durante mucho tiempo intenté adivinar quién podría estar detrás de toda esta trama, pero imaginar que era una familia tan cercana a la nuestra, que hasta el momento había sido vista como aliada, hizo que varias alarmas sonaran en mi mente.



Patricia

# *Capítulo cuarenta y cuatro*

Me revolví en la cama cuando oí el ruido de la puerta. Estaba somnolienta y me había quedado dormida. Pensé que era un sueño mío hasta que me di cuenta de que Lorenzo había entrado realmente en la habitación.

Encendió la lámpara de noche con una luz tenue y pude verlo en la penumbra, quitándose el saco.

—Hola... —Me senté en la cama, frotándome los ojos—. No sabía que llegarías temprano, así que dormí hasta tarde.

—Son las dos de la mañana, Patricia.

—¡Oh! —balbuceé, todavía intentando pensar con claridad—. ¿Estás bien?

—Depende de tu definición de bien.

—Lamento lo que sea que haya pasado.

—No deberías preocuparte por eso —respondió mientras desabrochaba la camisa y la dejaba caer sobre el saco.

—Imagino que estás agotado.

—Lo estoy.

—Puedo ir a otro lugar y dejarte más cómodo en la cama. —Traté de ser comprensiva y ayudar de alguna manera.

—Puedes quedarte aquí —exigió en un tono firme que me hizo tragar saliva—. No te quiero en ningún sitio que no sea mi cama.

—Imaginé que estabas muy cansado.

—No hay nada mejor para relajarse que disfrutar de mi mujer.

—Lorenzo... —Solo tuve tiempo de susurrar su nombre cuando se bajó la cremallera de los pantalones y se los quitó antes de arrodillarse en la cama e inclinarse sobre mí, agarrándome por la cintura.

Dejé escapar un gemido antes de que su boca dominara la mía. Sabía salado y olía a sudor, pero sin duda la ducha quedaría para más tarde.

Pude sentir cada matiz de su hambre mientras sus manos recorrían mi cuerpo y sus labios presionaban los míos con intensidad y desesperación. Sus dedos se detuvieron entre el escote de mi fina camisola, y el tejido cedió fácilmente al ser rasgado como si fuera papel.

Me mordió el labio inferior mientras me agarraba los pechos con ambas manos, apretándolos sin reservas.

—Me encanta lo grandes que son. —Los apretó con más fuerza, haciéndome gemir por el ligero dolor.

Solo llevaba una delgada ropa interior, y dudaba que ese lado animal de mi esposo la dejara allí por mucho tiempo.

Todavía había una parte de mí que sentía miedo, pero otra recordaba las buenas sensaciones, todo el calor, y quería experimentar más.

Lorenzo me inclinó hacia atrás y tomó uno de mis pezones en su boca, succionando con fuerza mientras sus manos descendían hasta mi cintura y convertían mi ropa interior en trapos, igual que había hecho con mi camisola.

Pensé que iba a clavarse en mí sin miramientos, pero su boca bajó más, sus dedos se hundieron en mis nalgas y Lorenzo levantó mis caderas hasta que cedí a su boca. Estaba completamente retorcida sobre la cama, tirando y enredando la sábana mientras soltaba un grito agudo mientras su boca, sus dientes, sus labios y su lengua tomaban mi sexo con tal ferocidad que no podía ni pensar con claridad.

—¡Lorenzo!

Me lamió, chupó y mordió de una forma que no me pareció apropiada, pero a mi marido no le importó, siguió metiéndome la lengua y me demostró que sí, que podía hacerlo. Mis instintos se agitaron por completo y lo único que pude hacer fue moverme, echando la cabeza hacia atrás e inclinando aún más mis caderas

contra su boca. Todo mi cuerpo parecía a punto de estallar y pedía más.

Dejé escapar otro grito en una mezcla de placer y dolor cuando me mordisqueó el clítoris. Me perdí en una realidad completamente separada en la que todo daba vueltas y mi cuerpo era arrastrado por las mejores sensaciones.

Casi había llegado cuando me tiró en la cama.

Solté un gruñido de protesta hasta que Lorenzo me tiró de las caderas y me hizo girar, poniéndome boca abajo sobre la cama. Volví a agarrarme a la sábana cuando sus manos volvieron a pesar sobre mi culo, obligándome a levantar las caderas. Como un animal salvaje, me montó y me penetró de un solo y firme empujón.

Hundí la boca en el colchón para no gritar en voz alta. Sentí un poco de dolor con la brusca entrada, pero no fue nada como la primera vez. Sin embargo, a medida que empezó a moverse, fue mejorando y descubrí que podía disfrutarlo de verdad.

Se movió contra mi cuerpo con intensidad, y el choque generó estallidos que llenaron toda la habitación. La entrada de mi vagina estaba dolorida, pero eso no parecía suficiente para amortiguar el placer del contacto. Antes de ese momento, ni siquiera podía imaginar que esto fuera posible.

Lorenzo me apretó el culo aún más fuerte, haciéndome inclinarme aún más hacia delante. Tenía la nariz hundida en el

colchón y me costaba respirar mientras él continuaba.

El éxtasis me hacía estremecer con cada impacto y era como si Lorenzo lo percibiera, porque aumentaba la velocidad, dándome más y más.

Solté otro grito cuando levantó una de sus manos y me abofeteó, haciendo que me ardieran y palpitaran las nalgas, pero no me sacó, siguió empujando.

Pensé que iba a agarrarme de nuevo por la cintura, pero en lugar de eso una de sus manos se dirigió a mi nuca, subió y me agarró del pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás. Sin el colchón era mucho más difícil ocultar mis sonidos y no quería que nadie en la casa nos oyera.

Lorenzo también gemía, demostrando que le gustaba mucho lo que estaba pasando entre los dos.

Sin duda sentiría dolor al día siguiente, pero eso no parecía importante en ese momento.

En medio de su salvajismo, mi cuerpo estalló en un delicioso placer que me hizo desplomarme sobre el colchón, completamente exhausta.

Lorenzo siguió moviéndose dentro de mí hasta que lo sentí explotar y rodó sobre mi lado de la cama, jadeando. Era como si parte de la adrenalina, la frustración y otros sentimientos que le habían estado molestando se hubieran liberado a través del sexo.

—¿Está todo bien ahora? —me atreví a preguntarle.

—No. —La respuesta de Lorenzo fue dura y no lo que esperaba—. Tenemos un gran problema con el que lidiar.

—Lo siento.

—No es culpa tuya.

De hecho, no lo era, pero yo quería tener el poder de hacer algo para ayudar, pero cada vez estaba más claro que no iba a ser tan sencillo. Los problemas de la mafia, que parecían no dejar dormir a mis hermanos, eran aún mayores cuando se trataba de la familia Bellucci.

—Voy a darme una ducha. —Lorenzo se levantó de la cama y se fue a la ducha.

Permanecí quieta, inmóvil, hasta que sentí su líquido recorriendo mis muslos. Me levanté y fui al baño a limpiarme y él no pareció molestarse por mi presencia mientras se bañaba.

Era como si los dos estuviéramos todavía acostumbrándonos a aquel matrimonio. No llevábamos años ni meses de relación, pero no era la primera ni sería la última boda mafiosa que se celebraba en aquella situación.


Lorenzo

# *Capítulo cuarenta y cinco*

Aquella noche dormí junto a Patrícia. Estaba agotado y después del sexo me dormí rápidamente. Sabía que el día siguiente no sería fácil. No podíamos enfrentarnos a los napolitanos bajo las acusaciones de un rumor, pero tampoco debíamos dejarlo pasar como si no pasara nada o las amenazas serían aún mayores y en el próximo ataque alguien de mi familia podría salir realmente herido.

Me levanté antes de que sonara el despertador y saliera el sol. Patrícia se movió en la cama, despertándose ante mi repentino movimiento, y extendí la mano para que se quedara quieta.

—Puedes seguir durmiendo.

—¿Ha pasado algo?

—Quédate aquí. Voy a salir.

—Pero a esta hora... —empezó a preguntar, pero en cuanto sus ojos se encontraron con los míos, desistió.

No dijo ni una palabra más mientras me levantaba y me dirigía al baño. Me eché agua en la cara y me lavé los dientes antes de ponerme uno de mis trajes. Pensé en despertar a Dante para hablar del asunto que probablemente también le preocupaba.

Fui a su habitación, pero la puerta estaba entreabierta y el cuarto vacío. No había señales de él, y me pregunté si habría salido

a buscar respuestas solo. Sin embargo, lo encontré sentado en la silla de su oficina, mirando fijamente al vacío.

—¿Has dormido poco?

—No he pegado un ojo.

—¿Crees que ese tipo podría estar tendiéndonos una trampa? —Saqué una silla de delante de su escritorio y me acomodé en ella.

—¿Y qué sacaría él de eso? A menos que esté trabajando para otra familia que se beneficiaría de un posible enfrentamiento entre nosotros y los napolitanos.

—¿Pero quién?

—Eso es lo que intento averiguar. —Dejó escapar un largo y profundo suspiro mientras sus hombros se hundían, como si pesaran demasiado.

—¿Es posible que haya una disputa interna en su territorio que desconozcamos y que el poder de los Nuvoletta se esté poniendo a prueba y nos estén tendiendo una trampa para hacer el trabajo sucio? —teoricé mientras me rascaba la cabeza pensativo. Seguía pareciendo muy difícil encontrar respuestas a este embrollo.

—Es una posibilidad —Dante tampoco sabía qué pensar.

Oímos que llamaban a la puerta y nos volvimos hacia ella, sorprendidos por el ruido, cuando entró Laís, la madre de Dante.

—¿Ya se han despertado?

—Estamos resolviendo asuntos importantes, mamá —Dante habló con voz más firme, dejando claro que no era el momento para que ella estuviera allí.

—¿Necesitan algo? Tal vez un café.

—No.

—Creo que me gustaría un café, tía. Gracias. —Intenté ser un poco más cordial y ella asintió con una sonrisa, retrocediendo y cerrando la puerta.

Dante me miró con los ojos entrecerrados, pero yo me encogí de hombros, sin importarme su ceño fruncido.

—Tendremos un largo día. El café será muy bienvenido.

—Quizá tengas razón.

—Siempre la tengo. —Le guiñé un ojo con cara de suficiencia.

No era el momento de presumir, ni mucho menos de hacer bromas, pero sentía que la situación era tan tensa que necesitaba alguna forma de aliviarla.

Levantar una acusación de traición contra una familia tan poderosa podría traernos consecuencias inimaginables y sacudir el liderazgo de Dante de una manera que tal vez no pudiéramos reparar. Sin embargo, no era como si nunca hubiera sucedido antes.

Mi primo se giró hacia la ventana, por donde salía el sol, e inspiró profundamente. Imaginé que sus pensamientos podían estar

muy agitados, pensando en formas de hacer y actuar a partir de ese momento, al tiempo que provocaban que la guerra tuviera terribles consecuencias.

—Necesitamos pruebas —dijo después de un largo rato.

—Sí, las necesitamos. Creo que nuestros primos podrían infiltrarse en la casa de los Nuvoletta y otros lugares donde discuten asuntos confidenciales, y colocar micrófonos, cámaras y otras formas de monitoreo.

—Creo que es un buen comienzo.

—Sí.

—Los llamaré. —Saqué mi teléfono móvil.

Aunque todavía no eran las seis de la mañana y los hijos del tío Mateo seguían durmiendo, sabían cómo funcionaban las reglas y que debían estar siempre disponibles para la mafia, fuera cual fuera la situación. Esto era crucial para mantener nuestro negocio.

Llamé primero a Ettore y tardó un rato en contestar, con la voz entrecortada por el sueño.

—¿Qué pasa, Lorenzo?

—Te necesito ahora en la mansión.

—Son las 5.40 de la mañana.

—Nuestros problemas actuales no pueden esperar a tu sueño reparador. ¿O prefieres hacer algo cuando una de esas bombas

explote aquí o en tu casa?

—Voy para allá.

—Estupendo. —Desconecté la llamada sin darle demasiadas vueltas. Esperaría a que estuvieran todos antes de hablar de ello.

En cuanto dejé de hablar con Ettore, la segunda llamada fue para Giovane. Tardó un poco menos en contestar.

—Te necesito en la mansión.

—Ahí voy.

—¿No estabas dormido?

—Amigo, tienes que probar el nuevo juego de... —Empezó, pero no le dejé terminar la frase. Teníamos que enfrentarnos a la vida real y era mucho más amenazadora y peligrosa que un videojuego.

—Te esperamos aquí.

—De acuerdo, voy para allá.

Colgué en cuanto la tía Laís volvió a llamar a la puerta del despacho. Esta vez venía acompañada de dos tazas de café humeantes.

—Gracias, tía —dije tomando uno de ellos.

—En absoluto, querido. Si necesitas algo más, solo pídelo.

—De acuerdo.

Dante se limitó a asentir a su madre antes de que ella saliera de la habitación, dejándonos solos de nuevo.

—Solo intenta ser útil.

—Lo sé, pero en este momento lo único que quiero es una respuesta clara sobre a quién nos enfrentamos.

—Lo conseguiremos, Dante —intenté ser optimista.

—Espero que sea rápido.

—Yo también.

Bebí mi café con calma, comiendo algunas galletas de nata que estaban en la bandeja. Ese fue el tiempo suficiente para que Ettore y Giovane llegaran.

—Estamos aquí, jefe. —El más joven de nosotros hizo un saludo militar.

—¿Qué necesitas? —preguntó Ettore mientras soltaba un largo bostezo. Estaba claro que aún no se había despertado del todo. Pensé en preguntarle a qué hora se había ido a la cama, pero eso no era algo de lo que tuviera que preocuparme por el momento, siempre y cuando pudiera hacer el trabajo que necesitábamos.

—Queremos que se infiltren entre los napolitanos, que revisen correos electrónicos, llamadas telefónicas, cualquier forma de contacto o acción sospechosa. Sería genial si pudieran espiarlos con

un micrófono o algo similar. No sé cómo lo harán, pero estoy seguro de que pueden hacerlo.

—Solo necesito un número de teléfono —Giovane no tardó en responder, lo que nos animó a Dante y a mí.

—¡Qué bien! ¿Puedes ver los mensajes y las últimas llamadas?

—Y no solo eso. —La sonrisa de Giovane se ensanchó, convencido—. Puedo monitorear el micrófono y la cámara del dispositivo.

—¿Sin ser detectado?

—No soy un aficionado, primo.

—Perfecto. ¡Hazlo!

—¿Con Ángelo Nuvoletta?

—Él y todos los principales hombres de la familia. Quiero toda la información posible antes de decidir cómo vamos a actuar ante la amenaza —aclaró Dante. Era muy consciente de que no podíamos dejar pasar nada.

—Déjalo en mis manos.

—¿Y yo qué hago? —Ettore quería saber.

—Ayuda a tu hermano —le contesté.

—Giovane puede hacer eso con los ojos cerrados —mi primo soltó una risita, confiado.

—Entonces, asegúrate de que sea cierto.

—No hay problema.

—Vuelvan aquí en cuanto tengan algo para nosotros. Una información que incrimine o exculpe a los Nuvoletta de esta acusación.

—También sería bueno vigilar a las familias que compiten con ellos por el poder y el territorio —sugirió Ettore.

—Hazlo.

Mi primo asintió y, acompañado de su hermano, salió del despacho.

—¿Crees que lo conseguirán? —me preguntó Dante, aún no muy convencido de nuestro plan.

—Con los ojos cerrados. —Sonreí, tratando de tranquilizarlo.

—Realmente espero que tengas razón.

Ninguno de los dos quería que nuestro reinado en Roma llegara a su fin y estaba seguro de que, al igual que nosotros dos, todos los miembros de nuestra familia harían todo lo posible para que todo siguiera exactamente igual.



Patricia

# *Capítulo cuarenta y seis*

Estaba cansada y acabé quedándome dormida después de que Lorenzo saliera de la habitación. Cuando me desperté, esperaba que volviera a la cama, pero no lo hizo. Supuse que ocurría algo muy preocupante para sacarle de la cama tan pronto, pero estaba claro que no podía hacer nada.

Había asumido desde el principio que pasaría por muchas dificultades durante el comienzo de ese matrimonio, pero esa preocupación no estaba en mi lista. Apenas nos habíamos casado y no quería quedarme viuda.

Era obvio que me preocupaba por cada uno de mis hermanos y que los quería, pero parecía que con Lorenzo el miedo a que la situación se me fuera de las manos era aún mayor.

*¿Y si estaba herido? O peor...*

Tragué saliva, intentando no pensar en ello ni en las posibles consecuencias que le esperaban a un mafioso.

Me levanté, aún desnuda, y sentí que me dolían mis partes íntimas mientras caminaba hacia el baño. Miré hacia atrás y vi lo que quedaba de mis bragas y mi camisón de la noche anterior y me pregunté si esta noche él volvería a arrancarme la ropa.

Extrañamente, me gustó el hecho de estar dolorida y recordé con claridad lo que había sucedido ayer, cuando Lorenzo había vuelto por fin a la habitación después de un día fuera.

Estábamos recién casados y por fin empezaba a entender la dinámica de una pareja, o lo que funcionaría para los dos. Por mucho que las mujeres hubieran ganado mucho terreno en la sociedad moderna, nada había cambiado mucho en la mafia en el último siglo. No trabajábamos, cuidábamos de nuestros hijos y rezábamos para que nuestros maridos volvieran a casa.

Me preparé para salir de la habitación, poniéndome ropa limpia y peinándome. Tenía hambre y no veía la hora de sentarme a tomar un buen desayuno. Después podría volver a mi habitación y hacer las clases que tenía pendientes. No sabía cómo iba a aprobar los exámenes si ya no estaba en Venecia, pero pensé que si hablaba con la administración del curso, podrían encontrar la manera.

El curso de historia siempre había sido un pasatiempo para mí y una forma de ocupar mi tiempo, y creía que no iba a ser diferente.

En cuanto salí al pasillo, me sorprendió ver a Lorenzo saliendo por una de las puertas.

—Hola... —Murmuré, torpemente.

—Hola.

—Pensé que te habías ido.

—Estaba resolviendo algunas cosas aquí.

—¡Qué bien!

—¿Bien? —Enarcó sus gruesas cejas, como si no estuviera totalmente de acuerdo con lo que yo había dicho.

—Que estás resolviendo.

—¡Ah! Pronto lo veremos.

—Espero que todo salga bien.

—Yo también. —Me sonrió de una manera que me calentó el corazón—. ¿Adónde ibas? —quiso saber.

—A desayunar.

—No irás ahora, irás en un momento.

—¿Por qué? —Ni siquiera terminé de formular la pregunta antes de que él me rodeara con su brazo y me arrastrara de regreso al cuarto.

Cuando Lorenzo cerró la puerta, sentí un escalofrío.

—Es de día —suelto con voz temblorosa.

—¿Y cuál es el problema? —Su mirada depredadora me produjo escalofríos y, al mismo tiempo, me hizo palpitar los muslos —. ¡Arrodíllate! —ordenó.

—¿Arrodillarme? —repetí, tratando de entender qué podía querer.

—Sí. Voy a enseñarte algo que me gusta.

Asentí con la cabeza. Me arrodillé frente a él y mi corazón se aceleró cuando sus ojos se cruzaron con los míos. Lorenzo me pasó la mano por la cara y me echó el pelo hacia atrás antes de bajarse la cremallera de los pantalones.

Abrí los ojos con una mezcla de sorpresa y asombro cuando se metió la mano en los pantalones y sacó su miembro.

—Lorenzo...

—Shhh... —Con su mano libre, puso su dedo sobre sus labios —. Sujétamela con ambas manos.

—Pero...

—¡Agárrame!

Cumplí su orden, envolviendo con mis dedos su rígido miembro y este palpitó en mi mano. Me sonrojé al sentir su textura, así como las venas que brotaban de su rígido pene. Lorenzo soltó una risita que me demostró que eso era exactamente lo que quería.

—Abre la boca, esposa. —Me pasó el pulgar por los labios y los separé lentamente.

Mi marido se inclinó hacia delante y frotó la suave punta de su miembro contra mis labios. Yo estaba completamente asombrada, con los ojos muy abiertos y las piernas un poco temblorosas, pero al mismo tiempo mi curiosidad me mantenía quieta.

—¡Ábrete más! —ordenó, empujándose sobre mi lengua—. Cuidado con los dientes.

No podía decir nada porque se había metido en mi boca. Me sorprendió lo mucho que empecé a salivar por tenerlo allí.

Lorenzo dejó de sujetarme la cara y me agarró del pelo, con firmeza y demostrando lo fuerte que era.

—Ahora quiero que me la chupes. Aprieta esa boquita tuya alrededor de mi verga y chúpamela. —Empujó mi cabeza hacia delante, haciendo que se deslizara más hasta tocar mi garganta.

Quería gemir su nombre, pero era imposible.

Mis dedos agarraron con más fuerza la base de su pene y seguí sus instrucciones, chupando lentamente.

—Más fuerte —me ordenó, y cuando empezó a gemir, supe que iba por buen camino para darle exactamente lo que quería—. ¡Ya está!

Mi boca se humedeció aún más y las palpitaciones entre mis muslos aumentaron mientras movía la cabeza a lo largo de su longitud.

Estaba frotándome los muslos cuando tiró de mi cabeza hacia atrás, haciéndome parar.

—¿He hecho algo mal?

—No. —Sonrió—. Lo has hecho bien. Lo harás aún mejor con la práctica, pero no solo quiero penetrarte la boca. Súbete a la cama y quítate ese short.

Mi intimidad latía tanto que no lo pensé dos veces antes de cumplir su orden. Bajé el cierre de mi short y lo dejé caer al suelo, pero antes de quitarme la ropa interior, Lorenzo sacudió la cabeza en señal de que no lo hiciera.

—Déjala puesta.

No le llevé la contraria, pero empecé a pensar que pronto tendría que comprarme unas nuevas si rompía las mías cada vez que practicábamos sexo.

Me empujó hacia la cama y tiró de mi cintura hasta que mis caderas quedaron al borde del colchón. Una de sus manos bajó hasta mi ropa interior, y me preparé para que la rompiera, pero en lugar de eso, solo la apartó y frotó la punta de su miembro en mi entrada, haciendo que me retorciera en la cama y dejara escapar un pequeño gemido.

Se humedeció los labios antes de inclinarse y entrar en mí de golpe.

Me agarré a sus hombros mientras él apoyaba ambas manos en la cama y empezaba a moverse. No se lo tomó con calma y chocó su cuerpo contra el mío con cada movimiento, provocando una

oleada de espasmos con el impacto, que empezaron en mi clítoris y se irradiaron por cada parte de mí.

Con una mano, agarró mi muslo y aumentó aún más la intensidad. Lo abracé por el cuello, completamente envuelta en los espasmos hasta que lo sentí derramar su líquido dentro de mí. Mientras me llenaba con su semen, Lorenzo continuó moviéndose, y yo no quería que se detuviera. Cuanto más lo hacíamos, mejor se volvía.

Estaba a punto de llegar al clímax, temblando, cuando él detuvo el vaivén, exhausto.

—No... —gemí.

—Quieres más, ¿verdad? —Se rió.

—Un poco más... —Jadeé de necesidad.

Lorenzo se recostó en la cama y me tocó donde sentía más placer. No necesitó estimularme mucho para que cada parte de mí fuera arrastrada por esa profunda e intensa sensación de placer.

Él se inclinó para mordisquear mi labio antes de apartarse y entrar en el baño. Pasó un tiempo allí antes de dejar la habitación, mientras yo me quedaba sumida en un profundo letargo.


Lorenzo

# *Capítulo cuarenta y siete*

Caminé por el pasillo, pero antes de llegar a la oficina de Dante, nos cruzamos en el corredor.

—¿Todavía puede sentarse tu mujer? —se burló.

—Por el momento, sí. —Me reí.

Tenía la intención de esperar a que Patricia se acostumbrara al sexo vaginal antes de intentar algo más, pero su culo no se iba a escapar de mí. Estaba dispuesto a disfrutar cada parte del hermoso y joven cuerpo de mi esposa.

—Recuerda que necesitas estar entero para el problema al que nos enfrentamos.

—¿Qué mejor manera de renovar tu energía que un buen polvo? Quizá lo necesites.

—Seguro que por eso te casaste.

—Me conoces bien.

—Vayamos al grano, Giovane me envió un mensaje.

—¿Qué ha dicho? —Adopté un tono serio al entrar en el despacho.

—Consiguió infiltrarse en los teléfonos móviles.

—¿Tiene alguna información para nosotros?

—Aún no, pero es cuestión de tiempo.

—Espero que no demasiado.

Antes de que pudiera continuar la conversación con mi primo, mi móvil empezó a sonar y esperaba que fuera algo de Ettore o Giovane, pero era el número de Thiago.

—¡Hola!

—Hola, hermanito.

—¿Qué pasa, Thiago?

—¿Tienes algo para mí? ¿Puedo acabar con el bombardero aquí?

—Se supone que solo debes vigilarlo, no matarlo. —Suspiré.

—Me estoy aburriendo.

—Por ahora este tipo es el único testigo que tenemos, si lo matas volveremos a la oscuridad. Contrólate y busca otra forma de pasar el tiempo. ¿Has pensado en instalar juegos en tu móvil?

—¿Hablas en serio?

—Giovane puede divertirse así.

—Tiene que ser una broma.

—Broma o no, mantén al hombre vivo. ¿Escuchaste bien?

—De acuerdo. Seguirá entero.

—Mejor así. ¿Por qué no lo dejas con nuestros soldados y almuerzas con tu esposa? Seguro que a Juliana y a los niños les gustará.

—Piensas más en la familia ahora que está casado.

—Puede ser, también te pasó a ti.

—Tienes razón, pero quiero quedarme aquí y ser útil.

—No servirá de nada matar a la única pista que tenemos.

—Lo entiendo. Seguirá vivo. Avísame si algo cambia o si consigues alguna información.

—De acuerdo.

—Hasta luego.

Volví a guardarme el móvil en el bolsillo y Dante se giró hacia mí.

—¿No me digas que Thiago mató al tipo?

—Todavía no, pero se le está acabando la paciencia.

—Sácalo de ahí.

—Le dije que se fuera a su casa a comer con su familia.

—Mejor.

—No va a matar al tipo sin nuestra orden.

—Conoces bien a tu hermano.

Simplemente asentí, obligado a estar de acuerdo. De los tres, Thiago siempre había sido el más impulsivo y sanguinario, pero todavía confiaba en que no pondría en riesgo toda nuestra misión por un simple capricho.



Patricia

# *Capítulo cuarenta y ocho*

Bajé a desayunar y no volví a ver a Lorenzo, aunque sabía que estaba en el despacho con su primo. Mientras él siguiera dentro de la mansión, era una buena razón para quedarme tranquila, al menos estaría a salvo.

—Buenos días, Patricia. —Me encontré con la madre del Don en el salón y me dedicó una sonrisa amistosa.

—Buenos días, señora.

—Puedes llamarme tía Laís.

—Gracias.

Su sonrisa se ensanchó y me hizo sentir aún más bienvenida. Las mujeres de aquella casa me acogieron muy bien y eso fue un motivo para alegrarme aún más, porque sería mucho más difícil si fuera al revés.

Entré en el comedor y solo vi a mi suegro. No me dirigió la palabra, solo me saludó con la cabeza. Yo hice lo mismo y me senté a comer. Aquella mañana me moría de hambre y no me conformé con una rebanada de pan y un vaso de leche, como de costumbre, pero también procuré no comer demasiado porque no quería llamar la atención.

Se levantó y se marchó cuando su hermano apareció en la puerta, dejándome sola.

Comí otra rebanada de pastel, bebí el resto de mi jugo de naranja de un solo trago, y dejé el comedor con la sensación de haber sido la última en terminar. No quería darles motivos para enfadarse conmigo, pero no parecía ser costumbre que todos comieran al mismo tiempo.

Teniendo en cuenta la confusión a la que parecía enfrentarse Lorenzo, no iba a ser fácil de todos modos.

Volví al salón, donde mi suegra estaba hablando con Laís y se levantó del sofá en cuanto me vio.

—Patrícia, te estaba buscando.

—¿Pasa algo? —Me alarmé.

—No, querida, pero ¿puedes acompañarme?

Asentí con la cabeza mientras me ponía un poco tensa, porque no sabía lo que iba a pasar.

La seguí en silencio hasta la puerta de su cuarto, el que compartía con su esposo. Tatiana me hizo un gesto para que esperara en el pasillo y volvió unos instantes después.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. —Esbocé una media sonrisa, sin saber hasta dónde podía llegar la conversación.

—Sé que el comienzo de un matrimonio puede ser difícil, sobre todo el proceso de adaptación. He estado en una situación aún más complicada que la tuya y sé muy bien cómo te puedes estar sintiendo.

—Pienso un poco en mi casa, extraño mi rutina, los empleados y a mis hermanos, pero nada que me deprima.

—Esa es una muy buena noticia. A veces hace bien llamar a casa.

—Lo recordaré.

—Sí.

—Sabes que si quieres hablar de cualquier cosa, estoy aquí.

—Te lo agradezco. —Mi sonrisa se amplió.

—No hay de qué. —Acarició mi hombro en un gesto cariñoso —. Sé que necesitarás mi ayuda cuando los hijos de Lorenzo empiecen a llegar. Si él es como su padre y sus hermanos, no tardará mucho. —Soltó una risita y yo me sentí completamente incómoda ante el comentario.

Por mucho que viviéramos como marido y mujer, el sexo seguía siendo un tema del que no estaba acostumbrada a hablar con nadie y me incomodaba un poco.

—Tendrás un buen matrimonio.

Asentí con la cabeza.

Creía que íbamos por buen camino, aunque aún éramos dos extraños conociéndonos. Me sentía feliz cuando él estaba cerca, y eso ya debería ser un buen indicativo.

—Si necesitas algo, llámame.

—Muchas gracias.

Tatiane se apartó de mí y yo continué por el pasillo hasta que volví a mi habitación con Lorenzo. Busqué mi bolso y me costó encontrarlo, porque lo había dejado en el armario. Mi móvil estaba casi sin batería y lo enchufé antes de enviar un mensaje a Luigi mientras me acomodaba en la cama.

Patricia:

¿Cómo va todo por allí?

Luigi:

Hola, hermanita. Estaba pensando en llamarte, pero no quería interrumpir nada.

Andrea dijo que Bellucci podría intentar matarme por interrumpirlo.

Patricia:

Nuestro hermano nunca ha tenido muy buen sentido del humor.

Luigi:

En absoluto.

Pero, ¿y tú? ¿Qué tal la vida de casada?

Patricia:

Me estoy adaptando.

Luigi:

No está siendo grosero o violento contigo, ¿verdad?

Porque si es así, ¡déjamelo a mí!

Patricia:

No es como si pudieras hacer algo, jaja.

Luigi:

Él tiene que respetarte.

Patricia:

Todo va bien.

Luigi:

¿Segura?

Me quedé mirando el mensaje mientras pensaba en cómo responderle. Lorenzo tenía un carácter más brusco y un toque más fuerte, pero sería mentira decir que no lo estaba disfrutando. Sin embargo, tampoco quería entrar en esos detalles con mi hermano. No compartíamos intimidades antes y no iba a empezar en ese momento.

Lo que realmente me preocupaba era la tensión de Lorenzo, pero aparte de que no sabía muy bien lo que pasaba, no me parecía oportuno hablar de ello con mi familia, ya que era asunto de los Bellucci.

Patricia:

Sí, me gusta.

Echo de menos mi hogar y sigo siendo una visitante extraña aquí, pero creo que esta sensación tardará un tiempo en pasar.

Luigi:

Es un periodo de adaptación.

Patricia:

Lo que todo el mundo dice, pero se honesto, Luigi, no tengo más remedio que hacer que este matrimonio funcione. El divorcio no es aceptado en la Iglesia Católica o en la Mafia.

Luigi:

¿Estabas pensando en ello?

Patricia:

No. Solo recordando lo básico.

Luigi:

Quiero que sepas que seguimos aquí para ti, aunque no estemos tan cerca.

Patricia:

Gracias.

Luigi:

Si me necesitas a mí o a los demás, llámame.

Patricia:

De acuerdo.

Luigi:

Pareces estar bien.

Patricia:

Podría ser peor, jaja.

Luigi:

¿Está siendo amable contigo?

Patricia:

Depende de tu definición de amable.

Luigi:

Ah, bastardo, lo voy a castrar.

Patricia:

¡No exageres!

Luigi:

Si te hizo daño…

Patricia:

No me ha hecho daño. Yo estoy bien.

Luigi:

Más le vale.

Patricia:

Gracias por preocuparte.

Luigi:

Siempre.

Patricia:

Envía un abrazo a los demás de mi parte.

Luigi:

Lo haré.

Ese matrimonio era muy beneficioso para mi familia; no había marcha atrás, y para ser honesta, ni siquiera quería. Creía que con el tiempo todo encajaría y Lorenzo y yo seríamos felices a nuestra manera.

No debería juzgarme por ser optimista, porque pensaba que nadie entraba en un matrimonio esperando que fallara ni pensando en las posibilidades de escapar de él.

Me gustaba tener a Lorenzo cerca, tocándome, apretándome... Me sonrojé de nuevo mientras mi mente se llenaba de pensamientos pecaminosos.

Volví a pensar en lo que había dicho su madre, que pronto tendríamos a nuestros hijos, y me encontré acariciándome el vientre y pensando en ello.


Lorenzo

# *Capítulo cuarenta y nueve*

Dante contestó al teléfono. Era una llamada de Giovane. Se revolvió en el sillón y puso el móvil en altavoz, encima de la mesa de madera oscura.

—¿Qué tienes para mí?

—Tengo algo que tal vez no es lo que querían escuchar. —La voz de Giovane resonó al otro lado de la línea.

—Ve al grano —exigí mientras me acercaba y me inclinaba sobre el escritorio, mirando fijamente el auricular del teléfono.

—Será mejor que escuches. ¿Puedo reproducirlo?

—¡Hazlo! —Dante apenas le dejó terminar de hablar.

—De acuerdo.

La sala quedó en silencio un momento, hasta que el simple crujido de la línea dio paso a una voz grabada.

*—Los malditos Bellucci parecen cucarachas.*

*—No es de extrañar que lleven tanto tiempo en el poder.*

*—Debe haber una forma de acabar con ellos.*

*—Nuestros asesinos y las bombas no funcionaron.*

—¡Malditos sean! —gritó Dante, golpeando el escritorio con tanta fuerza que el celular saltó con el impacto.

Mi primo estaba furioso, pero no era el único.

Habíamos mantenido una estructura de poder bien establecida durante mucho tiempo, y siempre nos enfurecía descubrir que alguien estaba intentando actuar en contra de eso, en contra de nosotros.

—Creo que es suficiente para saber que el tipo de las bombas no se equivocaba —comentó Giovane, deteniendo la grabación.

—¿Eso es todo lo que tienes? —Dante quería saber.

—No. Después de eso empezaron a discutir un nuevo plan.

—Quiero que vigiles y sigas todos sus movimientos, especialmente sus planes para actuar contra nosotros. También espero que averigües el motivo, antes de que tenga que arrancarle la lengua a uno de ellos.

—Déjamelo a mí, jefe.

—Mantenme informado.

—Siempre.

Giovane colgó la llamada y Dante y yo nos miramos.

—Realmente no me lo esperaba.

—Tenemos que estar preparados para todo —repetí una frase que nuestros padres nos habían dicho una y otra vez cuando éramos niños.

—Sí.

—Creo que el motivo es el de siempre —arriesgué un comentario que creía estaba muy cerca de la verdad.

—Más poder.

—Exactamente.

—Nadie llega tan lejos si no es por eso.

—Se arrepentirán de esta decisión.

—Nos aseguraremos de que así sea.



Patricia

# *Capítulo cincuenta*

Durante los días siguientes, Lorenzo prácticamente desapareció de casa. Ni siquiera se iba a dormir, lo que me angustiaba. Cada vez estaba más segura de que aquello era lo peor y de que quizá nunca me acostumbraría.

Sabía que estaba en una misión y la falta de malas noticias debería haber bastado para dejar de preocuparme tanto, pero era difícil dejarlo pasar. Los demás en la casa seguían como si fuera un día cualquiera, pero yo no podía actuar de la misma manera.

—¿Me pasas el salero? —Estaba demasiado distraída para prestar atención a quien me hablaba.

—¡Patricia! —me llamó mi suegra y parpadeé como si hubiera salido de un trance.

—Discúlpame. —Le tendí el salero a la persona de mi derecha y la abuela de Lorenzo me dio un toque en el hombro izquierdo—. Perdone. —Se lo tendí.

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó y yo no sabía si debía compartir mis tormentos.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé. —La amable abuela fue sincera conmigo, pero eso no bastó para aliviar el dolor de mi corazón.

—¿Qué te parece si salimos más tarde? —sugirió mi suegra, tratando de animarme un poco.

—¿Salir? —Me sorprendió.

—Creo que necesitas ropa nueva y sería una oportunidad para ver un poco de Roma.

—Sí, me gustaría.

—¡Va a ser genial! —animó la señora Rosimeire.

Sonreí a las dos. Por muy buena idea que fuera para distraerme, creía que no podría relajarme de verdad hasta que Lorenzo estuviera de vuelta e ileso.


Lorenzo

# *Capítulo cincuenta y uno*

—Son dos semanas de escuchas —Giovane caminaba de un lado a otro de la sala de reuniones del edificio de la empresa, mientras los demás nos sentábamos alrededor de la mesa ovalada de madera.

Incluso mi padre y mis tíos estaban allí. Dada la magnitud de nuestro problema, no había forma de que pudiéramos mantener la situación en secreto.

No era la primera vez que nuestra familia era blanco de los propios italianos, teníamos una historia, sobre todo en relación con los sicilianos, que se había suavizado con el matrimonio de mis padres. Podíamos decir que vivíamos una época de paz, al menos entre nosotros, pero eso no significaba que fuera a ser así para siempre.

Mientras Giovane me mostraba las cintas de audio, que ya había analizado cientos de veces, mi mirada vagaba, perdiéndose en la cristalera y yendo más allá del cielo.

Todos estaban tensos, especialmente Dante. Era terrible para mi primo enfrentarse a una disputa interna en su primer año como jefe. Sin embargo, había una cosa que el tío Marco había dicho que me dejó pensando. La forma en que mi primo manejara la situación,

especialmente frente a los demás *capi,* determinaría cómo sería visto por los demás a lo largo de su mandato.

Los napolitanos no podían escapar sin castigo o realmente seríamos vistos como débiles.

—Muy bien, basta ya, Giovane. —Thiago se inclinó hacia delante, cortando al más joven, que seguía explicando lo que había hecho para conseguir toda aquella información—. Vayamos directamente al grano, ¿qué vamos a hacer con estos tipos?

—Tenemos un cargamento que debe llegar al puerto hoy. Planean robar la carga para desestabilizar nuestras entregas. Mi idea para detenerlos es cambiar el lugar o la fecha.

—Espera. —Mi padre atrajo la atención de todos—. ¿Cómo saben la fecha de nuestra entrega?

—Probablemente tengan información privilegiada.

—¿Probablemente? —Mi padre no estaba contento con la respuesta—. Si tenemos un traidor entre nosotros, quiero un nombre, Giovane.

—¡Por supuesto, tío! —Mi primo tragó saliva—. Voy a averiguarlo.

—Y que sea pronto.

—Convertiremos esta entrega en una trampa —decidió Dante —. Lorenzo, retrasa la entrega verdadera un día. Podemos manejar

esa ventana, pero que nadie fuera de esta sala se entere.

Asentí con la cabeza.

—¿Y qué haremos con los napolitanos? —quería saber Thiago.

—Preparamos una entrega falsa.

—Yo puedo ocuparme de eso. —Giovane sonrió—. Si te gustan las bombas, sé qué hacer.

—Los quiero vivos —dijo Dante, antes de que mi primo pudiera empezar a teorizar sobre lo que iba a hacer.

—De acuerdo.

—Cambia la droga por otra cosa, harina por ejemplo. Tenemos solo unas horas para organizar todo y asegurarnos de que caigan.

—Como quiera, jefe —dijo Giovane.

Teníamos que hacer frente a la situación, por desagradable que fuera. Esperaba que el destino de los napolitanos fuera suficiente para servir de ejemplo a las demás familias mafiosas sobre el error de intentar cruzarse en nuestro camino. Perder su poder sobre Nápoles solo sería el primer paso.



Patricia

# *Capítulo cincuenta y dos*

Los hombres habían desaparecido de la mansión. Eso me bastó para estar segura de que se enfrentaban a algo grande y peligroso. Ninguna de las mujeres dijo nada, seguían con sus vidas como si no ocurriera nada fuera de lo normal, pero yo notaba su tensión.

Estaban preocupadas, igual que yo. Todas querían que sus maridos e hijos volvieran a casa sanos y salvos.

Aparte de algunos rasguños y puntos, mis hermanos no estaban realmente heridos. No tenía motivos para que cundiera el pánico, pero no era fácil de sobrellevar.

Era demasiado joven para ser viuda.

Ese día en concreto, me dolían los pechos más que nunca. Una molestia que hacía incómodo incluso el sujetador. Era habitual que mis pechos se sintieran hinchados en la época de la regla, pero aún no me había llegado. Tal vez me llegaría durante el día o a la mañana siguiente. De hecho, sería un alivio estar menstruando en estos días en que Lorenzo prácticamente había desaparecido de nuestra cama.

Me sorprendió lo mucho que lo echaba de menos. Mis sentimientos habían crecido y se habían hecho fuertes en muy poco

tiempo. No había imaginado que pudiera albergar todo eso por él, pero estaba bien.

Dejé a un lado el libro sobre la Segunda Guerra Mundial que estaba leyendo y empecé a divagar, perdida en mis propios pensamientos y preocupaciones sobre mi marido.

—¿Estás bien, cariño? —Me sorprendí cuando Tatiane se me acercó.

Me limité a afirmar con la cabeza. Era horrible lidiar con ese vacío dejado por Lorenzo, pero no tenía elección y Tatiane probablemente lo entendía muy bien, habiendo estado en una situación similar con su propio marido.

—Pareces diferente.

—Estoy bien. —Sonreí.

—Qué bueno. Este libro parece interesante.

—Es una ficción histórica que sigue a un soldado en las trincheras.

—Debe ser terrible.

—Entiendo un poco su angustia.

—¿Por qué? ¿Crees que le ocurre algo parecido?

—La tensión de no saber qué va a pasar.

—¿Contigo?

—No, con Lorenzo. —Tragué saliva al admitirlo.

—Lorenzo estará bien, cariño.

—Eso espero.

—Todas lo esperamos. —Forzó una sonrisa, y me di cuenta de que ella también compartía mi miedo, solo quería que me sintiera mejor—. Aparte de eso, ¿está todo bien?

—Creo que estoy demasiado sensible, probablemente debido al síndrome premenstrual.

—¿Segura que es el síndrome premenstrual? —dijo en tono juguetón.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Quizás ya estés esperando un bebé...

—¿Pero ya? —Me puse la mano en el estómago, acariciándolo.

Lorenzo y yo llevábamos la vida de una pareja normal y practicábamos sexo constantemente mientras él paraba en casa, pero solo había pasado poco más de un mes desde nuestra boda y sería natural que tomara más tiempo.

—Es posible. ¿Cuánto falta para tu menstruación?

—Se suponía que bajaría ayer.

—¡Ah! Ya llevas un día de retraso. —Su sonrisa se amplió.

—Sí, pero un día es normal, ¿no? Más aún desde que me mudé de casa...

—Podemos hacer un test de embarazo y averiguarlo —dijo otra voz, haciéndome saltar del sofá.

Me sobresalté y me giré en la dirección de quien había hablado, viendo que Laís estaba en la habitación. Había estado tan distraída que había olvidado que la madre del Don estaba allí.

—¿Crees que debería hacerlo ya? —Sentí un poco de esperanza.

—Los tests son cada vez más modernos.

—Sería una buena confirmación. —Cuando la señora Rosi se unió a la conversación, mis mejillas se pusieron completamente rojas.

Olvidé por un momento la tensión que vivía cuando Lorenzo no llegaba a casa y estaba rodeada de las mujeres de la familia, que parecían aún más ansiosas que yo por la posibilidad de mi embarazo.

—Va a ser genial tener un bebé en esta casa. —Laís suspiró —. Todos se han mudado y se han llevado a los niños, pero Lorenzo seguirá aquí, ¿verdad, Tatiane?

—Él no ha dicho nada.

—Tiene que estar cerca de mi hijo, es su mano derecha, y esta casa es el hogar del jefe de nuestra familia.

Ambas se giraron hacia mí, y yo asentí con la cabeza, un poco confundida.

—No sé...

—Están asustando a la niña. —Rosimeire alejó a las dos, dejándome respirar un poco—. Los dos ya tienen nietos.

—Pero no viven con nosotros. —Laís resopló—. Mis hijas están lejos...

—Ese nieto será mío. —Tatiane hinchó el pecho—. Tendrás que esperar a que Dante tenga hijos.

—Teniendo en cuenta la novia que ha elegido mi hijo, aún pasarán algunos años.

—Ya no es mi problema. —Tatiane se encogió de hombros.

Rosimeire carraspeó con fuerza, controlando a las dos.

—Perdón, suegra —dijeron al unísono.

—¿Y si no estoy embarazada? —dejé escapar un poco tensa. No quería hacerme ilusiones y acabar frustrada por ello.

—No te preocupes. —La abuela de Lorenzo sonrió y me acarició el hombro—. Eres joven y aún tendrás tiempo de tener hijos.

—Sí. —Mi suegra sonrió.

—¿Alguna de ustedes tiene una prueba? —quería saber Laís.

Tatiane cerró la cara y negó.

—Pediré a uno de los soldados que vaya a una de las farmacias y lo compre discretamente —advirtió Rosimeire—. No será la primera vez que una de mis nietas necesite uno.

Pensé que era mejor no hacer preguntas, pero parecía que la abuela podría haber ayudado a muchas de las chicas Bellucci a enterarse de sus embarazos. Teniendo en cuenta que todas sus nietas ya estaban casadas y tenían hijos, no era tan sorprendente.

—¿Me acompañas, querida? —Extendió la mano para dar soporte a Laís—. Mis piernas ya no están tan bien como antes.

No sabía exactamente qué edad tenía la mujer, pero teniendo en cuenta la edad de sus hijos era posible que tuviera al menos ochenta años. Por desgracia, no tuve la oportunidad de vivir con mis abuelos y mis padres se marcharon cuando yo era muy pequeña, así que era bueno contar con la experiencia y la orientación de las mujeres mayores de la casa. Echaba de menos esa presencia, aunque sabía que podían volverme loca con mi bebé.

—¿Será que realmente estoy embarazada? —pensé en voz alta.

—Esperemos a la prueba. —Tatiane me acarició el hombro—. Pero nuestra familia suele ser muy fértil. Si no ocurre ahora, seguro que llegará en los próximos meses. Eres joven y sana.

—Podría ser...

—Será estupendo que una nueva generación ocupe esta casa. El llanto de un niño y pañales sucios.

—No se ve tan bien. —Reí.

—Es la parte más cansadora, pero sin duda la que también echo de menos. Una vez que han crecido y se han convertido en adultos, no hay mucho más que hacer excepto esperar que estén bien y sean felices.

Tragué saliva y volví a recordar lo preocupada que había estado por Lorenzo.

—¿Incluso con Manuela? —pregunté, imaginando que el cuidado de una niña podía ser menor.

—Puede parecer más fácil con las mujeres, pero definitivamente no lo es. Mi hija fue entregada en un matrimonio concertado para trasladarse al otro lado del océano. No es fácil para mí no estar cerca de mi pequeña, por muy fuerte que sepa que es. Solo la veo a ella y a mis nietos unas pocas veces al año. Manu también tuvo que acostumbrarse a un lugar y a un idioma diferentes.

—Entiendo.

Estoy segura de que para mi cuñada debió de ser aún más duro que para mí. Por mucho que a menudo me encontrara pensando en mis hermanos, preguntándome cómo estarían o incluso añorando despertarme y mirar el mar cada mañana, la familia de Lorenzo me había acogido con los brazos abiertos. Me trataban como a una princesa y me daban todos los lujos que debería recibir alguien casada con el *consigliere* de la mafia. El hecho de vivir en una jaula de oro, sin poder salir sola ni aventurarme en el mundo no era nada nuevo; desde niña había aprendido los riesgos de ser quien era y la necesidad de protegerme.


Lorenzo

# *Capítulo cincuenta y tres*

—Giovane, ¿me oyes? —Toqué el auricular en mi oído para asegurarme de que la comunicación proporcionada por mis primos estuviera funcionando como debía.

—¡Afirmativo!

—¿Cómo está la visión de la zona?

—Tengo ocho drones bien posicionados con visión infrarroja y ningún punto ciego.

—¿No pueden sorprendernos desde ninguna dirección?

—Incluso pueden brotar del suelo y lo sabré. Las cámaras están configuradas con detectores de calor y movimiento.

—Eso está bien. No podemos tener sorpresas.

—¡Déjamelo a mí!

Ajusté mi traje en el asiento trasero del vehículo en el que estábamos y me giré hacia Dante.

—¿Está todo listo? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Pues vámonos. —Se inclinó para abrir la puerta del coche, pero estiré la mano para detenerlo.

—Creo que es mejor que te quedes aquí.

—¿Por qué?

—Las cosas pueden ponerse un poco agitadas.

—Como si yo fuera de los que huyen de la acción.

—Pero ahora tú eres el jefe y la situación podría complicarse. Giovane dice que todo está bajo control, pero nunca podemos ser demasiado cuidadosos. Los napolitanos quieren acabar con nosotros y no hay nada que quieran más que tu cabeza. Estar allí solo te convertirá en un objetivo.

—¿Y tú?

—Estaré con mi hermano, y sabes que Thiago puede manejarlo todo.

—No es Superman, Lorenzo.

—Tal vez solo sea Batman.

Me reí y mi primo se limitó a mover la cabeza negativamente.

—Cuidado, Lorenzo.

—Sin problemas. —Me incliné para salir del coche, pero antes me giré hacia el soldado que ocupaba el asiento del conductor.

—Cuida del jefe.

—Sí, señor.

Salí del coche y vi a Thiago, que se me acercó sigilosamente.

—¿Están los soldados en sus puestos? —le pregunté.

—Encima de los contenedores.

Estaba bastante oscuro y la iluminación del lugar no era la mejor, pero nos gustaba ese punto para recibir nuestras entregas. La fiscalización del puerto ya sabía que operábamos allí y se mantenía al margen con una generosa propina.

La verdadera entrega llegaría al día siguiente, pero habíamos organizado una similar, con harina de trigo en lugar de cocaína, colocándola en latas de sardinas que llegarían en un barco brasileño. No informamos a nadie más que a nuestros proveedores y a mi familia. Si había alguien cercano a nosotros operando para ambos lados, esperaba que se llevara una sorpresa.

—El barco se acerca al muelle —dijo Giovane por el auricular.

—Vamos para allá —dijo Thiago, dando unos pasos delante de mí.

—¿Alguna señal de los napolitanos?

—Todavía no.

—¿Será que saben de la trampa? —Thiago se rascó la cabeza.

—Espero que no.

—Esperemos un poco más —Giovane intentó ser prudente.

—Sí, esperemos.

Levanté la mano e hice un gesto a los hombres que nos observaban desde lo alto de los contenedores; esos soldados no conocían el plan. Para ellos sería una recepción como otra cualquiera y debían estar muy atentos.

Nos acercamos al barco y vi las cajas de madera apiladas en la proa. Tenían un logotipo de pescadería en un lado, una de las muchas formas de disfrazar las entregas. Como teníamos restaurantes, hoteles, tiendas y varios otros tipos de negocios, era fácil justificar la llegada de casi cualquier mercancía, siempre que fuera legal, lo que no solía ser el caso.

—¿Jefe? —El líder de la embarcación se acercó a mí.

—¿Todo está conforme con lo solicitado?

—Sí, señor. Vamos a bajar las cajas para que pueda hacer la verificación.

—Estupendo.

—¿Lorenzo? —escuchó mi primo a través del auricular—. Tenemos compañía.

—¿Crees que son ellos?

—Creo que sí, pero llevan uniformes oscuros y pasamontañas. Seguro que no han venido a darnos un abrazo.

—¿Ettore tiene los drones armados?

—Listos para disparar —respondió mi otro primo.

—Mantente alerta.

—Siempre.

—Prepárate. —Me giré hacia Thiago.

—Siempre estoy listo, hermanito —presumió.

—Ten cuidado, Juliana y los niños te necesitan.

—Estaré con ellos por la mañana.

Oímos el primer disparo y desenfundé mi pistola, preparándome para el enfrentamiento. Hice un gesto a los hombres que estaban dentro del barco y se metieron en la cabina, claramente poco dispuestos a participar en el tiroteo.

La pésima iluminación no ayudaba, y trataba de orientarme por el sonido de los disparos. Mis hombres ciertamente estaban enfrentando a nuestros invitados. Oí un estruendo y supuse que uno de ellos había caído del contenedor.

—Lorenzo y Thiago, ¡tengan cuidado! —advirtió Giovane.

—¿Están más cerca? —Miré a un lado y a otro, tratando de divisar a nuestros enemigos que venían de cualquier dirección.

—Y eso no es todo. Están armados con equipo antiblindaje; los trajes son inútiles, al igual que los chalecos antibalas. No se dejen alcanzar.

—¡Oh, mierda! —murmuré.

Desde luego, no esperábamos que vinieran tan preparados, pero con los años, el hecho de que lleváramos trajes antibalas había dejado de ser un secreto en Italia. Esa tecnología incluso había sido compartida con otros *capi,* como mi primo Luca. No era la primera vez que venían a enfrentarse a nosotros con armamento pesado, señal de que al menos en este aspecto no nos subestimaban.

—¡Lorenzo, detrás de ti! —Oí que Giovane me avisaba y me di la vuelta cuando vi a un tipo que salía de detrás de un contenedor.

Le disparé en la cabeza sin pensármelo dos veces. No me arriesgaría a que al menos intentara alcanzarme.

—Así va a ser difícil llevarnos a alguno de ellos vivo —dijo mi hermano. Y aunque Thiago siempre priorizaba acabar con todos, esta vez tenía razón. Considerando que estaban fuertemente armados, era su vida o la nuestra.

—Pongamos un poco más de resistencia —dijo Ettore—. Que piensen que han ganado y que se van a llevar nuestros bienes.

—¿Qué hiciste?

—Acabo de implantar cámaras y rastreadores microscópicos en las cargas. No podrán ir a ningún lugar sin que lo sepamos.

—Muy bien.

Oí a Thiago disparar unas cinco veces antes de volverme hacia él.

—¿Qué pasa? Nos estoy protegiendo. —Se encogió de hombros.

—Ya lo veo.

Me di cuenta por los pasos de que había un grupo que se acercaba a nosotros, pero antes de que pudieran, fueron interceptados por un dron con una ametralladora que los obligó a retroceder. A veces pensaba que mis primos exageraban con esos *juguetes,* pero tenía que admitir que la mayoría de las veces eran muy útiles.

Me escondí en el lateral de uno de los contenedores cuando me di cuenta de que podía estar demasiado expuesto cerca del barco y acabé alejándome de Thiago, pero mi hermano estaba acostumbrado a luchar y podía arreglárselas solo.

—¿Cuántos de ellos quedan? —le pregunté a Giovane.

—¿Unos treinta?

—¡Todo eso! —Me sorprendió darme cuenta de que habían enviado un pequeño ejército hacia nosotros.

—Se lo tomaron a pecho.

—Haz que mi hermano y nuestros hombres retrocedan. Iremos tras ellos luego con un mejor plan.

No podía estar seguro de que supieran de nuestra trampa, pero se habían preparado muy bien para hacernos frente. Ni todos

nuestros hombres ni los drones podían garantizar nuestra seguridad, así que idear un plan mejor parecía lo más apropiado en aquel momento.

—¡Thiago! —grité a través del auricular.

—Voy a volver a la camioneta, hermanito.

—Ten cuidado.

—Tú también.

Miré hacia arriba, sobre la cima de las enormes cajas de metal, pero no vi a nadie. Ni a nuestros hombres ni a los que nos seguían. Sabía el camino hacia los autos estacionados, pero no podía caminar tranquilamente hasta allí porque no sabía con quién podría encontrarme en el camino. Mis primos tenían la visión de las cámaras, pero yo estaba a ciegas.

—Lorenzo, hay dos que vienen hacia ti.

Me preparé, pensando en retroceder unos pasos para protegerme al lado del contenedor, pero estaba demasiado lejos para que me diera tiempo, ya que pronto los vi con las armas en la mano. Les disparé, pero no fui lo suficientemente rápido como para acertar a los dos.

La puntería del segundo no debía ser la mejor, pero fue suficiente para alcanzarme antes de que los drones de mi primo se acercaran para abatirlo.

Un dolor terrible me invadió mientras mi visión se nublaba y caía de rodillas.

—¡Thiago! —Lo último que escuché fue el grito de Giovane a través del auricular.



Patricia

# *Capítulo cincuenta y cuatro*

Estaba acostada en la cama, había perdido la noción del tiempo. Lo único que sabía con certeza era que había amanecido. La noche había avanzado y sin duda nos acercábamos a la luz del día, pero no podía dormir con el espacio vacío a mi lado en la cama.

Con la prueba de embarazo entre los dedos, sentía una mezcla de miedo y palpitaciones en el pecho. Estaba contenta con el resultado positivo. Me moría de ganas de decirle a Lorenzo que íbamos a tener un bebé, pero no había vuelto a casa.

*¿Llegaría por la mañana?*

También era difícil saberlo. En los últimos días, la situación a la que se enfrentaba parecía estar creciendo como una bola de nieve, pero no tenía suficiente conocimiento de lo que podía ser para aventurar siquiera una idea.

Oí sonar un teléfono móvil. Aunque estaba en uno de los dormitorios y toda la casa estaba en silencio, el sonido se escapaba por las paredes.

Miré la hora en mi propio aparato y vi que eran casi las cinco de la mañana. No podía ser nada, pero sentía el corazón muy apretado.

*Lorenzo...*

Se me secó la garganta y me incorporé en la cama en cuanto oí abrirse una de las puertas. Puede que incluso una dosis de sentido común me dijera que no me moviera de allí, que había asuntos en aquella casa que no me incumbían, pero no pude contener el impulso de salir también.

En cuanto entré en el pasillo, mis ojos se cruzaron con los del padre de Lorenzo. Theo tenía una expresión de asombro que me alarmó aún más.

—¿Qué le ha pasado?

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió ante mi pregunta.

—Lo sentí.

—Le han disparado. Acaban de llevarlo al hospital. Thiago me llamó y me informó.

—¿Es grave? ¿Dónde le dispararon?

—Aún no lo sé.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y me llevé la mano al pecho por reflejo.

—Voy al hospital.

—Yo también voy. —Ni siquiera lo pensé dos veces.

—No hay nada que puedas hacer ahí ahora, niña.

—Pero... —Me temblaban los labios al sentir que quedarme allí sin noticias acabaría volviéndome loca.

—Déjala ir, Theo. —Tatiane salió de la habitación detrás de su marido—. Si fueras tú, yo también querría estar allí.

—No sé...

—¡Theo!

—De acuerdo. —Resopló, decidido a no discutir con su mujer y yo se lo agradecería mucho.

—Gracias.

—Cámbiate para que podamos irnos. —Ella me sonrió.

—¿Tú también vas? —Theo se giró hacia su mujer.

—¡Claro que sí! Estamos hablando de mi hijo menor.

—¡Entonces vámonos! —Nos hizo un gesto para que nos diéramos prisa.



# Thiago

# *Capítulo cincuenta y cinco*

No era la primera vez, y desde luego no sería la última, que mis manos se ensuciaban de sangre. A lo largo de mi vida había derramado aquel líquido en innumerables ocasiones y me sentía satisfecho cuando lo hacía, sin embargo, esta vez era completamente diferente, porque la sangre de mis palmas era la de mi hermano pequeño.

Por muy arriesgadas que fueran nuestras vidas, nunca imaginé que ocurriría y, para ser sincero, no estaba preparado para afrontar la situación. No era como si el mocoso fuera un aficionado o no tuviera la menor habilidad con las armas. Él, mi hermana y yo habíamos sido entrenados por nuestro padre y nos creíamos los mejores.

Lidiar con armamento pesado nunca es fácil; ese tipo de munición atraviesa un tanque, así que un simple traje no bastaría para protegerlo. No estaba cerca de Lorenzo cuando le dispararon y no sabía exactamente qué había ocurrido. Quizás por eso me estaba martirizando tanto.

*Debería haberlo protegido.*

—¿Cuándo nos darán noticias? —Dante, irritado, pateó una de las papeleras de la sala de espera.

Aquel pequeño lugar lleno de sillas estaba resultando claustrofóbico y demasiado pequeño para nosotros y nuestros hombres.

—Si Lorenzo... —Mi primo no me dejó terminar la frase.

—En cualquier momento ese cabrón va a aparecer y decir que solo nos estaba tomando el pelo. —Dante esbozó una sonrisa.

—Eso espero...

—¿Dónde están Giovane y Ettore? —Se dio la vuelta, buscando a nuestros primos.

—Están siguiendo a los napolitanos.

—¡Los necesitamos aquí! —Apretó los dientes.

—No pueden hacer nada. —Admitirlo me enfadaba, pero era cierto.

No me gustaban los médicos, y saber que la vida de mi hermano estaba en sus manos me enfurecía aún más.

Un hombre con bata blanca y gorra se acercó a nosotros y yo di unos pasos, encarándome a él con una expresión firme que le hizo retroceder un paso.

—Imagino que son la familia.

—Soy su hermano, ¿cómo está? ¿Cuándo podremos llevarlo a casa?

—La situación de su hermano no es nada sencilla, señor. Ahora está en el quirófano y no podré darle más información hasta que termine, pero la bala pasó muy cerca de su columna vertebral. Esto podría ponerlo en peligro, especialmente sus funciones motoras.

—¿Está diciendo que mi hermano va a quedar paralítico? —Lo agarré del cuello de la bata y lo levanté del suelo, haciendo que abriera los ojos de par en par.

—Es una situación complicada. —Su voz salió entrecortada, como si le costara respirar debido a mi agarre.

—¿Cuánto dinero necesitas? Tenemos mucho. Puedes traer al mejor médico, incluso de Marte si es necesario.

—No se trata de dinero, nuestro equipo es muy competente, señor.

—Entonces, ¡cuida bien de mi hermano! —exploté, enfadado.

—Hacemos lo que podemos.

—Quiero más que lo mejor. ¡Lorenzo solo tiene veintiocho años, mierda!

—No es nuestra culpa el disparo.

—Pero van a arreglarlo.

—¡Thiago! —Oí la voz de mi padre y solté al médico, que se alejó tambaleándose cuando me di la vuelta.

—¿Cómo está? —Mi madre vino corriendo hacia mí y se lanzó a mis brazos. Aunque había dejado la mayor parte de la sangre en el médico, terminé manchándola a ella también.

—Está en cirugía.

—Pero estará bien, ¿no?

—Claro que sí —mentí. Era incapaz de decirle que algo terrible podría sucederle.

Miré más allá de ella y vi a la joven esposa de mi hermano. Tenía los ojos enrojecidos y no podía ocultar las lágrimas, lo que demostraba que sufría tanto como cualquiera de nosotros. Apenas acababan de casarse. Sería una maldita injusticia si algo tan terrible llegara a pasar.

—Cuida de ella. —Entregué mi madre a mi padre, quien asintió con la cabeza, y me alejé, tomando mi teléfono para llamar a Ettore.

*¡Al diablo lo que pensara Dante!* Podría lidiar con el jefe después. En ese momento, todo se había vuelto personal para mí, y no estaba dispuesto a detenerme hasta tener las cabezas de todos los responsables.

—¡Thiago! —Mi primo y mejor amigo Ettore no tardó en contestar a su móvil.

—Quiero una dirección.

—No vas a ir solo.

—¡Le dispararon a mi hermano, maldita sea!

—Justamente por eso no vas a ir solo.

—Voy contigo. —Dante se detuvo a mi lado y Ettore pareció escuchar su voz.

—Es para que los atrapemos a ellos, no al revés.

—Entonces vamos a solucionarlo, ¡Ettore!

—Déjame pensar en un plan, ¿de acuerdo? Te llamaré en unos minutos.

—¡Más te vale!

Ettore colgó la llamada y yo resoplé.

—Voy a destripar a esos hijos de puta —gruñí.

—Estaré ahí para ayudarte con eso. —Me alegró que al menos Dante no intentara detenerme en mi búsqueda de venganza.



Patricia

# *Capítulo cincuenta y seis*

Había oído a Thiago decirle a Tatiane que Lorenzo estaría bien, pero mientras oía al hermano mayor de mi marido al teléfono, supuse que no era así. Estaba acostumbrada a ese tipo de respuesta por parte de Gabriel o de los demás cuando querían protegerme de algo.

*Todo va a salir bien...* Aún recuerdo claramente lo que dijo mi hermano cuando murieron mis padres, pero la verdad es que no fue de esa manera. Nos adaptamos porque no teníamos otra opción, pero nada volvió a ser lo mismo y tuve que vivir con el terrible vacío de sus ausencias.

Definitivamente no quería volver a pasar por eso.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y no podía dejar de llorar. Tenía el pecho oprimido y notaba que el corazón se me desgarraba poco a poco.

Me puse la mano en la barriga, acariciándomela. Sabía lo terrible que era quedarse sin padres y no quería que mi bebé tuviera que crecer sin conocer siquiera a Lorenzo.

—¿Por qué no te sientas, querida? —Tatiane me llevó a uno de los sillones de la sala de espera—. Todo irá bien con mi hijo. —Me sonrió—. Nuestra sangre es fuerte.

Asentí con la cabeza.

—Pero quizá podamos ir a una capilla y rezar un poco. Un poco de ayuda extra nunca viene mal.

—Sí, podríamos ir más tarde. —No la contradije, pero para ser honesta, no quería moverme de allí.

Esperaba a los médicos, esperaba noticias, aunque los hombres inquietos en la sala ya eran más que suficientes para ponerme nerviosa.

Estaba embarazada, Lorenzo y yo íbamos a tener un bebé y eso significaba que lo necesitaba más que nunca, no podía arriesgarme a perderlo por nada.

El corazón se me aceleraba, la mente me daba vueltas y el estómago se me revolvía. Toda esa angustia me ponía cada vez peor.

*¿Y si...*

No podía ni quería pensar lo peor.

—Lorenzo estará bien... —susurré.

—Sí, lo estará —coincidió mi suegra, apretándome los dedos y dejando entrever que estaba tan nerviosa como yo.

No tengo ni idea de cuánto tiempo pasamos en aquella angustiosa sala de espera hasta que se acercó un médico. Apenas

pude verle la cara antes de que Thiago, Dante y los demás lo rodearan.

—¿Cómo está mi hijo? —La voz de Theo se elevó por encima del resto.

—Por fin hemos terminado la operación y estabilizado a Lorenzo, pero necesitará un largo periodo de recuperación.

—¿Cuándo podremos llevarlo de vuelta a casa? —quería saber Dante.

—Pasará algún tiempo en el hospital recuperándose.

—¿Cuánto tiempo?

—Es difícil decirlo ahora.

Tatiane soltó mis manos y se abrió paso entre los hombres para acercarse al médico.

—¿Volverá a caminar mi hijo?

—Aún es pronto para asegurarlo.

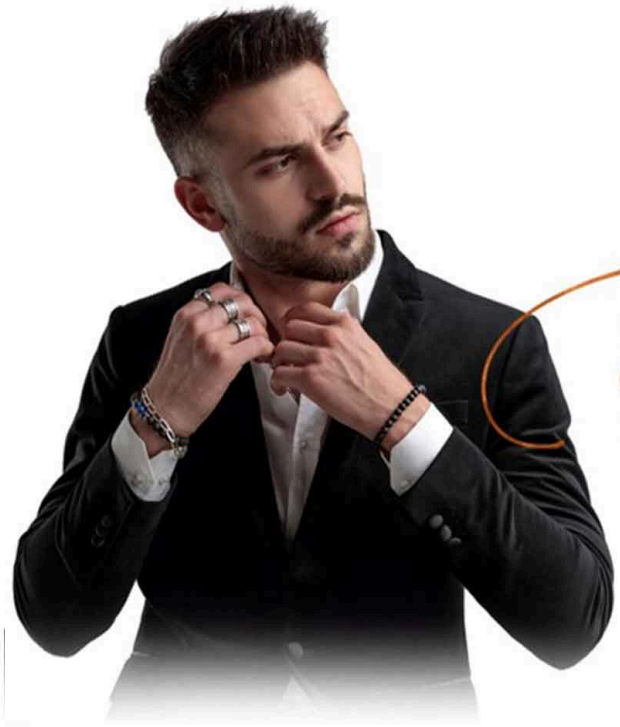
—Pero...

—Dejemos que se recupere, señora.

Sentí que las lágrimas se me agolpaban en los ojos y se hacían aún más pesadas. Quise evitar que cayeran, pero me fue imposible. Me alejé del resto de la familia y me acerqué a uno de los ventanales, secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

La atmósfera que nos rodeaba era muy pesada y tormentosa, pero no podía ser de otra manera. La posibilidad de que algo terrible le ocurriera a Lorenzo seguía atormentándonos. Puede que siguiera vivo, pero eso definitivamente no era suficiente para su familia, ni para mí.

Acabábamos de casarnos. Esto no podía estar sucediendo.



# Dante

# *Capítulo cincuenta y siete*

Estaba furioso y me sentía culpable por lo que le había pasado a Lorenzo, si hubiera estado al lado de mi primo como debía, podría haber evitado que le dispararan, porque no lo habrían agarrado solo.

Se suponía que era una trampa para los napolitanos, pero fuimos nosotros los que acabamos como presas y eso me enfureció aún más.

Mi padre siempre decía que convertirse en el jefe de la mafia no sería fácil. La presión y la responsabilidad sobre mis hombros serían insoportables la mayor parte del tiempo, sobre todo cuando dependiera de mí decidir quién moría o vivía y los sacrificios que había que hacer en favor de la mafia. Pero estaba claro que nada de eso merecía la pena si no cuidaba a mi familia. Siempre habíamos hecho todo el uno por el otro, y así seguiría siendo.

Sabía que no podría dormir tranquilo hasta que los bastardos responsables de lo que le había ocurrido a Lorenzo estuvieran muertos. No era solo mi primo y mi *consigliere*, era mi mejor amigo, a pesar de nuestra diferencia de edad.

Para mí, era totalmente impensable permitir que los responsables se salieran con la suya.

*Vendetta...*

Estaba seguro de que no solo yo, sino el resto de mi familia llegaría hasta el final en esta vendetta.

Saqué el móvil del bolsillo y envié un mensaje a mi primo.

Dante:

¿Dónde están los bastardos?

Giovane:

Los rastreé hasta Nápoles.

Dante:

¿Así que las ratas han vuelto a su madriguera?

Giovane:

Es una forma de decirlo.

Dante:

Voy a avisar a Thiago, nos movilizaremos hacia allá.

Giovane:

¿No vas a esperar el plan de Ettore?

Dante:

No tenemos todo el tiempo del mundo.

Giovane:

Voy a movilizar a los hombres.

Dante:

Bien. Quiero que todos estén listos en la puerta del hospital en veinte minutos.

Giovane:

Sí, jefe.

Dejé de mirar la pantalla del móvil cuando una mano pesada se posó en mi hombro, haciéndome levantar la cabeza y mirar a mi padre, que me miraba con expresión seria.

—Ten cuidado con lo que haces a partir de ahora.

—Voy a traer la cabeza de los Nuvoletta en una estaca para Roma.

—Siempre y cuando no sean ellos quienes te consigan a ti.

—¿Qué harías si aún fueras el jefe y Thiago estuviera en esa mesa de cirugía? —Levanté la cabeza y miré a mi padre con más firmeza.

—Dejaría un rastro de cadáveres para asegurarme de que no volvieran a acercarse a mi familia —respondió con franqueza.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Mi móvil vibró en mi bolsillo unos minutos después y lo saqué para comprobar el mensaje.

Giovane:

Estamos listos, esperándote.

Dante:

Ahí voy.

—Quédate aquí con Theo y las mujeres —le dije a mi padre antes de marcharme—. Avísame si hay algún cambio en la situación de Lorenzo.

—Bien. Cuídate, Dante. Recuerda que aún no me has dado nietos.

Sonreí y moví la cabeza afirmativamente antes de darle una palmada en el hombro a Thiago y hacerle un gesto para que me siguiera.

—¿Dónde están? —Thiago tanteó los bolsillos mientras me seguía, asegurándose de que la munición estuviera ahí.

—Regresaron a Nápoles.

—Entonces vamos a atrapar a esos malditos en su propia casa.

Asentí.

Thiago estaba sediento de venganza, y no podía juzgarlo porque me sentía igual. En ese momento quería su lado más letal, para que nuestros enemigos se arrepintieran de habernos traicionado. Además, lo que estaba a punto de suceder con los Nuvoletta serviría como ejemplo para todas las familias de la mafia italiana. Desafiarnos siempre era la peor elección, una que pagarían con sus vidas.

Llegamos a los coches aparcados delante del hospital. Había cinco camionetas negras, con las ventanillas oscuras y llenas de hombres en su interior.

Giovane y Ettore salieron del coche y se acercaron a mí, y justo detrás venía Vincenzo, el marido de mi prima Nina y antiguo agente de la Interpol.

—¿Qué hace este tipo aquí? —Thiago puso los ojos en blanco ante la presencia de su viejo enemigo.

—Está muy bien entrenado y, sin Lorenzo aquí, necesitaremos ayuda —argumentó Ettore, lo que hizo refunfuñar a Thiago, no muy convencido.

—Creo que podemos confiar en él. —Giovane se encogió de hombros, tratando de calmar la situación.

—Con que sepa empuñar un arma y no se convierta en un estorbo, me basta —gruñí—. Vámonos. —Hice un gesto para que

subiéramos al coche.

No quería perder el tiempo discutiendo trivialidades que no nos llevarían a ningún lado. Entré en un auto con Giovane y Ettore se subió a otro con Thiago. Desde pequeño, aprendí que no debíamos estar siempre todos juntos, porque eso dificultaba que nos mataran de una sola vez.

—¿Tu hermano logró pensar en algo o necesitaba todo el año? —pregunté, demostrando lo irritado que estaba.

—Todos queremos vengarnos por lo que le pasó a Lorenzo.

—Entonces empiecen a ser útiles.

Giovane se limitó a mover la cabeza de un lado a otro, tomándose con calma mi tono grosero.

—Hemos enviado un dron de largo alcance a la casa de Nuvoletta. Debería llegar en unos minutos y voy a intentar utilizar la visión infrarroja para cartografiar el lugar, ya que no tenemos acceso a las plantas. Los detectores de calor también nos dirán cuántos soldados hay y cómo están distribuidos.

—¿Puedes disparar con esa cosa?

—Esa no, pero traje algunos otros para allanar el camino.

—Estupendo.

—Dante —Giovane hizo que me girara hacia él nuevamente.

—¿Qué ocurre?

—No debemos olvidar que tienen armas para perforar nuestros trajes y chalecos. Están preparados para un enfrentamiento.

—Nosotros también, ¿o no?

Tragó saliva y movió la cabeza afirmativamente.

—Es hora de que desarrollen protección contra este tipo de armamento. No queremos que ninguno de nosotros acabe en otra mesa de quirófano, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—Entonces hagan algo.

—No es tan simple, Dante, son proyectiles diseñados para perforar un carro de combate.

—Estoy seguro de que pueden hacerlo —le di una palmada en el hombro a mi primo, que sonó más como una orden que como un simple incentivo. Odiaba pensar en que esa situación se repitiera por cualquier motivo.

Aquellos doscientos kilómetros entre Roma y Nápoles nunca me parecieron tan largos mientras observaba las plantaciones a través de la ventanilla del coche. Estaba demasiado enfadado para fingir lo contrario.

Cada minuto que pasaba, no podía dejar de pensar en Lorenzo y en lo que podría estar ocurriendo en aquel hospital. Yo

tenía fe, como todos los demás miembros de mi familia, pero nunca había puesto mi vida en manos de Dios ni de ningún santo, pero sí la de Lorenzo.

Me habían enseñado desde niño a dirigir aquel imperio criminal, había aprendido todo lo necesario, pero nada de eso me había hecho entender la medicina. Odiaba tener que confiar la vida de mi mejor amigo a otras personas, pero no tenía elección. Mi hermana Perla se había licenciado en medicina, tenía los conocimientos, pero no la practicaba y dudaba que pudiera hacer algo diferente a los médicos que ya estaban con él.

—¡Las conseguí! —exclamó Giovane a mi lado, llamando mi atención.

—¿Qué conseguiste?

—Las imágenes del dron.

—¿Está ya posicionado sobre la mansión Nuvoletta?

—Sí, lo estoy operando a una altura de 2.000 pies, a una distancia segura para que no puedan verme.

—¿Cuántas personas hay en la mansión?

—He contado diecinueve hasta ahora.

—Necesito algo más exacto, Giovane.

—Entonces dame unos minutos más, Dante. Paciencia.

Era difícil pedir paciencia en aquel momento, pero casi podía oír la voz de Lorenzo a mi lado, junto con la de mi padre, aconsejándome que la prudencia era una de las principales virtudes de un don.

Me culpaba por la idea estúpida de tenderle una trampa a los Nuvoletta. Si hubiéramos ido directamente a enfrentarlos con las escuchas que Giovane tenía, habríamos resuelto esa situación sin que Lorenzo hubiera sido baleado.

Si estaba en ese hospital, sin duda era por mi error y no podía estar tranquilo por ello.

Los Nuvoletta pagarían.

Los vehículos tardaron un rato en detenerse. No estábamos delante de la mansión, habíamos parado antes, a la vuelta de una esquina, así sería más difícil que se dieran cuenta de que nos acercábamos. Bajé del vehículo y me reuní con Ettore y Thiago afuera.

—Entremos. —Thiago sacó su pistola y comprobó las balas.

—¡Aún no! —Ettore lo detuvo—. Nos superan en número, conté casi treinta personas dentro de la casa.

—¿Prefieres quedarte fuera y esperar a que vengan a recibirnos? Puedes dejar diez conmigo y yo me encargo.

—No es el momento de jugar a ser Leónidas —balbuceó Giovane.

—Mi hermano tiene razón. Podemos evitar que otro Bellucci acabe en el hospital con un poco de precaución.

—¿Y qué vamos a hacer? —Thiago no era el único que esperaba el increíble plan de los otros dos.

—Déjalo en nuestras manos. —Giovane y Ettore se miraron antes de alejarse para meterse en las cabinas de los vehículos.

Me acerqué para ver lo que había dentro. En cada uno de los coches había al menos dos de esos avioncitos que llamaban drones. Eran los juguetes favoritos de mis primos, pero lo que realmente quería era ver su capacidad destructiva y su poder para decantar la ventaja de nuestro lado.

Algunos de los hombres que venían con nosotros también sabían manejar esas cosas.

Thiago y yo nos quedamos mirando cómo Giovane y Ettore manipulaban aquellos aparatos.

—¿De verdad crees que una cosa así mata más que yo? —refunfuñó el asesino, descontento por haber sido puesto en estado de alerta.

—Observa y verás. —Giovane sonrió ampliamente y el dron que manejaba se dirigió hacia la mansión.

Desde donde estábamos, ocultos tras otros edificios, la visibilidad de la mansión no era buena, pero pronto empecé a oír los disparos. Era difícil saber qué estaba pasando, pero por las expresiones de mis primos, todo iba bien.

—¡Lo tengo! —Giovane celebró.

—Esto no es un videojuego —le recriminé.

—Lo siento, primo.

—Enfócate.

—Sí, jefe.

—¿Cuántos asesinados hubo? —preguntó Thiago.

—Tres —respondió Ettore.

—Tengo otros dos —añadió Giovane.

—Eso es suficiente para entrar.

—¡Thiago!

—Ustedes dos pueden cubrirme con esas cosas. —Mi primo ignoró cualquier posible reprimenda y siguió adelante, haciendo un gesto a los hombres que estaban de pie a su alrededor para que le siguieran.

—No quiero que nadie más de nuestro bando acabe en el hospital —les advertí a ambos mientras iba tras Thiago, sacando mi pistola.

Sí, yo era el Don, el jefe, el rey y el hombre más poderoso de la mafia italiana, no debía arriesgarme, pero era imposible no tomarse las cosas como algo personal, sobre todo cuando implicaban a personas importantes para mí.

Si tenía que derramar sangre de Nápoles a Roma para demostrar el error de los Nuvoletta, lo haría. Estaba completamente seguro de que Thiago no dudaría en ayudarme con eso.



# Thiago

# *Capítulo cincuenta y ocho*

Me moría de ganas de mostrar a los Nuvoletta mi mejor cara, o la peor, teniendo en cuenta que eran mi objetivo. Aún recordaba la imagen de mi hermano yaciendo inconsciente en mis brazos tras recibir un disparo y eso era combustible más que suficiente para mi venganza.

Estaba oscureciendo cuando nos acercamos a la puerta principal de la mansión. Vi el cadáver de un soldado en el suelo y no había otros visibles, aunque podía oír claramente el intercambio de disparos entre los drones y los hombres armados. Las máquinas voladoras de mis primos ya habían entrado en la casa y estaban dejando bastante desorden. Solo esperaba que no acabaran con toda la diversión antes de que yo llegara.

Disparé al cerrojo de la puerta peatonal y pateé la cerradura, forzando mi entrada. Los Nuvoletta no eran los únicos que contaban con munición especial, y no tuve ninguna dificultad para invadir la casa.

Hice un gesto a los hombres que me acompañaban para que me siguieran y a Dante para que prestara atención. Por muy importantes que fuéramos cada uno de nosotros, era muy consciente de que la muerte de Dante desestabilizaría a mi familia y nos metería en problemas que ninguno de nosotros deseaba.

Con suerte, mataría a todos esos malditos antes de que se acercaran a mi primo. No merecían ni una gota de mi piedad después de lo que le hicieron a mi hermanito. Si Lorenzo no mejoraba, perseguiría a cada generación de esa familia hasta que desaparecieran de la faz de la tierra.

Oí gritos y súplicas, seguidos de más disparos. Cuando entré en la mansión, ya había signos de destrucción en el vestíbulo, dejando muebles tiroteados y cristales rotos, pero allí no había humanos, ni vivos ni muertos.

—Tenga cuidado, señor —advirtió uno de mis hombres.

—Precaución es mi segundo nombre. —No era tan cierto, pero no quería salir de allí herido.

Oí el ruido y me volví hacia uno de los sofás del salón. Había un cobarde escondido detrás, pero ni siquiera tuvo tiempo de apuntar su arma en nuestra dirección hasta que Dante le disparó.

Seguimos avanzando hacia el interior de la casa hasta que empecé a ver cuerpos. Conté tres y retrocedí un paso cuando escuché un chisporroteo. Uno de los drones había sido derribado y cayó a pocos centímetros de mí.

Parecía que no estaba siendo tan fácil como mis primos pensaban.

Alguien apareció en lo alto de la escalera y disparó en nuestra dirección, pero fuimos más rápidos y conseguimos escondernos

detrás de columnas y muros.

—¡Malditos Bellucci! —gritó una voz furiosa—. ¡Salgan de mi casa!

—Deberías habértelo pensado muy bien antes de actuar contra nosotros —dijo Dante, proyectando su voz para que sonara muy amenazadora.

—Ya han matado a mi hijo, ¿no es suficiente?

—La verdad es que no. —Me incliné hacia un lado, lo suficiente para apuntar a la cabeza del sujeto. Era uno de los patriarcas de la familia, y rodó escaleras abajo después de ser alcanzado en el medio de los ojos.

Hice un gesto para que mis hombres se dispersaran, decidido a borrar a esa familia del mapa.

Oí pasos y me di la vuelta justo cuando alguien me apuntaba con una pistola desde uno de los pasillos laterales. Logré dispararle en la mano, haciendo que soltara el revólver, y luego me abalancé sobre él para terminar el trabajo.

—¡Thiago! —Escuché a Ettore a través de mi oído.

—¿Qué ocurre?

—Ese era el último.

—¿Ya no queda nadie?

—Las mujeres y los niños están en una habitación de arriba y Ángelo Nuvoletta está en su despacho. Imaginé que querían enfrentarse a él personalmente.

Me giré hacia Dante y él asintió.

Yo encabezaba la marcha y algunos hombres me seguían. Dante seguía en medio, se las arreglaba para ser mínimamente cauto, lo cual era bueno en aquel momento de tanta tensión.

Abrí de una patada la puerta del despacho y vi a Ángelo Nuvoletta sentado detrás de un escritorio oscuro. Delante de él había una pistola y una caja de puros. Cortó la punta de uno y lo encendió, como si no tuviera ningún miedo de vernos allí de pie con las armas apuntando en su dirección.

—¿Quieren uno? —la tendió hacia nosotros y gruñí, haciéndolo retroceder—. Crees que esto se ha acabado, ¿verdad?

—Al menos para ustedes, sí.

—Piensan que son intocables, Bellucci, pero habrá otras familias con valor.

—Será difícil que alguien encuentre el valor para hacer algo cuando recuerden la masacre de los Nuvoletta.

—¿Cómo está Lorenzo?

—No te atrevas a decir el nombre de mi hermano. —Resoplé como un animal rabioso, inclinándome hacia él. Si lo que quería era

que me dieran aún más ganas de matarlo, lo había conseguido.

—Son patéticos... —Ángelo se rió.

—¿Patéticos? ¿Nosotros? —Fue el turno de Dante de enfrentarse a él—. Fuiste tú quien arrastró a toda tu familia a la desgracia, y serás visto como un traidor.

—Seré un ejemplo... —Dejó de hablar en cuanto le disparé justo entre los ojos.

—Ya nadie soportaba a ese tipo hablando. —Me giré hacia Dante, quien no me recriminó por haber matado al napolitano.

—Vámonos de aquí —fue todo lo que dijo antes de darse la vuelta.

Habíamos dejado nuestro rastro en aquella casa y todos en Italia sabrían que el gobierno de Dante era fuerte y que atreverse a cruzarse en nuestro camino era una insensatez.


Lorenzo

# *Capítulo cincuenta y nueve*

*Días después...*

Me removí en la cama, con los ojos pesados y la cabeza latiendo, como si tuviera toneladas sobre ella. Estaba tan exhausto que parecía que apenas podía mover los ojos, y aun así con mucha dificultad.

Me obligué a abrir los párpados cuando oí la voz de mi madre, tan baja como un eco en el fondo del mar.

—Lorenzo...

—¿Se está despertando?

*¿Patricia? ¿Mi mujer? Ella también estaba allí...*

Abrí la boca varias veces, pero no podía emitir ningún sonido, como si mi voz hubiera desaparecido y eso me angustiaba por completo.

—Quédate quieto, hijo mío. —Sentí los dedos de mi madre acariciando los míos—. Necesitarás tiempo para recuperarte.

—Estoy en el hospital. —Por fin conseguí hablar, pero mi voz salió débil y defectuosa, casi como un disco defectuoso.

—Sí, ha pasado casi un mes.

—¿Un mes?

—Pasaste por un procedimiento complicado después de que te dispararan.

—¿Un procedimiento complicado? —Tragué en seco mientras por mi mente pasaban teorías no muy agradables.

—Sí.

—Quiero levantarme. —Intenté mover mi cuerpo con las manos, pero no fue tan fácil como esperaba.

—No puedes, Lorenzo. —Patricia se acercó a mí para que pudiera verla mejor. Tenía los ojos enrojecidos, señal de que había llorado mucho, pero como yo había pasado tanto tiempo inconsciente, era difícil saberlo.

—¿Cómo que no puedo? —Odié el tono de su voz, que me alarmó aún más—. Dónde está mi padre, mi hermano...

—No podían quedarse todos aquí, pero los llamaré para decirles que te has despertado. Se alegrarán mucho y vendrán a visitarte.

—¿Qué me ha pasado, mamá? —Intenté sujetar su muñeca, pero no estaba tan fuerte como solía estar.

—Llamaré al médico para que te lo explique.

—¿Explicarme?

—Ahora vuelvo. —Se escabulló como si huyera, lo que me puso aún más tenso.

—¡Patricia! —llamé a mi mujer.

Se acercó a la cama, pero seguía sollozando, lo que no me tranquilizó.

—¿Qué me ha pasado?

—Tú... —Se atragantó, incapaz de hablar, pero antes de que pudiera exigirle una respuesta, mi madre volvió a entrar en la habitación acompañada de un hombre con bata blanca y una expresión cerrada que no era exactamente lo que yo deseaba en aquel momento.

—¡Hola, Lorenzo! Me alegro de que te hayas despertado...

—Vaya al grano, doctor —lo corté con más dureza. No estaba de humor para tonterías, y menos cuando se trataba de mi salud—. ¿Qué me ha pasado?

—Sobreviviste, lo que es un milagro en sí mismo, teniendo en cuenta toda la sangre que perdiste. Te dispararon en una zona muy sensible, incluidos los órganos vitales y la columna vertebral. Si la bala hubiera viajado unos milímetros más hacia la izquierda, tus posibilidades de volver a caminar habrían sido nulas.

—¿Quiere decir que no voy a volver a caminar? —Me quedé paralizado ante la posibilidad y entendí por qué mi madre y Patricia estaban tan afectadas.

—Tu sistema nervioso no está dañado, así que hay muchas posibilidades de que te recuperes. No saldrás caminando del hospital, pero con un poco de paciencia y mucha fisioterapia, podrás volver a tu vida de antes.

—Es una gran noticia, amor. —Patrícia me tomó de la mano con una sonrisa.

Permanecí en silencio, no era lo que quería oír. La idea de pasar parte de mi vida, incluso unos meses, como inválido no era alentadora. Era como si me hubiera despertado y hubiera caído directamente en una pesadilla.

—Acompañaré al doctor afuera. —Mi madre hizo un gesto al médico para que la siguiera.

Miré a Patrícia a los ojos y me dedicó una sonrisa.

—Estarás bien, solo ten paciencia.

—Apuesto a que no soy el tipo de marido que querías.

Ensanchó su sonrisa y se inclinó más hacia mí, rozando mis labios con los suyos. Quise profundizar el beso, pero no tenía fuerzas para sostenerle la cara y no tuve más remedio que dejar que se apartara.

—Eres exactamente el tipo de marido que quería.

Sus palabras me hicieron sonreír. La situación no era la mejor, pero Patrícia me animó un poco.

Tomó mi mano y la puso sobre su estómago, sorprendiéndome aún más.

—Tienes que ponerte bien, nosotros te vamos a necesitar.

—¿Nosotros? —Me sorprendió—. ¿Estás...?

Se limitó a asentir.

—Vamos a tener un bebé, Lorenzo... —Sus lágrimas fueron reemplazadas por una amplia sonrisa.

Me invadió una mezcla de emociones que me dejaron extrañado, sin aliento, más enfadado por encontrarme en aquella situación y, al mismo tiempo, muy feliz por descubrir que iba a ser padre. Sin duda, me sentí muy frustrado por las consecuencias del disparo, pero ese embarazo fue una gran motivación para querer recuperarme.

*Mi mujer y mi hijo me necesitarían.*



Patricia

# *Capítulo sesenta*

Después de que Lorenzo despertó, pasaron dos largas semanas en el hospital antes de que lo dieran de alta para ir a casa. A pesar de todo el sufrimiento con la posibilidad de una parálisis, todos estábamos optimistas sobre su recuperación. Como solía decir mi esposo: era un tipo que no se dejaba vencer fácilmente.

Cuando volvíamos a casa desde el hospital, uno de los soldados sacó la silla de ruedas del maletero y Thiago se inclinó para tomar a su hermano del asiento trasero, pero Lorenzo le gruñó.

—Puede que mis piernas sean débiles, pero mis brazos aún funcionan con normalidad. —Se apoyó en el asiento del coche y luego en los brazos de la silla, dando unos pasos con dificultad para sentarse en ella.

—Orgulloso de mierda —murmuró Thiago.

—No soy el único. —Lorenzo puso los ojos en blanco.

—Dejen de pelear, ustedes dos —Tatiana se acercó a sus hijos, alternando la mirada entre ellos.

—Este testarudo no quiere ayuda —dijo el hermano mayor, encogiéndose de hombros.

—Cada vez que me miras con esa cara de lástima, me dan ganas de dispararte.

—Te recuperarás —se apresuró a decir Tatiane.

—Para darle una buena patada en el culo a Thiago.

—Eso quiero verlo.

—¡Chicos! —Se cruzó de brazos, alternando la mirada entre ambos como si aún fueran niños peleándose.

—Voy a entrar. —Thiago movió la cabeza negativamente y se alejó de nosotros, dirigiéndose al interior de la mansión.

—Nosotros también —Tatiana nos hizo un gesto para que la siguiéramos.

Rodeé la silla de Lorenzo para empujarla y él no cuestionó mi ayuda, dejándome llevarlo al interior de la casa. Nuestro dormitorio, que normalmente estaba en el piso de arriba, había sido trasladado momentáneamente a una habitación de abajo, donde le resultaría más fácil a Lorenzo. Seguía disgustado por toda la situación, pero estaba segura de que con el tiempo conseguiría adaptarse a todo. Además, pronto empezarían las sesiones de fisioterapia y volvería a caminar como antes.

En cuanto entramos en la habitación, lo puse junto a la cama para que pudiera ir a ella si quería y di unos pasos hacia la ventana.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Lorenzo con voz gruesa y firme.

—Voy a abrir la ventana.

—No, déjala cerrada.

—De acuerdo.

—Cierra la puerta.

—¿Quieres dormir un poco? Creo que necesitas descansar...

—No tengo intención de descansar ahora.

—Puedo encender la televisión...

—¡Ven aquí, Patrícia! —Me hizo un gesto para que me acercara.

Lo miré con cierta duda, pero di unos pasos en su dirección. En cuanto estuve lo suficientemente cerca, Lorenzo me rodeó la cintura y me atrajo hacia él.

—¡Eh!

—Pasé mucho tiempo en el hospital. —Acercó su boca a mi cuello mientras me acomodaba en su regazo, provocándome escalofríos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —murmuré, intentando levantarme, pero él no me dejó.

—Matando las ganas de estar con mi esposa.

—Lorenzo, acabas de salir del hospital, necesitas tiempo para recuperarte. Cuando...

—Shhh... —Acercó sus labios a los míos y me hizo callar—. Puede que mis piernas no estén al cien por cien, pero te demostraré que mi verga funciona perfectamente.

—Estás loco. —No pude contener una sutil carcajada.

—Levántate, quítate los pantalones y las bragas —me miró con un tono de depredador que me hizo estremecer.

Estaba nerviosa por su condición, y el sexo no estaba en mis planes, al menos por un tiempo, pero fue imposible ignorar la excitación ante esa mirada.

—¡Quítatelos!

Asentí con la cabeza en señal de obediencia y me bajé la cremallera de los pantalones. Vi cómo él hacía lo mismo con los suyos. No esperaba ver su verga tan dura, pero ya estaba allí, rígida y palpitante, esperándome. Me deshice de los zapatos, me quité los pantalones y las bragas y los tiré a los pies de la cama.

Lorenzo volvió a acercarme, haciéndome sentar en su regazo de espaldas a él. La silla de ruedas crujía, pero parecía soportar bien el peso de los dos.

—Lorenzo... —Gemí su nombre mientras él me pasaba las manos por dentro de la blusa, por encima del sujetador, para agarrarme los pechos, doloridos por el embarazo.

Su boca se acercó a mi oído, y yo eché la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre su hombro mientras cada vello de mi cuerpo se erizaba como si estuviera electrificado.

Me movía suavemente en su regazo, moviendo mis caderas y haciendo que mi sexo rozara el suyo. Estaba duro y yo cada vez más húmeda, pero aún no me había penetrado. Por los suaves gemidos que él también dejaba escapar junto a mi oído, era evidente que lo estaba disfrutando.

Una de sus manos me agarró con fuerza la nalga, haciéndome soltar un gritito, y me levantó, mientras la otra encajaba su miembro en mi interior. Luego me sentó con un movimiento rápido hasta que lo metió del todo y gemimos juntos.

A pesar de lo preocupada que estaba por su estado, no pude contener el impulso de empezar a moverme cuando la calentura se impuso a la racionalidad. Lorenzo me agarró por la cintura con las dos manos, demostrando que su fuerza no había cambiado ni un ápice, y tiró de mí hacia su regazo.

Apreté los labios para no gemir en voz alta mientras el placer empezaba a recorrer mi cuerpo. No quería que el resto de la familia supiera que estábamos practicando sexo, sobre todo porque Lorenzo aún necesitaría tiempo para recuperarse.

Tuve que admitir que yo también echaba de menos esos momentos con él y cada vez que mi culo chocaba con su regazo, los

espasmos que recorrían mi cuerpo eran cada vez más deliciosos.

Aumentó la velocidad y yo me incliné hacia delante para que su pene entrara en mí en un ángulo que me diera aún más placer, hasta que sentí cómo derramaba su semen dentro de mí y seguí moviéndome hasta alcanzar mi propio orgasmo.

—¡Ah! —Jadeó contra mi oído—. Extrañaba esto.

—Yo también —admití con la boca seca y el cuerpo completamente flácido, aún sobre su regazo y acurrucada contra él.

Mi marido bajó las manos hasta mi vientre y me lo acarició.

—Pronto seré el hombre que mereces, Patrícia.

—Ya lo eres, Lorenzo. —Giré mi cuerpo todo lo que pude para intentar mirarle a la cara—. Te amo.

—Yo también te amo. —Sonrió—. Los amo a ustedes. —Me acarició el vientre.

Me quedé en su regazo, sin prisa por levantarme. Disfrutando de esos momentos que pasábamos juntos.


Lorenzo

# *Epílogo*

*Un año después...*

—Estás lento, ¿eh, Thiago? —Corrí delante de mi hermano mientras nos dirigíamos al jardín de la mansión, donde nuestra abuela siempre organizaba los almuerzos de los domingos, bajo la sombra de un árbol y alrededor de una mesa enorme, con espacio para todos los miembros de la familia.

—¿Lento? —Él puso los ojos en blanco y frunció los labios—. No era yo quien estaba por ahí empujando una silla de ruedas.

—Tuviste una breve ventaja, pero eso es pasado. Ahora que me he recuperado, se acabó.

—Si sigues provocándome, te voy a dar otro tiro.

—¡Thiago! —gritó mi madre, furiosa—. Ni se te ocurra decir eso ni en broma..

Había tardado meses en recuperar totalmente el movimiento en las piernas, pero con todos los recursos que teníamos, y los mejores fisioterapeutas, por fin estaba recuperado, pero no quería ni pensar en lo que sería volver a pasar por todo aquello.

En cuanto llegué a la mesa, vi que Patricia venía hacia mí. Empujaba el cochecito con nuestro hijo. El bebé, de pocos meses, se había convertido ya en lo más importante de mi vida y en mi

principal motivación para no volver a recibir un disparo. No tenía ni idea de cuánto podía querer a alguien hasta que nació.

Me incliné hacia mi mujer y le di un rápido beso en los labios antes de tomar a mi hijo del cochecito.

—Está un poquito inquieto, creo que es cólico.

—Estarás bien con papá, ¿verdad, hijo?

Tommaso sonrió con su boca desdentada, como si hubiera entendido lo que le había dicho.

—Realmente te gusta la idea de ser padre —comentó Dante mientras se acercaba a mí y se detenía a mi lado.

—No tienes idea de cuánto. Quizás deberías empezar a pensar en el tuyo.

—Mi prometida todavía es joven, y a mi padre no le gustaría en absoluto que trajera un bastardo a casa, mucho menos a los Sforza.

—Tal vez no tengas que esperar tanto para la boda...

—No tengo prisa, Lorenzo. —Me dio una palmada en el hombro—. Tengo otras prioridades en este momento, como fortalecer mi gobierno y recordarles a todos lo tontos que son si se atreven a desafiarme.

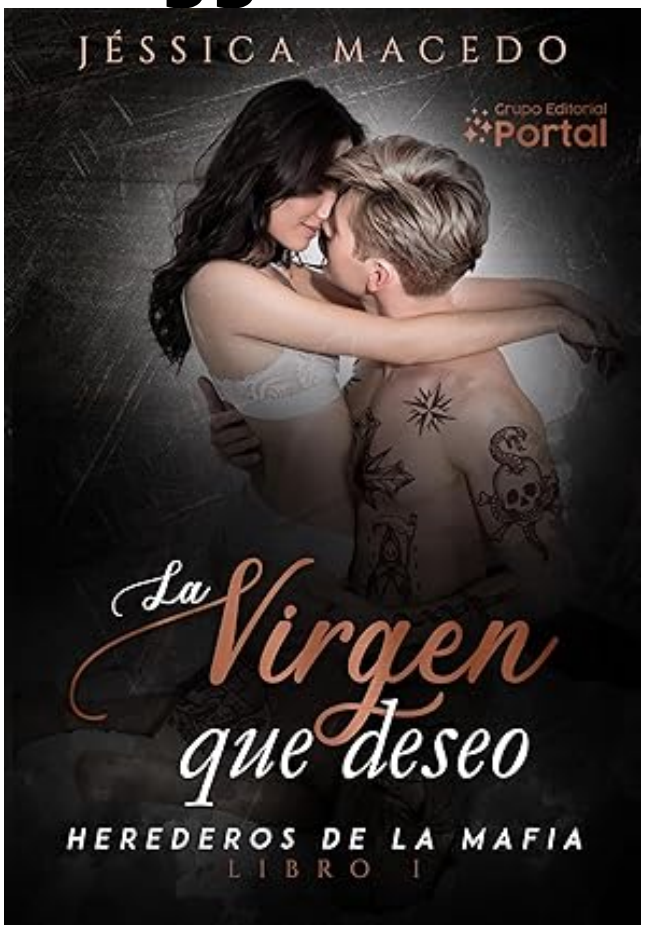
—Estaremos aquí para ayudarte.

—No tengo dudas de que así será.

—Siéntense ya en sus lugares —nos llamó mi abuela, señalando la mesa.

Ese era un momento para recordarnos que, a pesar de todo, teníamos lo más importante: nuestra familia.

# Leggi anche:




**Link:** https://amzn.eu/d/2gDiL5C

**Sinossi:**

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes y comportamientos inapropiados de los personajes.




**Link:** https://amzn.eu/d/e30jRRT

**Sinossi:**

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Llegó a creer que no se vería arrastrada a un matrimonio arreglado, pero cuando su prima se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la forma de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes y comportamientos inapropiados de los personajes.




**Link:** https://amzn.eu/d/4rYuMOY

**Sinossi:**

Luca Mancini es el capo de Palermo, cabeza de Sicilia, cuna de la mafia italiana. De joven, su vida estuvo marcada por el asesinato de su padre y aprendió muy pronto que la mafia exige sacrificios. Para mantenerse en el poder y controlar una disputa con Roma, aceptó un matrimonio arreglado que sellaría el acuerdo y traería la paz.

Perla es la hija de Marco Bellucci, el jefe de la mafia italiana, y siempre supo que en algún momento su padre elegiría un marido para ella. Solo que no imaginó que el desafío podría ser aún mayor de lo que creía. Creció entre monstruos, pero no estaba preparada para uno aún más aterrador.

Se derramó mucha sangre entre sicilianos y romanos en la lucha por el poder en Italia, y la unión de la pareja no fue bien recibida por todos. Luca tuvo que estar dispuesto a enfrentarse a la alianza y proteger a Perla a cualquier precio, sobre todo cuando había un bebé en camino.

ADVERTENCIA: Esta historia contiene escenas no aptas para menores de dieciocho años. Contiene desencadenantes y comportamientos inapropiados de los personajes.

# Social network (dall'editore)

**Sito web dell'editore:** https://grupoeditorialportal.com.br/

**Instagram:** https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

**Facebook:** https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

**Shopee:** https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

